



PH







# Ateneea

## Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA  
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

### SUMARIO 008(73)(05)

<b>Teodoro Dreiser</b>	<i>Grandeza y decadencia de la novela realista norteamericana.</i>
<b>Luis Durand</b>	<i>Visión del campesino chileno.</i>
<b>Carlos Préndez Saldías</b>	<i>Amanecer.</i>
<b>Alfonso Bulnes</b>	<i>Don Juan Francisco González.</i>
<b>Gabriela Huneus de Izquierdo</b>	<i>Poemas.</i>
<b>Alone</b>	<i>Diario de un caminante.</i>

### HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

<b>Ricardo E. Latcham</b>	<i>El materialismo histórico y la etnografía moderna.</i>
<b>Héctor Lo Gatto</b>	<i>La actual literatura rusa.— Leonidas Leonow.</i>
<b>Adolphe de Falgairolle</b>	<i>Un diccionario de la lengua de los apaches.</i>
<b>Eugenio Labarca</b>	<i>La verdadera historia de Diana de Poitiers.</i>
<b>Samuel Ramírez Castilla</b>	<i>Tópicos americanistas.</i>

NOTAS Y DOCUMENTOS—LOS LIBROS—  
GLOSARIO—LIBROS RECIBIDOS.

# ATENEAE

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEAE inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEAE no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

## PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 30.00

Un semestre..... 16.00

En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Número suelto..... \$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEAE, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del  
S. Rafael Merino H.

# HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED  
TO THE INTERESTS  
OF TEACHERS OF SPA-  
NISH, AND PUBLI-  
SHED BY THE AMERI-  
CAN ASSOCIATION  
OF TEACHERS OF  
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,  
CALIFORNIA

# CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana  
de Cultura

DIRECTORES:

Alfredo R. Bianchi

\* \*

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,  
Jaime Torres Bodet,  
B. Ortiz de Montellano,  
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811

MEXICO, D. F.

# MERCURIO PERUANO

Revista mensual  
de Ciencias Sociales y  
Letras,  
fundada en 1918.

Director Fundador:

Víctor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176

Lima - Perú

# LEONARDO

Rassegna Bibliográfica

diretta da

Federico Gentile

Director:

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

Milano (III)



# NOSOTROS

Revista mensual  
de letras, artes, historia,  
filosofía y ciencias sociales

## DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

## SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

# REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

## Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

# LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIVERA INDARTE 1030

Buenos Aires

# REVISTA INTERNACIONAL DEL "CINEMA" EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.

SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar  
sobre la aplicación del Cine a la  
educación en cada una de sus ra-  
mas (universitaria, primaria, se-  
cundaria, agrícola), así a la cien-  
tífica como a la popular, y a la  
higiene social. Se publica en cin-  
co ediciones: inglesa, francesa,  
italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la  
edición española: dólares 4;  
pesos chileno, 32.

# Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y  
ARTES. PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año X

Junio de 1933

Núm. 98

Teodoro Dreiser

## GRANDEZA Y DECADENCIA DE LA NOVELA REALISTA NORTE- AMERICANA

**P**ROBABLEMENTE, los más antiguos y artísticos temperamentos literarios de Norte América, para inspirarse, buscaron a los más grandes maestros realistas de la novela en Europa, así como para guiarse al retratar la vida norteamericana. En las historias de la literatura norteamericana que he leído no hay ninguna referencia de importancia respecto al origen de tales intentos primitivos. Empezando, sin embargo, con «typee» de Melville, con «The Scarlett Letter» (La letra roja) de Hawthorne, y con los avances muy personales, si bien no por completo realistas, de Poe y Whitman, tenemos al menos norteamericanos que resultan debiendo muy poco, o casi nada, a sus contemporáneos del extranjero. Es un hecho que Europa y el mundo han aprendido algo de ellos.

Para la fecha exacta de la primera pintura realista de ambiente norteamericano, tenemos que retroceder a la primera mitad del siglo pasado. «The Diary of a Forty-Niner» (El Diario de un hombre de 1849), hallado en la choza abandonada de un minero de California, es una notable pieza de actualidad y de naturalismo. En ella, en su trama, y en pleno trabajo por

los arroyuelos áureos de la montaña, hallamos al verdadero hombre de 1849. Ese libro no fenecerá. En cambio, «Uncle Tom's Cabin» (La cabaña del tío Tom), «Dred» y «The Scarlett Letter» son combinaciones de novela y de realismo. Cuanto a lo que sigue, en América del Norte, pronto surgen autores relativamente realistas, como Henry James, William Dean Howells, Bret Harte, Mark Twain y Robert Grant. Personalmente yo descarto a James en su mayor parte, por ser demasiado estrecho y apenas consciente de clase, así como rechazo bastante de Howells, por ser indiferente en materia social, y por ignorante, lo que es peor, excepto en su «Their Wedding Journey» (Su viaje nupcial). En cambio, su «Rise of Silas Lapham» (El auge de Silas Lapham), altamente convencional, debe ser descartado sin mayor contemplación.

Eliminados esos, la corriente realista se traslada a 1886, cuando Chicago presentaba a Henry B. Fuller y su «With the Procession» (formando parte de la procesión), como la más profunda pieza realista que esa década u otra hubiesen producido. En efecto, Fuller parece haber iniciado la verdadera novela realista norteamericana. En ella pinta la época que precedió a la Guerra civil; y a través de los actos y psicología de sus personajes y de la atmósfera comercial y social anteriores a esa guerra, podemos asomarnos al ambiente norteamericano del verdadero Chicago de entonces. En efecto, en ese libro mucho más que en los centenares de comentarios descuidados e inferiores que surgieron de él, establecemos contacto con el origen de los grandes negocios y con el medio ambiente social que los rodeaba. Si hay alguien que pueda llamarse padre del realismo norteamericano, es Henry B. Fuller.

Pero eso era en 1886, y desde entonces ha transcurrido casi medio siglo. Y en lo relativo a un acabado

cuadro de la vida norteamericana, ¿qué poseemos? Si uno acepta a los maestros del realismo de Francia, Rusia, Alemania o Inglaterra como guías, tendría que tener en vista un credo literario que insistiese en que la mayor lucha del hombre es contra su destino; que el carácter humano está siempre azuzado contra las circunstancias destructoras, y que la lucha, si no se pierde, en lo mejor de la acción, se pierde con más certeza después, al decaer la juventud y el vigor y todas las ambiciones y éxitos que acompañan a los mejores años del hombre.

Y en los más inmediatos y verdaderos retratistas de la vida norteamericana, hallamos este credo en culminación. Dos de los más antiguos surgen prácticamente a un tiempo: Stephen Crane con su «Red Badge of Courage» (La escarapela roja de la valentía), considerado a menudo como «pioneer» de la obra realista en tierra norteamericana; y Hamlin Garland, con su «Main Travelled Roads» (Camino reales recorridos), estudio realista de la vida rural de sus días, publicado en 1894. En esas obras, por cierto, que el hombre lucha, y desesperadamente, contra su destino.

Después de ellos, tenemos, en Marzo de 1899, a Frank Norris con la novela «McTeague», que según su hermano Carlos la empezó en 1891, pero no la terminó hasta 1897, y no la publicó sino en Marzo de 1899. Aquí tenemos una espléndida muestra de lo que podría ser el realismo norteamericano, tal como lo proporciona América del Norte. Es el verdadero sucesor de «With the Procession». Un año más tarde aparecen «Quick Band» (La tembladera) por Hervey White, obra rígida y constreñida; «The Story of Eva» (La historia de Eva) por Will Payne, otro fuerte libro, «The Damnation of Theron Ware» (El castigo de Theron Ware) por Harold Frederic, tan verdadera como movida; y por Brand Whitlock, «The 13th

District» (La jurisdicción trigésima), otro esfuerzo valioso aunque desmedrado por su aparente aceptación sincera de la pretendida moral corriente. También es de ese año «Sister Carrie» (La hermanita Carolina). Todas esas obras por un momento fueron rechazadas por la religiosidad y la moral espúreas de entonces, como si hubiesen sido portadoras de los más virulentos venenos. Verdaderamente sus autores, como yo mismo, con «Sister Carrie» fueron rechazados y condenados como indignos y vergonzosos, por el público, tanto como por los editores y los críticos.

---

Yo viví ese período. Leí las obras en cuestión y contemplé, con extremo placer y aprobación, sus méritos y promesas. Sin embargo, aun cuando mi propio libro fué suprimido y los otros fueron olvidados, mientras que la segunda novela de Norris «The Pitt» (El Pozo), publicada en 1912, era traicionada y abortaba gracias al craso comercialismo de sus asesores literarios, no llego a comprender que sólo el editor norteamericano, el diario o los críticos, de entonces, sino también acaso el verdadero carácter de ilusión mental de la gente norteamericana, fueran fatales a cualquier intento honrado de acercarse a la áspera y grosera vida que se hacía entonces y que no afrontaría por sí misma o permitiría hacerlo a cualquiera de sus llamados representantes literarios. Abreviando, la supresión de la última novela citada no fué hecha por un editor sino más bien por el mismo público norteamericano. Y fué completa. Ellos murieron y sus libros, con excepción de «McTeague» y «Sister Carrie», continúan muertos hoy. Realmente, por allá en 1908, cuando yo hacía críticas para «The Smart Set» me dí cuenta de que críticos como Narry L. Mencken, ignoraban por completo no sólo la obra de

Norris sino también aquella de otros contemporáneos míos. Y la de quienes fueron verdaderos precursores en tal terreno. En prueba de ello indico examinar, a quien lo quiera, la introducción de Mancken a «Mc-Teague», en la edición completa de obras de Norris publicada en 1929, donde hallará que este autor se refiere a Norris como «pioneer» del realismo norteamericano, ignorando a Melville, James, Wharton, Fuller y Crane. H. G. Wells está todavía seguro de que era Stephen Crane quien llevaba el panderero.

El mismo Henry B. Fuller fué, en 1913, quien me explicó por qué no había estimado su labor. La razón fué, según lo aseguraba, que se vió atacado por la más ultrajante y vociferadora turba de críticos, puritanos o románticos desposeídos de mentalidad, que comenzaron a propalar que sus trabajos no sólo eran libelos sobre la vida, sino que eran aún indignos de leerse. En su propio mundo de Chicago y dentro del círculo de amigos no sólo halló la desaprobación personal, sino hasta la injuria.

Sensitivo como era, tanto como amante de la sociedad de que formaba parte, según me lo explicó, hubo de desistir para encarar el destierro social tanto como el literario. En Chicago y en 1913 también Hamlin Garland me dijo que la realidad de las groseras fases de la vida diaria del mundo que observaba, y que revelaba en «Main Travelled Roads» no eran de tanta monta para su pluma como el valor y las relaciones sociales. Este autor se había casado bien y el realismo adecuado a la vida norteamericana de entonces, como en mi caso, atenuaba el ostracismo social. Estoy seguro de que tanto Will Payne como Harold Frederic, atacados como fueron por sus aventuras realistas, se contentaron hasta dejarse seducir por «The Saturday Evening Post», donde más tarde aparecieron sus espúreos trabajos.

Pero la historia no termina ahí. Hay al menos tres aspectos que llevan esta farsa dramática a un trance burlesco. Uno de ellos es la línea de héroes pseudo-realistas que, precediendo e inmediatamente sucediendo a esos precursores, con aliento y estilo altisonante tomaron posesión de la escena en nombre del Realismo: 1. Richard Harding Davis (el de las narraciones de Van Bibber); 2. Robert W. Chambers (su «King in Yellow», elogiado nada menos que por James Huneker); 3. Paul Leicester Ford (su libro «The Honorable Peter Sterling» considerado de gran realismo); 4. Brand Whitlock (después de todo, en lo sexual, excepto en los convencionalismos matrimoniales, un honrado realista); 5. Robert Herrick (un romántico con escrúpulos realistas); 6. O. Henry (excepto media docena de cuentos, simple vaudeville literario); 7. Jack London (iguales partes de realismo y novela mezclados según el gusto popular corriente); 8. David Graham Phillips (considerado por Frank Norris y Mencken como un maestro en su arte; espanta-pájaros en el sembrado literario); 9. Booth Tarkington (dulces 16 años y amor eterno); 10. Will Levington Confort (Dios está en su trono); 11. George Bronson Howard (un romántico que decidió ser realista, pero sin saberlo); 12. Arthur Train (un romántico intrigado por el realismo de los asuntos legales); 13. Hervey Fergusson (coronado por Mencken y nadie más); 14. Joseph Hergesheimer (ahora reducido a perfumes y ropa blanca y todavía ayudado por Mencken, y nadie más); y 15. Samuel Hopkins Adams (un estadístico que decidió usar la novela como medio de reforma social).

La segunda fase es tan ridícula como la primera; más aun: es absurda. Parece haberse formado en torno al dogma de que no sólo debía fomentarse el genio del realismo, sino que debía ser alimentado y nutrido en forma tal que engendrara una escuela com-

pleta de realistas norteamericanos. Las fuentes de inspiración de esa idea fueron los precursores antes nombrados. Sus auspiciadores críticos fueron, primero Huneker y después de él Mencken. En cuanto a Norris, muerto a los treinta y un años, había sido glorificado por «McTeague» y «The Octopus» (El pulpo). La suerte de «Sister Carrie», presumiblemente sepultada en América del Norte por Frank Doubleday, pero al menos viva en Inglaterra y en el Continente, es un nuevo trastazo. Hasta había quienes, leyendo «Quicksand», «The Damnation of Theron Ware», y «The Story of Eva» habían adquirido en consecuencia un pregusto de lo que debía ser una «comédie humaine» norteamericana. Todo ello había capacitado su pupila para un retrato verdaderamente significativo de América, y ya en 1907, por parte de Huneker, y en 1909, por parte de Mencken, hubo invitaciones a un realismo con la profundidad de un Zola y de un Balzac.

---

Habiendo muerto Norris, los señores Huneker y Mencken se fijaron exclusivamente en mí, y esperaron de parte mía todo esfuerzo posterior. Después de esa fecha, cada nuevo escritor de alguna condición realista era favorecido con galardones hasta más allá de sus méritos. Es la verdad respecto a Jack London, O. Henry y David Graham Phillips, para nombrar sino tres. Realmente, tan anhelante fué la acogida y tan insistente la espera, que de 1909 a 1910, fecha en que asumen el control crítico de «The Smart Set», los señores Mencken y Nathan, ya se había establecido en esa previsorá editorial una escuela para jóvenes realistas norteamericanas, al mando supremo de Mencken, y, en lo relativo al teatro, de George Jean Nathan.

Después, en los departamentos de casi todo colegio



y escuela del país se iniciaron cursos que ofrecían una educación completa en el arte del realismo. El horrible resultado de todo eso lo vemos hasta hoy. Los anaqueles de mi librería se doblegan bajo el peso de todo linaje de literatura pseudo-realista de esa época, cuya inspiración tiene rastros de Mencken. Pues bajo su resonante jefatura literaria, todo diario o periódico de alguna tenida crítica dió luego en el negocio de presentar, ya no mensual sino semanalmente, a algún nuevo genio innegable, predestinado en el género maestro! Y para mejor asegurar el último espaldarazo, también se empezó, por el mismo tiempo, el uso de la faja etiquetada en el libro, lo que era como el endoso del emocionado editor, que respondía con la mano al pecho de su nuevo presentado.

Semejante nueva táctica respecto a las grandes ediciones y al negocio de libros y su provecho, capitalizó la esperanza nacional en un simple recurso de comercio al alcance de todo editor ambicioso y poco honrado, para hacer pingües ventas. En efecto, hasta el año de 1929, en que llegó nuestra depresión nacional y todo se modificó, el descubrimiento de genios del realismo se había convertido en base del negocio de toda casa editora que no quería ver exhaustas sus arcas.

Cual más cual menos, en todo ese período de incubación realista, surgieron o desaparecieron los siguientes realistas, con o sin aceptación: Upton Sinclair: «The Jungle» (La selva), «Love's Pilgrimage» (Peregrinaje de amor); Haris Merton Lyon: «Sardonics», «Graphics»; Neith Boyce: «Proud Lady» (La dama altiva); Stephen French Withman: «Predestined» (Predestinado); Robert Steel: «One Man» (Un hombre); Louis Joseph Vance: «Joan Thursday»; Sherwood Anderson: «Selected Short Stories» (Novelas cortas selectas); Albert Edwards: «A Man's World» (El mundo de un hombre); Willa Cather:

«My Antonia» (Mi Antonia); Evelyn Scott: «The Narrow House» (La casa estrecha); Konrad Bercovici: «Crimes of Charity» (Los crímenes de la caridad); Charles Fort: «The Outcast Manufacturers» (Los fabricantes fuera de la ley); Sinclair Lewis: «Main Street» (La calle central); Homer Croy: «West of the Water Tower» (Al oeste de la Torre del agua); Floyd Dell: «Moon Calf» (Las manchas de la luna); Abraham Cahan: «The rise of David Levinsky» (La ascensión de David Levinsky); John Dos Passos: «Manhattan Transfer» (La estación de cruce de Manhattan); Samuel Ornitz: «Haunch Paunch and Jowl»; Ernest Hemingway: «A Farewell to arms» (Adiós a las filas); Henry K. Marck; «Undertow»; Helen Grace Carlisle: «Mother's Cry» (El grito de la madre); Du Bose Heyward: «Porgy»; William Faulkner: «Sanctuary» (El Santuario). De estos, como se sabe, bien, los éxitos claros o casi éxitos fueron: Sinclair, Cather, Anderson, Lewis, Dell, Dos Passos, Hemingway y Faulkner. Los otros gozaron de un breve resplandor de gloria, para hundirse después en el anonimato.

Sin embargo, hoy todavía se espera la gran novela realista norteamericana. Su realización, o lo que es peor, su realización aproximada, como en «With the Procession», «The Story of Eva», «Quicksand», «One Man», «The Outcast Manufacturers», «The Narrow House», «Joan Thursday» y «The Rise of David Levinsky», no ha sido reconocida. El crítico, el editor y el lector previo están todavía en acecho. Pero todos la descuidan para aceptar la enteramente falsa. No hay sino que pensar en la venta de obras del primer grupo mencionado para luego ver el destino suyo. En efecto, tan endeble es el sentido crítico y el gusto del público norteamericano, que una obra realista en extremo fina, publicada en su propia defensa por un genio literario inconsciente de sí mismo,

Jared Flagg («The Crimes of Jared Flagg», Los crímenes de J. F.) ha sido dejada hundirse en las simas del olvido, por suponerse que era una falsa defensa hecha por un hombre inmoral y deshonorado.

Entretanto ha venido y ha pasado uno de los más asombrosos períodos de la historia del mundo: la grandeza, dominio y caída del sistema industrial. Surgieron los gigantes. Se libraron guerras. Hombres y mujeres, por millones, fueron esclavizados, agobiados, muertos de hambre y asesinados. Como las religiones y los reyes en otra época, el vulgar y brutal Dinero se ha sentado en un trono y no sólo ha ejercido su dictadura sino que hasta ha fijado la norma para la vida del hombre. En vez de los palacios y las catedrales de ayer, ha levantado fábricas y rascacielos, exclamando: «¡Deteneos! Respetadme! Así es como debe ser el mundo»!

Entretanto, también, algo insensato, mediocre y ñoño, pasa por ser literatura realista. Ello se nota en el creciente número de las librerías circulantes de la vecindad y en los anaqueles de libros de las cigarre-rías y droguerías, repletas con las últimas producciones, que pretenden no solamente reflejar la realidad, sino hasta agotar la visión de lo ingenioso así como de lo sucio de la vida norteamericana. Esos libros, desde luego, son curiosos. Su psicología no está del todo mal, aunque sea sólo psicología de antesala y de salón de té. La acción no es lenta, sino, por el contrario. Pero no hay en ellos una línea de condiciones reales, de emociones reales, de gente real, de drama real, de tragedia real. Y son comprados, en su mayor parte, nada más que por una gente irreal, una gente con nociones formadas sobre lo que quisieran ser y no sobre lo que realmente son.

(Traducción especial del inglés para ATENEA, por Neftalí Agrella).

Luis Durand

## VISION DEL CAMPESINO CHILENO

### I

**L**OS aletazos resonaron recios y casi al mismo tiempo, el gallo lanzó su canto, que llenó el ámbito estrecho del rancho. Una claridad indecisa, apenas se filtraba por entre la quincha. Muy pronto se oyó en las viviendas próximas el mismo canto: breve, melancólico, desvaído. Un vientecillo de Mayo, trasminante, hostil, agitaba las tiras deshilachadas, del techo de totora, que colgaban del alero del rancho. Dentro, crujió la pallasa de hojas de maíz, tosió un chiquillo y estornudó un hombre. El perro acurrucado bajo el cobertizo, le aulló friolento a la última visión nocturna. Juan Inquilino, se puso los pantalones, húmedos todavía, de chapalear en el barrizal del potrero donde estuviera sembrando el día anterior, y se enderezó al borde del lecho para calzarse las «chalias» que se amarró al tobillo con un «tiento» de cuero crudo ablandado con sebo. El sabe que aquel reloj de carne no se equivoca jamás. Era la hora de levantarse. Las gallinas dejaban la escalera y se arremolineaban cloqueando ante la puerta que luego abrió Juan. La noche lanzó su último bostezo, que se coló helado hasta el interior, levantando el «pulchen» de la ceniza donde quedaban aún restos de los tizones de la fogata de la víspera.

Envuelto en su mísero poncho, desflecado y de un color que él mismo ya olvidó, Juan ganó el callejón barroso, donde las hojas amarillas de los álamos terminaban su breve vida de luz y de sol. La campana de «las casas» dejó oír entonces su voz tristona, trémula y monótona, que llevaba al trabajo. Por el camino iban otros hombres, hermanos de Juan en la precaria herencia, de dar todo el esfuerzo de una vida, al servicio de aquellos para quienes la tierra era siempre generosa. La mañana era torva, huraña, sombría. Lejanamente oíase el grito de los vaqueros arreando los bueyes de labor, hacia la puerta del potrero de la siembra. Agazapados tras de unos álamos, donde tititaban angustiadas las últimas hojas, unos nublados densos acechaban al día.

El llavero con la nariz roja, entumecido, reparte el apero. Yugos, coyundas, cabrestos. Los peones a buen tranco desfilan con ellos al hombro, en dirección al campo de labor. Dos o tres mayordomos, cuyas bestias sudorosas exhalan por todos los poros una débil neblina de humedad, esperan las raciones. El hombre de las llaves las cuenta cuidadoso. ¿Cuántas tenía*i* vos?—pregunta desconfiado.—Bueno, doce, y con la ración de la Melania; trece. Harina, grasa, sal. Ya está. Ahora la galleta. Una, dos, tres... ¡Todo al saco!—sonríe desmayado el mayordomo.—Toó vá pal mesmo depósito.

Afirma las riendas, hiere los flancos húmedos y arranca al galope. Lleva por delante el saco mugriento, con su tesoro mísero, pero tesoro al fin. Al pasar frente a la casa del patrón, una moza de carrillos encendidos, cruza la galería llevando una gran bandeja: café, té, leche, tostadas, dulce. Es el desayuno para los patrones.

Juan Inquilino ya está en el surco. Los bueyes se azotan el flanco, mansamente. Algunos novillos de primeras enyugas mugen temblorosamente. La

tierra ahora, arcilla blanda, recibe sin rebeldía el filo del puntón. Unos tiuques que chillan plañideros van tras de las yuntas.

—Solimán, Venado... ¡Chiiíst!...

Melania en la «rancho» ya tiene el fondo de fierro en el fuego. Mal que mal, ella despunta sus trocitos de masa de las «pantrucas» y hace una «churrasca» para su mate. Luego arriba el mayordomo. Grave-mente cuenta en los puños las raciones. Todo está conforme.

Y el tiempo pasa. Otra vez la campana se oye le- janamente, voz extraña, sin afectos. Es la hora del desayuno. Los hermanos de Juan Inquilino, incluso él, se agrupan junto al mayordomo para recibir la galleta. Sentados en el timón del arado se la comen a mordiscos; otros apoyados melancólicamente en la manquera. Después un cigarrillo de hoja, largo, de- forme, amargo, áspero: ¡delicioso! Y tras un rato de conversación lenta, el mayordomo sale de la rancho, y monta en su bestia, extenuada y humeante, para gri- tar:

—¡Vamos niñitos... vamolé!

Y los niñitos van de nuevo tras los bueyes, con el extremo de la garrocha cerca del ijar; la mano en la manquera. Tras ellos los tiuques chillando plañidera- mente. Es el Otoño....

## II

Toda la noche el huracán ha soplado con violencia, con furia loca. Ha ululado en la oquedad de las mu- rallas y de los tranqueros. También entre las piedras enormes de los cerros. Destrozó las quilas y abatió los robles centenarios de la montaña. Después rizó de temblores negros el convoy aéreo de las nubes es- pesas, y empujó con estrépito a los troncos en la onda

desmelenada y rugiente del río. En el llano azotó despiadado el rancho de Juan Inquilino, arrancándole el techo de paja cortadora, para meterse dentro de la vivienda como un bandido, agitando a hombres y cosas en un rudo bailoteo de terror y desamparo. Después huyó bramando, seguramente, a fatigarse estrellando su fuerza en los farellones cordilleranos. Entonces unas nubes rezagadas, nerviosas de tanto batallar se deshicieron en copiosa lluvia sobre el campo inundando el rancho de Juan Inquilino. Y éste, sintiendo cómo el agua se escurría a torrentes sobre su torso, estuvo techando de nuevo su vivienda. Con restos de paja, con tablas viejas, con latas. El alba gris le sorprendió en esta tarea. Adentro todo era un lodazal. Fué necesario hacer una fogata, para secar las pilchas y por eso no le fué posible salir al trabajo en la primera hora. Llegó cuando sonaba la campana del desayuno y por este motivo no tuvo derecho a la ración de la mañana.

En la casa la mujer estaba enferma. Los chiquillos tiritaban junto al fuego. Después a la mayorcita se le quemaron las pantrucas del almuerzo, y como no había otra cosa fué menester comerlas así. En tanto, Juan Inquilino trabajó toda la mañana en la bodega trasvasijando el vino de los toneles y luego dando vueltas a la máquina desgranadora de maíz. En los momentos en que la ocasión fué propicia se empinó el tiesto rebosante de tinto. Esto le calentó el cuerpo, y le dió energías que luego se trocaron en desmayo cuando sus músculos se aflojaron y su mirada entoncida reflejaba no entender lo que se le ordenaba. Entonces el bodeguero lo insultó gritándole cosas soeces, insultos gruesos:

—¡Borracho sinvergüenza! ¡Animal!

Afuera en tanto, seguía lloviendo copiosamente. Los canales de regadío eran torrentes bramadores, que vomitaban agua sucia, inundándolo todo. En

la ranca felizmente arde un lindo fuego. Las llamas chisporroteantes se retuercen en lenguas azules. Juan Inquilino, y todos sus hermanos de destino comen los porotos con harto ají, alrededor de la fogata. Algunos llegan arremangados hasta más arriba de la rodilla, chorreando de todas partes, como si ellos mismos se fueran a deshacer. Son los hombres que sacan los «tacos» en los potreros a fin de que el temporal no inunde los caminos.

En las casas, arde la chimenea del comedor. Los señores abrigados en sedosos ponchos de vicuña, leen junto a ella, novelas de Xavier de Montepin.

—¿Qué tal?—pregunta uno.

—Linda obra. Preciosa.—Y luego con gesto de fastidio: ¡Hombre! ¿Hasta cuándo irá a llover?

Por el camino va a esa hora Juan Inquilino. Uno de sus hermanos le grita al pasar:

—¡Qué tiempo compadre! Medio día apenas se pudo trabajar.

—Tuvo suerte. A mí sólo me rayaron, un cuarto.

En el fondo del camino, el arco iris se curva sutil, vagoroso, entre las nubes. Ha cesado de llover. Mañana habrá sol y los señores saldrán de caza. En el rancho de Juan cuyo piso es un charco, hará mucho frío. Pero el invierno es así....

### III

La primavera toca su flauta de ensueño entre los montes. Los esteros han vuelto cantando a su lecho de arenas brillantes, y el agua bajo el ramaje, tiene una limpia transparencia de cristal. Arriba hay un cielo azul, puro como una mirada de sinceridad. A Juan Inquilino lo encontramos hoy en los campos del sur, donde aun hay caminos a medio desbastar, bosques inmensos que tienen un corazón fresco y fra-



gante, hecho de grandes árboles cubiertos de hojas tiernas, cuya alta ramazón en la clara luz del austro, ondea como un oleaje verde y dorado.

Juan Inquilino a pesar de la opulencia de la naturaleza es siempre pobre. En las altas lomas arcillosas, hace el barbecho, sobre el cual en el Otoño próximo, esparcerán los granos que guardarán para este objeto, las bodegas de la hacienda. En la media tarde, y como siempre, va con sus pasos lentos tras los bueyes, rompiendo con su arado la dura costra de la tierra erizada aún de troncos y pedruzcos. El viento sur agita sin cansarse sus invisibles alas, levantando un polvo delgado que se entra por las orejas y la nariz, porfiadamente, y circunda los ojos de extrañas ojeras. Juan lleva amarrado a la cintura su tarro de lata y a veces, cuando el cansancio le rinde, baja hasta la quebrada a humedecer su ración de harina tostada en el estero. Las ramas de los helechos le dan su abrazo de suavidad. A lo lejos oyese el golpe del hacha de sus hermanos que en el seno de la montaña, parten la leña que consumirá el motor de la trilladora en la cosecha; otros hacen estacas para los cercos. Aun se divisa una que otra columnita de humo que surge de la «percha» de algún carbonero retrasado.

Pero en todo el ámbito hay un hálito de vida, de energía nueva. Es verdad que en el rancho ya se acabó el trigo, los porotos, la harina. Hubo de recurrir a la bodega de la hacienda. Para esto Juan Inquilino vendió en yerba, parte de su cosecha próxima: las crías de la chancha y la parvada de pavos nuevos, que pican los yerbajos junto al rancho. Fué preciso también, comprar unos metros de casineta y de tocuyo para él; percalas y franelas para la mujer y los chicos. Pero no importa: hay una voz de esperanza en todo: pían los polluelos junto a la cerca y la vaca que le dieran a medias, hace días parió un hermoso ternero clavel. Este año habrá leche para darle a los

chicos siempre hambrientos. Además, aquí el campo es más pródigo que el de la zona central. Hay días que después de una lluvia, los montes amanecen blanqueando de digüeñes y de dulces pinatras. Los gargaes, entre los robles ofrecen su carne tierna y jugosa... También, entre días un ramo de copihues rojos suele venderse bien, a la pasada del tren en la estación cercana. Luego habrán cóguiles, peumos, maqui y avellanas. Es por eso que Juan Inquilino tiene aquí, los hombros más anchos y la mirada llena de luz.

Por las noches, entre las rendijas del rancho, el viento canta su canción de melancolía. Es cierto que en su interior hay hambre, pero a pesar de ello, hay una gran esperanza. La primavera es como la dulce y esquiva palabra de una mujer hermosa, a quien presentimos que un día nos entregará la miel de su boca y el calor de su corazón.

#### IV

Las sementeras ondulan en la ardiente caricia del sol. Juan va ahora sentado sobre la dura silla de fierro de la máquina cortadora, arreando las yuntas de los mejores bueyes de la hacienda. Bueyes enormes, de pelaje suave ahora humedecido de sudor, caminan jadeantes empujando la mesa de la cortadora que troncha el trigal rumoroso, y lo arroja a la vera, rendido, en gavillas doradas. Los tábanos de vientre verde metálico y alas azules transparentes, hostigan a las bestias de labor, que se defienden con la cola y fuertes tirones de la piel. Un sol abrasador hiere sin piedad a Juan Inquilino, por cuyo rostro se escurre su sudor en gruesos goterones espesos de polvo. Atrás vienen los carros emparvadores, y las horquetas de dientes bruñidos, donde refulge la luz, se hincan en las gavillas, sin cesar. Crujen las ruedas de palo de

los carros. con un crujir largo, que es como un aullido y ruedan hacia las eras donde se levanta la parva rubia junto a la trilladora, que tragan vorazmente las gavillas, que los hombres le echan, sin tregua, por su ancha boca.

Todo ahora es actividad anhelante. Corren los jinetes. Cruzan las carretas cargadas de sacos, o llevando las pipas llenas de agua, para apagar la inmensa sed del motor, que a ratos apura con agudos pitazos. Hay momentos en que la trilladora se atraganta y entonces caen las correas y quedan las poleas girando vertiginosas, heridas por el sol. Los hombres cuya camisa empapa el sudor, pegándola al cuerpo, se sumergen por los agujeros del monstruo de fierros, para sacar el taco de espigas, y paja triturada, colocan las correas, lanza el motor de nuevo un pitazo, breve, y el volante da su estironazo al cual responde un ¡chas-chas! ronco. Los hermanos de Juan Inquilino gritan gozosos:

—¡Ya niños... Vamolé!

Bajo la ramada, Melania, con la cabeza envuelta en un trapo, revuelve los porotos hirvientes, donde resaltan las rojas costras del ají. A ratos va a buscar una brazada de leña junto al monte entre el cual, el aire es espeso y ardoroso de aromas y de sol; vibrante de tábanos y moscardones. Y cuando llega el medio día el motor lanza un pitazo, esta vez muy largo, el cual responde como un eco, al otro lado de los cerros, desde las demás eras. Es la hora del amuerzo.

\* \* \*

Y cuando el crepúsculo, abre junto al horizonte su flor romántica, los miembros de la familia, de Juan Inquilino vienen a trillar su triguito sembrado en el cerro. Son unas carretitas endebles, torcidas, cargadas

de gavillas apretadas (espigas cortadas y amarradas a mano) que se detienen como avergonzadas junto a los grandes carros de la hacienda. De una pasada, la máquina se traga aquella cosecha. Los hombres sacuden cuidadosos los arneros y recogen los granos revueltos con tierra. En seguida el mayordomo cobra la maquila y las «ditas». Juan Inquilino ha trillado siete sacos. El mayordomo dice implacable:

—Vos tenís una dita de cuatro sacos con la hacienda. La maquila son tres almudes.

Juan Inquilino, enarca el torso inclinándose con gesto resignado. Bornea en seguida sus dos sacos restantes sobre la carretita. Los demás hombres hablan a media voz sumidos en la parva. Cantan los pájaros entre el monte cercano. Todo se llena de paz y dulcedumbre. El mozo llega del pueblo y entrega una carta al administrador. Es del patrón que le escribe de Viña del Mar.

«Preocupado con los negocios y el veraneo de la familia le dice—no he podido llegar hasta allá, pero lo haré muy luego. ¿Cómo andan los rendimientos? No te olvides de cobrarle a Juan, mira que ese es muy pillastrón. Yo tengo que quedarme unos días más, pero estoy tranquilo, porque sé que tú estás preocupado de todo....»

Satisfecho y grave, el administrador guarda la carta. Melania, que es una intrusa, grita: ¿Cómo está el patrón? Desde lo alto del camino, llegan los chirridos de la carreta de Juan, que rueda en la sombra, hacia el rancho...

Es Marzo y luego se acabará el verano.

## AMANECER

*Por el camino más alto  
baja el cerro la mañana  
y le azuza sus lebreles  
a la noche rezagada.*

*Queda el hielo de la fuga  
en los temblores del agua.*

*Se despereza el paisaje  
estirándose en el alba,  
y salpica sus colores,  
cisne que agita las alas.*

*Con fino cristal de luz  
moja en verde, rojo y gualda.*

*Vuela el cuervo hacia las peñas,  
última sombra olvidada,  
y despiertan los hogares  
en frágil humo de gracia.*

*Ya pasó el puente de cimbra  
la niña de la mañana.*

---

*Era así la mañana.  
Un revuelo de pájaros esquivos  
en el olivo de las hojas grises;  
alborozo del río entre las peñas,  
y está la niebla que no quiere irse,*

*El sol entre los cerros del oriente  
pone sus ojos blancos y felices,  
y no llega hasta el valle que amanece.  
Era así la mañana en que te quise.*

*Y esto que no es recuerdo ni es olvido  
es siempre amor, pero un amor más triste;  
un revuelo de pájaros del alma  
junto al almendro de mis horas grises.*

### MI TIERRA

*En mis cerros de sol mezquino  
crecen el boldo y el canelo  
y la araucaria y el espino.  
El árbol triste bajo el cielo.*

*En mi cielo, de un azul fino,  
las aves cantan y se alejan  
en la humareda de su trino,  
Es añoranza lo que dejan.*

*Mar de mi tierra azul marino,  
azul del cielo mortecino,  
¡siempre el azul débil y terso!*

*Esta tierra sin alegría  
en que el color es agonía,  
hace el desmayo de mi verso.*

---

*El aire fino  
El aire fino y transparente,  
que le dió pureza la lluvia.  
En los caminos, un alivio  
para no detenerse nunca.*

*Hay un anhelo de vagancia,  
y es la montaña una llanura,  
Desde las blancas lejanías  
llama una voz con voz aguda.*

*Y está dormida en su cansancio  
mi vieja pena vagabunda...*

Alfonso Bulnes

## DON JUAN FRANCISCO GONZALEZ <sup>(1)</sup>

**P**OR los caminos que se tienden sobre el mundo, el hombre pasa sin mirar; cada día ha partido apresurado de un punto, y otro punto en la distancia le solicita; entre uno y otro, ha quedado el camino que trepa, que desciende, que se adormece en la dulzura del valle, que se arrastra entre las puertas del caserío, que deja sombrear sus surcos polvorientos por alamedas o por las copas de añosos nogales, mal sujetos tras de las tapias de los huertos; entre uno y otro punto que el hombre percibe, queda el largo camino, queda... el mundo.

Allí está y allí queda, tendido eternamente bajo el azul del cielo; objeto único y perenne dispuesto a la visión del hombre, allí está y allí queda, inédito para el hombre que pasa; los sentidos del hombre, la visión humana, van prisioneros del anhelo, a menudo deleznable, que le impulsó a partir y que en el punto de término hallará su satisfacción, tantas veces mezquina.

Drama del hombre, a quien la maravilla se le brinda y no percibe la maravilla; drama mudo también de una creación posible en eterna espera de la percepción

---

(1) Leído en la Sociedad de Amigos del Arte, Posada del Corregidor, el 2 de Mayo de 1933.



creadora. Allí está y allí queda la tela primorosa que la luz descolora o enciende, que incita con matices, murmullos y perfumes la atención avara del hombre que pasa; nada es por sí, si los sentidos del hombre no la crean.

Pero, no acusemos al hombre sin recordar su desmedrada condición en el mundo; rey sin vasallos, rey entre reyes, le dieron tendida ante sus ojos la tela primorosa; pero apenas se recreaba en la maravilla, el instinto de conservación atenaceó su cuerpo, y en aquel paño recamado hubo de buscar, con afanes y sudores, lo que sus apetitos reclaman para prolongar su permanencia en el mundo. He ahí, tras del desinterés real, el uso plebeyo, inherentes ambos a la condición humana. El resto, el abuso, lo hace la ambición, lo hace la rivalidad, lo hace la viciosa deformación que engendra toda costumbre.

Decimos el hombre con esa fácil generalización con que elaboramos tipos y conceptos; no hemos hablado con eso de todos los hombres, no hemos hablado quizá de ninguno; por abarcar la especie, se nos escapa cada individuo. La variedad humana, es inmensa y si los caminos van poblados de hombres que no ven el mundo, hallaremos en los recodos donde el otoño amarillea a algunos pocos que, extasiados, se quedaron despertando las músicas virtuales del color.

La naturaleza da la frase, el hombre pone el ritmo; de ambos brota la sinfonía. Sin la conjunción humana, no estalla la música; con cada hombre, la sinfonía es diversa; La creación es una tan sólo para el hombre que mira; hay tantas creaciones cuantos somos los hombres que miramos, y tan efímero es el mundo como su reflejo en nuestra conciencia.

Quedemos ahora con el grupo escaso que parte cada día sin prisa y llega a otro punto porque allí le sorprendió la jornada, vagabundos de pupilas absortas ante el entrelazamiento de líneas sobre el mundo.

Yo quiero hablaros de ellos; quiero trazar con palabra emocionada la silueta recia de uno que hace poco traspasó el horizonte de nuestra visión y que ha de perdurar, en la corta historia de nuestra cultura artística, como la encarnación más auténtica y más fecunda del arte chileno.

---

La naturaleza da la frase. Tengo ante mi vista un cuadro de otro maestro de nuestro paisaje, de quien don Juan Francisco González, no obstante cuanto en rumbo artístico les separaba, se expresó siempre con respeto: es una tela de don Pedro Lira. La frase que él cogió es muy frecuente en nuestro suelo; es esa frase larga, robusta y tierna con que ondulan las montañas grises encerrando en el fondo un valle estrecho. No sé en qué punto escuchó Lira esa frase a la cual él puso su ritmo de serenidad, pero desde cualquiera cumbre, todos hemos visto muchas veces ese mismo paisaje. Nada de él refulge, nada contrasta; el cielo es de un azul pizarra, de pizarra los cerros y son de un verde pizarroso las manchas vegetales escasas que a ellos se prenden; el valle al fondo, el río en el último tajo del valle, no reverberan en el día de sol; del río al cielo, todo es acero y es matiz. No se puede en Chile trepar ninguna cuesta sin hallar arriba esa misma visión de amplitud que solicita un ritmo de serenidad.

Lira se lo dió; era esa la visión adecuada a su ritmo. Era él también un hombre a quien el mundo detenía en los caminos; su sensibilidad era disciplinada; compartía el gobierno con la fría razón ordenadora, y su visión del mundo era fina como la pincelada con que unía en giros plácidos las líneas desparramadas en el paisaje y fundía en matices los colores.

También Sommerscales vió así alguna vez las cor-

dilleras de la región central. También Jarpa, en un momento feliz, vió así acerados los palmares de Cocalán.

No hago enumeraciones, ni pretendo mucho menos fijar valores; para enfocar la silueta de don Juan Francisco González, quiero solamente ir allegando aspectos que, por comparación, la destaquen. Y si nombro a algunos, y si callo nombres de otros a quienes nuestro paisaje dijo sus frases, que supieron escucharlas y que les atribuyeron el ritmo de su sensibilidad, es sólo porque no hago enumeraciones, porque trato de hacer sentir el mundo cual lo veía don Juan Francisco y cual quedó en sus telas.

---

Era otra la frase de nuestra naturaleza que despertaba en don Juan Francisco los ritmos de su emoción; no miraba desde las cumbres, ni su temperamento apasionado, le permitía deleitarse en las grandes síntesis ordenadoras. Antes de alcanzar la cumbre, quedaba prendido a todos los recodos, a los ranchos humildes y terrosos, a las tapias desmoronadas, a los viejos troncos carcomidos, a las carretas chirriadoras, a los charcos en que se pudre lo que fué vida del verano.

El mundo era para él un hervidero; cuanto más luchasen los colores en el día de sol, tanto más era su mundo.

Alguien—recién muerto don Juan Francisco—pretendía hacer un recuento de las telas que él pintó. Se partía del hecho plenamente cierto de que, en sus épocas normales—y la normalidad para él era pintar y nada más que pintar—pintaba tres telas cada día. Sus días fueron incontables, los de un octogenario que manejó el pincel desde muy niño y murió con el pincel en la mano; se llegaba así a calcular en muchos

miles de telas la producción del maestro. Yo no sé el porcentaje de errores de tal recuento; sólo sé que, de la anorme producción que yo le he conocido, la gran mayoría de las telas reproducían ese mismo aspecto que ya he dicho, de nuestra tierra; los ranchos humildes, las viejas tapias, los huertos llenos de malezas con emanaciones de camposanto.

El resto: flores; rosas que no tuvieron jamás tan delicado intérprete; figuras campesinas, o cobrizas mujeres del arrabal; por excepción, un tipo de clase acomodada.

---

Era chilena, y nada más que chilena, la frase del paisaje que a don Juan Francisco seducía, y cuando un día el progreso haga perderse del todo y borre de nuestra tierra hasta el último rincón de los huertos no cultivados, de las viviendas no reparadas, de los caminos nunca reconstruídos, y hasta los moradores andrajosos junto a las trancas, las telas que hoy son maravilla de creación artística serán también documentos de nuestras pasadas formas de vivir.

Como artista fuerte y sensual, se embriagaba en la sensación, y su más constante embriaguez era la del color. Pero, supo también los frágiles ritmos del matiz, y hay una época de su vida, y hay también un grupo de sus telas, en que cada color se descompone en la más extensa e imprevista tonalidad; los blancos que cubrieron sus panoramas de Lima, de Arequipa, y de las ciudades españolas; los blancos de sus petunias, los rojos de sus rosas que, sin dejar de ser rojos, transparecían en el fondo de las corolas, hasta la lividez.

Fueron quizás períodos de serenidad, momentos de paz contemplativa de su temperamento batallador, Místico lo era siempre ante el paisaje, no obstante su ardiente sensualidad, porque el paisaje para él latía

con tan fuerte vibración que siempre, en su hondura, le hacía percibir un hálito divino.

---

Reinaba en Chile, cuando don Juan Francisco empezó a pintar, el arte formulista en que se pudrió el renacimiento clásico de David. Reinaban el mezquino realismo y lo académico. Nada de emociones, nada de individual. Los maestros extranjeros de nuestras Bellas Artes, Ciccarelli, Monvoisin, Kirchbach—hombres que sabían pintar y a quienes la norma férrea del clasicismo no había muerto su talento, entendían, como todos los maestros de su época, que debían negar a esas primeras generaciones de pintores, si es que de ellas salía un romántico, el derecho a ver el mundo compuesto o deformado. Se dibujaba previamente, para evitar los desbordes invasores del color, que se sobrepondría después; el color vendría una vez corregidas, retocadas y bien terminadas las líneas. Bien detallados, por cierto, el paisaje o la figura; bien agotado el detalle, y elegante, si se lograba—cuando más elegancia—, el ritmo del total. Ese era el canon, esa era la enseñanza, esa era la disciplina; no cabían románticos dentro de ellos, ni menos revolucionarios, segunda y más alta etapa del romanticismo. El romántico que entonces se produjo, el paisajista Smith, quedó a un lado, como un simple aficionado, y esa exclusión, que fué una pérdida para nuestra cultura naciente, fué también un daño para Smith, a cuyo temperamento blando hubiera convenido tanto la disciplina clásica.

Temperamentos fuertes e impacientes habían menospreciado o roto, desde mucho antes, en Francia de donde venía a Chile toda influencia, la insulsez de lo académico y la rigidez del clasicismo; se llamaron Delacroix, Ingres, Corot, la escuela impresionista des-

pués, Cézanne el último. Trababan ellos la eterna y alternativa lucha de la reacción contra el precepto y del precepto contra la anarquía, de lo romántico contra el clasicismo.

La playa chilena quedaba muy distante de esas mareas, y muy tardíamente brotaría la reacción. Dos hombres la encarnaron: Valenzuela Puelma, el Ingres de nuestra pintura; Juan Francisco González, el porta-estandarte de la revolución.

---

Acercáos a un cuadro de don Juan Francisco, de esos que mejor reflejan su temperamento constante, no los de Lima, Arequipa o las ciudades españolas, ni el del blanco prodigioso de las petunias. Miradlo bien de cerca, y sólo veréis una espesa costra de pintura, como una paleta cargada todavía de restos revueltos de colores.

Los objetos van destacándose, desprendiéndose unos de otros, a medida que os alejáis; nunca llega a encontrarse en sus cuadros, como se encontraba en la pintura realista y académica, el objeto entero con su contorno definido y sus detalles; don Juan Francisco no veía el objeto en sí, sino como una referencia a los demás objetos que entraban en su tela; era esa su misión, y era esa la técnica que inculcaba porfiadamente a sus discípulos. Más aun, no veía los objetos, sino, como por encima de ellos y despreciando sus deslindes, las grandes masas, que a veces coincidían con el objeto, que a veces lo desbordaban y que a veces eran sólo una zona del objeto.

Veía así el mundo, en grandes manchas coloreadas, y en los contrastes del color veía el equilibrio del paisaje. Nada, pues, al pintar, de líneas previas al carbón para encerrar los objetos: su individualización no venía de fuera hacia adentro; iba de adentro hacia

afuera, hasta donde lo permitiese el resto de los elementos contenidos en el paisaje.

Y entonces su temperamento sensual caía en gruesas y seguras pinceladas sobre la tela.

---

¿Cómo restituir, señores, al mundo de las formas las formas desaparecidas? No por creer que deba yo daros a conocer en este instante, la imagen física de don Juan Francisco, a quien todos, cual más cual menos, conocisteis; sino para saborear aquí, en esta intimidad conmovida que nos reúne, un momento de ilusoria compañía del hombre cuya ausencia no nos cansamos de lamentar.

Llegaría, hasta nosotros, si ahora viniese, con esa marcha elástica que le hacía parecer de vieja raza oriental, con ese gesto de vagabundo apasionado, pronto siempre a detenerse y pronto siempre a reanudar sin transición la jornada en grandes espacios, un instante interrumpida. Echaría atrás la cabeza con deliciosa altivez; veríamos oscilarle un momento la cuidada melena plateada. Sobre su tinte cobrizo, también de Oriente, como asoleado, en desiertos inmensos, centellearían bajo las gafas los ojos encendidos. Y aunque hace apenas dos meses que murió, nos parecería que llegaba de muy hondo y de muy lejos; era esa siempre la impresión que él producía.

La recia nariz le hacía de águila el perfil; era también de ave de presa el espacio que reclamaba para su vida, y nada recordaba mejor los giros de los grandes rapaces que la vehemencia con que su juicio caía sobre el concepto que le apasionaba.

Nos diría una frase con ese timbre metálico de su voz varonil, y quedaríamos sorprendidos ante lo inédito de una frase que, compuesta por otro, sería trivial; su vocabulario parecería revolcado, antes de

usarlo, en su paleta de pintor. No era la suya una lengua arbitraria ni rebuscada; era el viejo castellano que, por viejo y abandonado, sonaba en nuestros oídos como un léxico desconocido; el viejo castellano, lleno de resonancias y de plasticidad en un habla ávida de la expresión certera.

Se alejaría como había llegado, flotante la rosa negra de la corbata, flotante también la suelta indumentaria, elástica la marcha, y como agitada ya en el viento el ala ancha del sombrero.

---

Cuando pienso en don Juan Francisco, yo no puedo dejar de fundir su figura en la de uno cualquiera de esos grandes artistas y artífices que, en la Edad Media, fueron núcleos irradiantes de acción creadora. Rodeados de discípulos a quienes su verbo inflamaba, extraían de los gruesos maderos, de los bloques de piedras de las canteras, las imágenes con que poblaron castillos y catedrales, y que hoy son como la huella de un tropel de titanes sobre el mundo. Proporción guardada, naturalmente, en el ambiente, en los hombres, y en la obra. Tenía el entusiasmo de esos hombres, tenía la fe ciega en la verdad artística que le poseyó; tenía la virtud de maestría, que le agrupaba discípulos; tenía la ceguera fecunda de los que no quieren ver otra cosa que la obra que, casi sin quererlo, va saliendo de sus manos creadoras.

Por primera vez en la historia artística de nuestro pequeño Chile, surgió con él la figura de un Maestro; sus precursores en la pintura chilena hacían clases, enseñaban, corregían; don Juan Francisco vitalizaba. Luchó con un fuego que antes no se quemaba en las contiendas del arte; excluía, fulminaba. Y ese ritmo de lucha, propio de visionarios, hizo vibrar electrizado al grupo juvenil que antes de él se desperezaba



en las salas de la Escuela de Bellas Artes. Toda acción fecunda necesita el estímulo de una ceguera apasionada, y al negarse a las transacciones y al embestir contra el arte académico del siglo diez y nueve con el encono con que se embiste al adversario desleal, hizo sentir a los que le seguían—que fué toda la juventud—que el arte era un sacerdocio, una función altísima que no admitía claudicaciones y a la cual era poco entregarle las horas todas de una vida.

Vivió entre los jóvenes, porque era necesario ser joven para comprenderlo, y cuánto más para seguirle; él mismo llegó a los ochenta años en una perenne juventud. Y en torno de él y de su grupo, resonaron siempre los gritos de la batalla.

---

Porque era joven, vivió desinteresado de los bienes materiales; es ésta otra gran lección que deja a la juventud. Supo vivir con ellos y vivir opulento. Era un derrochador con las manos vacías. Poseía la tierra en toda la extensión sin linderos; poseía el sol derramado sobre la tierra; poseía el oro de los frutos y la tersura de los pétalos, y no necesitaba las otras posesiones mezquinas que a los hombres dividen. Poseía y distribuía los bienes verdaderos al hacer sentir a sus discípulos el estremecimiento de la belleza, que es la auténtica posesión.

Vivió opulento y murió distribuyendo riquezas. Sólo los bienes materiales no había podido derrochar en vida, y en sus últimas horas, con gesto espléndido, distribuyó a manos llenas, haciendo llamar uno a uno de la lista entera de amigos y conocidos, el dinero que el delirio de la agonía puso en sus manos para que murieran derrochando. Era un viejo príncipe que abandonaba la tierra entre tesoros sin límite, y como la

fuerte savia que había sustentado ochenta años su creación incesante de un mundo esplendoroso, no podía dejarle concebir la proximidad del fin de su mundo, creía él que partía con sus amigos enriquecidos a vivir la etapa triunfal de la distribución igualitaria, y era él el encargado del reparto justiciero.

Gabriela Huneus de Izquierdo.

## POEMAS

### VENDIMIA

*Bajo un preludio otoñal se han vestido de gala los parrones de las selvas y los parques; sus techumbres y paredes ostentan lujosas tapicerías de brillantes hojas y racimos fuertes. Bajo sus sombras el amanecer barre silencios, después el día estalla glorioso y lleno de mansedumbre sugiriendo a los seres el deseo de palpar allí su esplendente riqueza; más tarde el crepúsculo arroja entre ellas su admirable serenidad y finalmente avanza la magna noche silenciando todos sus rincones.*

*A la hora de la siesta bajo una cascada de lumbre solar en pequeños hogares construídos con flexible fibra de mimbre reposa la dulce savia de las viñas elaborada en diminutas o grandes burbujas rosas, negras, verdes o doradas extraída de entre los brazos de los parrones nobles.*

*Oh milagrosa savia de las viñas que corres así apretujada y silenciosa, apiñada en racimos pintorescos, deshechos, resignados y fragantes, y vas danzando sobre la cabeza de los hombres que se mueven con el rostro ahuecado y sin risa, y sobre la cabeza de las mozas que avanzan tejiendo canciones sobre labios húmedos, tejiendo en sus mentes, supremas beldades que se transparentan en recio brillo dentro de grandes pupilas negras mientras sus cuerpos, ceñidos todos por plena faja dorada que cae sobre ellos, van cortando el aire, desatando pasos va-*

*cilantes, cimbrando caderas amplias y senos fuertes.*

*Oh savia de las viñas..... Cuando apenas te calentaba un débil sol de Septiembre y recorrías casia dormecida las múltiples venas de las parras verdes trepadas con indolencia sobre esqueletos de palo, jamás soñaste que serías transformada en grandes burbujas de cristal vivo, en dulce jugo trastornador que apacigua la sed de los hombres, desatando, con violencia en sus corazones admirable fiesta y maravilloso ardor.*

### LLUVIA DE VERANO

*Cerradas las puertas, herméticas las ventanas, la casa guarda el silencio; uno que otro insecto aturdido y sin fuerza va a golpear con torpeza sobre el cristal donde yo he apoyado mi frente mientras beben mis ojos toda esta luz gris que al bañarme entera me impregna de serenidad. Luz gris que mezclada con el agua semeja chorro de ceniza surgido del espacio que desarmoniza la lluvia como llanto monótono sobre rostro moreno y sus lágrimas unidas van formando grandes hilachas transparentes, casi plateadas que se aferran lánguidas a la transparencia del vidrio.*

*Me gusta este llorar de día opaco de verano que ha empapado de alegría las plantas del jardín despejándolas del insípido polvo del camino, haciendo resaltar la variada belleza de sus vestiduras verdes; tienen ellas un aspecto humilde, casi doliente al sentir su incapacidad para plegarse repentinamente a la placidez de su frescor; más sus diminutas y fragantes gargantas tragan ávidas el rosario de gotas de agua clara que cae sobre ellas atropellándolas sin temor.*

*Y un sentido de eternidad temple el mundo; el orgullo del agua purificadora desatada sobre él va apagando todos los ruidos absurdos, destruyendo el ruido vano... Y este clamor de cielo que se va haciendo rutinario ha des-*

*cendido a mi espíritu que cual si fuera milenario, cual si despertase de otras épocas se sintió de pronto hastiado de sol, de ruido, de ardor y se rindió gustoso a este amurallamiento gris, ilimitado, que levanto para el mundo en este día de lluvia.*

*¡Oh milagrosa lluvia de verano.... Admirable artista, me has plasmado cual dócil arcilla entre tus dedos de cristal....*

#### POEMA ROJO

*Hoy soy toda amor, amor universal.... Estoy vestida con llamas que abriendo surcos profundos entre el seno profundo de la tierra han surgido solemnes hasta llegar a mí para enlazarme toda y envolverme en su calor.*

*Hoy estoy roja, roja.... Mi espíritu tiene fuerza de sol; ilumino lo que miro, animo lo que toco; mi mirada viste de fuego cada objeto que me rodea y con íntimo placer me adentro en su ser interno obsequiándole río de oro.*

*Hoy soy llamarada esplendente y música divina elaborada en cascabel de plata.*

*Soy lámpara sagrada encendida por ti... Amor... Soy luz rojiza que avanza por el mundo iluminando espíritus, creando ilusiones, despertando caminos, disgregando la fatiga del hombre y vaciando centelleo de sangre viva sobre rostros de agonizantes.*

*Y al presentirme siendo llamarada esplendente y espíritu con fuerza de sol; siendo lámpara sagrada, luz rojiza, siendo risa; tú, mundo mío has vuelto junto a mí, postrándote a mis pies sintiendo enlazar mi corazón... Y te has quedado mudo, estático al sentir palpitar tan hondo entre tus labios un magnífico rubí.*

POEMA VERDE

*Nadie sabe que estoy vestida de verde, que mis dedos son hojas ágiles que han brotado de este árbol que mi cuerpo es.*

*Nadie sabe que estas hojas que son savia milagrosa, trenzan caricias sobre los retoños fuertes que han brotado, junto a este árbol. aquí en mi propia raíz.*

*Nadie sabe que cuando el huracán, atrevido ha pretendido voltearme me he erguido insolente, desafiándole rebelde, segura de mis propias fuerzas, apoyada en la solidez de mi eje.*

*Nadie sabe que cuando las nubes se desatan en llanto estos, mis dedos largos, estas hojas se trenzan rápidas y flexibles formando techumbre espesa que impide a esas lágrimas adherirse a mi savia y transformar los frutos, los frutos que ha de fortalecerlos a todos en sustancia insípida e inútil.*

*Nadie sabe que cuando el sol fiestero me ha besado con ardor no sólo he sido dicha para mis retoños, sino que también he llamado a los débiles para cubrirles sonrientes y esperanzada con mis grandes brazos, cargados de verdor.*

*Todos ignoran que cuando la noche estalla en sombras y se traga a los espíritus el sueño, yo le rechazo imperturbable, y me quedo vigilante, avizorando el trueno o el relámpago audaz, desarrollando mi fuerza interna que puede desafiarle entre tinieblas.*

## DIARIO DE UN CAMINANTE

(*Fragments...*)

.....  
Todas las noches, a la hora en que los demás se van a los teatros y a los biógrafos, yo efectúo un paseo solitario. Es una excursión muy breve y que hago lentamente, para prolongarla. Camino algunas cuerdas calle abajo y me detengo unos minutos delante de una casa. Sólo breves minutos. De otra manera la emoción sería demasiado honda y podría llamar la atención a los transeúntes. Me detengo y paso, me voy, llevándome en las pupilas la imagen de la casa.

Es pequeña y baja; está en una esquina; tiene una angosta puerta flanqueada por dos únicas ventanas.

¡Cuánto la conozco, aquella casa! Hace dos años, positivamente, murió. Sí, seguramente murió, la pobre casa, cambió de tal manera. Nuevos propietarios, sin comprender el encanto de su modestia ni respetar recuerdos sagrados, abrumáronla con un horrible antetecho y ya no se vieron más los tejados negruzcos que inclinaban todas sus canales ondulantes hacia la calzada, como si dejaran caer en ella corrientes de tristeza y de vejez. Al comenzar la Primavera, unos pintores con escaleras pintaron de verde-amarillo la fachada y entonces quedó inconocible. Pero el grande atentado, el que me tuvo muchos días y muchas noches

sin tranquilidad, fué cuando empezaron a edificarle nuevas piezas en el interior. Y vi a obreros romper las murallas, levantar andamios y trabajar afanadamente. Estrecharían, sin duda, el jardinillo interior, arrancarían las débiles plantas, pisotearían las flores y rellenarían de ladrillos y despojos la pequeña fuente. ¿Y el viejo corredor con sus soleras de piedra y sus delgados pilares y su cortinaje de enredaderas? Aquello me tuvo completamente desolado. No sabía qué hacer.

Pues bien, anoche, al cruzar, como de costumbre, junto a sus ventanas, divisé un papel pegado en los vidrios. Me acerqué a mirarlo. Decía, en letras gordas y altas:

Se arrienda un departamento  
completamente independiente,  
con o sin pensión.

¿Por qué entré? ¿Cómo me atrevía entrar? Sin duda algún genio maléfico me impulsó, ese espíritu perverso que nos hace mirar a la cara a las personas que no queremos saludar y detenernos junto a los niños que aplastan los tranvías. Con una emoción temblorosa, me llegué a la puerta y oprimí el botón de la campanilla, sintiendo que el estridor del timbre eléctrico resonaba en mi corazón, en el fondo de mi corazón.

Al extremo del obscuro pasadizo por donde tantas veces vi pasar su silueta alta, su cabellera de un rubio encendido y sus gesto de meditación, una señora baja, robusta, avanzaba, vestida de negro, andando muy despacio y diciendo:

—¡Qué raro que vengan a esta hora! ¿Quién será?

¡Ah! cuando yo «en aquel tiempo» preguntaba: ¿Está la señora? y sentía que los astros y los planetas se paraban a escuchar.

Ahora la dueña de casa, puesta la nariz en los cristales, pregunta:



—¿Quién es? ¿Qué quiere?

—Señora—respondo con voz que no parece la mía—si le parece a Ud. raro que desee visitar el departamento a esta hora podré volver otro día.

Mi acento debió de tranquilizarla; porque en seguida abrió la mampara y me invitó a entrar. Dos pequeñas se le cogían de los vestidos y asomaban a uno y otro lado caritas medrosa, bocas abiertas.

La señora se explica:

—No le cause extrañeza que tuviéramos miedo: como ahora saltean tanto y yo estoy sola... Porque aquí ve Ud. a todas las personas que hay en la casa.

Inclinéme, sonriendo, sin pronunciar palabra, mientras en mi interior le gritaba: ¡Cuánto te equivocas! Las que tú juzgas personas verdaderas, en realidad no existen para mí; y en cambio esa que tú no ves, que tú no has visto y ya no podrás ver, ni tú, ni yo, ni nadie, yo la miro vagar por esta casa, salir de aquella puerta, acercarse, sonreírme; y mi alma se estremece todavía a su paso y mis oídos se embelesan escuchando el saludo de su voz.

—¿Ud. querrá ver las piezas?—me pregunta la señora, en tono demasiado alto, como cuando se quiere despertar a alguien y no sin asomos de indignación ante mi mutismo.

—Sí, señora, naturalmente, querría ver las piezas.

—Entonces, voy a buscar una velita; porque las camisas de esta casa yo no sé lo que tienen...

Sale, balanceándose un poco y vuelve al cabo de un rato, protegiendo con su ancha mano la luz de la palmaria

Me invita a seguirla. Llegamos al jardín.

Este jardín—observa, torciendo la cabeza—lo hemos arreglado mucho nosotros. Es decir, lo arregló el difunto; porque yo soy viuda, como Ud. lo comprenderá.

Efectivamente, lo habían arreglado mucho y con un

arreglo de difunto: Prados húmedos, estrechos como sepulturas, oprimían entre senderillos de cemento una que otra planta agonizante

Exigencia de las piezas nuevas que íbamos a visitar.

Entramos, ella delante, yo detrás. Oigo su elogio, el detalle de las condiciones, las ventajas que ofrece, unas espléndidas propuestas que tuvo y que rehusó, por esperarme a mí, sin duda. Yo la miro y la veo alejarse, subir, bajar, darse vueltas, con su silla de Viena y su palmatoria en la mano. De pronto, varias veces me hiere los oídos una interrogación:

—¿Ud. es solo?

—Sí, señora, solo—le replico, algo bruscamente, y en tono tal que un momento se queda mirándome, desconcertada, y dirige un ojo rápido a la puerta.

Luego se repone.

—Bien, me parecería bien un joven solo. ¿Y Ud. querrá con pensión? Yo preferiría que no, nada más que el desayuno. Al lado tiene baño. Se paga aparte. Cuando Ud. lo necesite, avisa y la sirvienta se lo preparará. Hay toda clase de comodidades.

Sombra, sombra lejana, querida y desaparecida, que poseías el secreto de ennoblecer la vida material con tus palabras y con tus actitudes; que esparcías en torno un encantamiento de maga, un misterio de música y de rosas divinas... era preciso que viniera otra vez a esta casa y que escuchara a esta señora robusta, con su cara redonda y todo el pelo peinado hacia atrás, para llegar a comprenderte plenamente, para sentir cómo entre los seres puede haber mayor distancia que entre las estrellas, una diferencia de infinitos.

La dueña me propone con voz gruesa como su cuerpo:

—Pasemos a la galería. Voy a enseñarle toda la casa.

Obedecí.

El viejo corredor y sus ladrillos rojos, ásperos, marcado uno de ellos con un tosco signo, incomprendible sobre el cual ella bordaba tan curiosas fantasías; las

pilastras redondas sobre cuadrado basamento de piedra, las altas soleras que por tres escalones bajaban al jardín, todo estaba borrado, transformado, muerto. Una galería de vidrios cerraba un espacio angosto a cuyo extremo, en la misma pared donde ella apoyaba su silla de alto respaldar, una oleografía alegórica presidía sobre una máquina de coser y dos mesitas cubiertas de hule. Y era allí donde ella se ponía de pies, sonriendo, al recibirme, y estiraba en alto su brazo con un ademán suyo; y donde guardaba sus libros predilectos y donde conversábamos siempre tanto y leíamos. En aquel mismo sitio le había escuchado ese pasaje de una de sus cartas: «Eternas son las olas del mar y la verdura de la montaña, eterna es en cada estación la alegría de las flores; pero el hombre...» ¿Y no se oiría siquiera su leve queja en algún rincón? ¿Nada ni nadie recordaría, nunca más, en esa casa, su presencia ni la mía? ¡Cuán fácil y completamente perecemos!

La voz triunfante de la señora material hiende mis oídos:

—Ud. ve que la casa es muy cómoda. Yo vivo muy bien. Arriendo esas piezas porque no las necesito y para tener cerca a alguna persona honorable. No me gusta estar sola. Antes no existía nada de lo que Ud. ve ahora. Alzó, no sin dificultad, los hombros. Esto, cuando lo compró mi marido, era una «mediagua» que se llovía hasta adentro. No se podía habitar. Y el jardín era un gastadero de plata, nada más. No servía para nada. ¿Le gusta, señor?

—Mucho, señora, mucho.

—Tiene su casa. ¿En qué calle vive Ud.? ¿Cómo se llama?

Satisfecha de mis contestaciones y mi universal aprobación, declaróme en reserva ya estaba «medio comprometida» con un joven que se llamaba Sebastián: no recordaba bien el apellido; pero que me iba a preferir a mí. No le gustaba del todo el otro; tenía cara de poco puntual.

Salimos.

La mano en la mampara, a través de los entreabiertos postigos, divisé en el salón un piano, un viejo piano alto y feo; pero que era un piano también. Lo miré, lo miré!

La señora me adivinó el pensamiento:

—¿Está mirando el piano?

Agregó en seguida:

—Tal vez le molestará la bulla; pero no tenga miedo: a mí no me gusta la bulla y mis hijas están demasiado pequeñas.

—Señora, veo que esta es la casa ideal. Hasta luego. Buenas noches.

—¿Cuándo me va a contestar?

—Mañana.

—Aceptando, por supuesto. No hemos tenido ninguna dificultad. ¿El precio le parece bien?

Por habitar aquella casa yo habría dado «todo el oro de mis castillos y la mitad de mi reino, como decía, mi ternura y mi tristeza».

—Adiós, señor.

—Adiós, señora.

Me fuí, escapé.

Y ahora, después de haber vagado por la ciudad casi hasta el amanecer, de toda esta pobre, pequeña comedia me ha quedado en el ánimo la sensación íntima y punzante de que nada de cuanto sucede es real; de que la única verdad de mi existencia pasó para siempre con ese episodio ligero e indecible, con esa sonrisa triste y ese gesto de meditación, con esa silueta alta. Aparición divina en un mundo de fantasmas: todos los que hoy me rodean se han convertido en comediantes más o menos torpes; y yo mismo, mi vida ordinaria, las palabras de afecto o de rencor que a veces pronuncio, nada más que una comedia, una pieza de teatro que me veo representar con resignada indiferencia.

# HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

## EL MATERIALISMO HISTORICO Y LA ETNOGRAFIA MODERNA

**E**L ensayo que aquí presentamos no tiene por objeto dilucidar todos los problemas que se presentan para el estudio del Materialismo Histórico en sus relaciones con la Etnografía. Lo que intentamos es, más bien, tratar de aclarar algunos de los aspectos del encadenamiento entre el contenido íntimo y las manifestaciones externas esenciales de las principales formas económicas, por una parte, y las enseñanzas modernas de la etnografía, por la otra, teniendo en cuenta, en ambos casos, las influencias espirituales y dotes intrínsecos de los diversos pueblos, en especial los más primitivos.

El *materialismo histórico*, en su forma moderna, debe su interpretación a Karl Marx.

Si consideramos el concepto marxista, comprendemos inmediatamente que responde en primer lugar a la idea del nexo íntimo entre las relaciones sociales de los hombres y las fuerzas productivas. La base real de toda sociedad, cualquiera que sea la época, debe buscarse en la economía, la que determina, en *último término* su estructura social.

Marx se expresa así: «En la producción social de sus medios de existencia, los hombres mantienen relaciones determinadas, necesarias, independientes de la voluntad; relaciones de producción, que corresponden a cierto grado de desenvolvimiento de las potencias materiales de la producción. El conjunto de estas relaciones forma la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva la superestructura y jurídica política, y a la cual corresponden ciertos modos de pensar sociales. El modo de producción de la vida material determina el modo de actividad social, política e intelectual. Por tanto, pues, no es la consciencia del hombre la que explica su manera de vivir, sino

por el contrario, su existencia social es la que explica su conciencia».

Entiende principalmente por las *fuerzas productivas* que dominan toda vida material e intelectual, la forma técnica que en cada época toma la vida económica.

Adolfo Posada, comentando estas teorías en el prólogo de la traducción española de Seligman (1), escribe: «Considerada la concepción de Marx, se advierte, desde luego, que responde fundamentalmente a dos ideas generales muy importantes: la de que existe entre los fenómenos sociales un encadenamiento causal, y la de que en la realidad histórica se manifiesta el influjo de los factores exteriores, los cuales explican, en cierta medida, la marcha y dirección de aquel encadenamiento causal o *proceso*.

«Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su modo de producción, y al cambiar esto, cambian la manera de ganar la vida, con lo cual modifican todas sus relaciones sociales. Hay un movimiento continuo de aumento de las fuerzas sociales, de formación en las ideas; sólo hay de inmutable la abstracción del movimiento. Para Marx, las fuerzas productivas son la base fundamental del proceso de la vida humana.»

Marx fué uno de los primeros en reconocer, o a lo menos, en establecer que las relaciones en que las fuerzas productivas se hacen manifiestas, no son leyes fijas, sino que obedecen más bien a cambios determinados en el hombre y en sus fuerzas de producción. Por eso, rechazó la idea existente en aquel entonces, de que el hombre era simplemente el resultado de su medio, porque reconoció que con frecuencia el medio físico podría ser modificado por el hombre, lo que llevaba consigo el correspondiente cambio en sus condiciones intelectuales. Casos típicos de esto los podremos observar en muchas partes del mundo. El riego convierte el desierto en vergel, la deforestación, no solamente cambia el aspecto y la productividad de una zona, sino que influye de una manera importante sobre las condiciones meteorológicas y climatéricas. Aun las condiciones geográficas, que se estimaba formaban los límites, dentro de los cuales podrían actuar los métodos de producción, han sido modificadas por el ingenio humano, con la abertura de canales de navegación, ferrocarriles y otros medios de comunicación, la aclimatación de plantas y animales en regiones donde eran extraños, nuevos sistemas de cultivo e industriales, etc.

Dice Posada, comentando a Marx: «No es la misma fertilidad

---

(1) Edwin R. A. Seligman. Interpretación económica de la Historia.

del suelo, sino los cambios efectuados en el mismo, la variedad de sus productos naturales, los cambios de las estaciones, los que forman las bases físicas de la división social del trabajo, y los que, por los cambios del medio natural, estimulan al hombre la multiplicación de sus necesidades, de sus facultades, de sus medios, y de sus medios de trabajar. La necesidad de poner la fuerza natural bajo la dirección de la sociedad, de economizarla, de apropiársela o de sustituir con ella en gran escala el trabajo manual del hombre, es la que desde luego desempeña tan gran papel en la *Historia de la Industria*» (1).

Tiene toda la razón Posada. En los comienzos de la sociedad humana, es evidente que el medio natural es el único que puede influir en las condiciones económicas de esa misma sociedad, y el proceso económico en esa fase social es necesariamente, sino exclusivamente material.

Engels, hablando del materialismo dialéctico, hace recalcar este hecho. Dice: «Debemos comenzar por reconocer que la condición fundamental de toda existencia humana y por consiguiente de la historia, es el hecho de que los hombres puedan vivir para que puedan hacer la historia. Pero para vivir, se necesitan, ante todo, alimentación, casa, vestidos, y algunas otras cosas más. El primer acto histórico, es, por consiguiente, la producción de los medios para satisfacer estas necesidades, la producción de la vida material misma, y esto es un acto histórico, una condición fundamental de toda historia que, todavía hoy, como hace varios milenios, hay que satisfacer cotidianamente y a todas horas, sólo para mantener vivos a los hombres» (2).

Todo esto es verdad, pero constituye una sola fase de la evolución social; una de las más importantes, sin duda, aunque no la única, como veremos más adelante.

La filosofía materialista, de donde se deriva el materialismo histórico, se ha estudiado en muchos aspectos y durante los últimos decenios se ha dado una importancia capital a sus relaciones con los postulados de las ciencias naturales. Así es que dicha filosofía, en su forma actual, difiere esencialmente del materialismo de los filósofos griegos y aun más de aquel sustentado por los enciclopedistas del siglo XVIII.

Refiriéndonos nuevamente a lo que dice Engels en este respecto citaremos algunos párrafos de su tesis sobre Feuerbach, que son los siguientes: «Para el materialismo dialéctico, el universo entero no es más que la materia en movimiento y el espí-

---

(1) Adolfo Posada. Loc. cit.

(2) Federico Engels. Ludwig Feuerbach y el fin de la Filosofía Clásica Alemana.

ritu y el mundo de las ideas, en general, no son más que el reflejo del movimiento de la materia. Esta filosofía no hay que confundirla con el «materialismo histórico», el cual no tiene aplicación, sino en el dominio de la historia, ni con el determinismo histórico, según el cual, los procesos históricos se rigen por leyes análogas a las leyes de la naturaleza; ni con el determinismo económico, que se contenta con afirmar que todos los acontecimientos de la historia obedecen a causas económicas.»

«El materialismo histórico considera el mundo en cuanto proceso, en cuanto materia, sujeto a un desarrollo histórico.»

«Consideramos las ideas de nuestro cerebro, desde el punto de vista materialista, como los reflejos de las cosas que existen realmente, en lugar de considerar las cosas que existen como reflejos de tal o cual grado de desarrollo de la idea absoluta. Así, la dialéctica fué reducida a la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto del mundo exterior como del pensamiento humano, dos series de leyes, idénticas en su fondo, pero diferentes en su forma, en la medida en que el cerebro humano puede aplicarlas conscientemente, en tanto que, en la naturaleza y hasta el presente, en la mayor parte igualmente en la historia humana, no se realizan, sino a través de una serie infinita de casualidades aparentes. Pero, por esto, la dialéctica de la idea no se convierte más que en el reflejo consciente del movimiento dialéctico del mundo real.»

«La antigua metafísica que consideraba a las cosas como concretas, correspondía a una ciencia de la naturaleza que estudiaba las cosas vivas y muertas como cosas concretas. Pero cuando este estudio adelantó hasta el punto en que el progreso decisivo fué posible, a saber, el paso al estudio sistemático de las modificaciones sufridas por estas cosas en la naturaleza misma, en aquel momento sonó en el dominio filosófico, el toque de agonía de la vieja metafísica. Y, en efecto, si hasta fines del siglo último, la ciencia de acumulación, una ciencia de las cosas fijas se ha convertido, en el trascurso de este siglo (XIX), en una ciencia de los fenómenos, en una ciencia de los orígenes y el desarrollo de las cosas y de las relaciones que reúnen estos fenómenos de la naturaleza en un gran todo. La fisiología, que estudia los fenómenos del organismo vegetal y animal; la embriología, que estudia el desarrollo del organismo, desde el embrión hasta la plena madurez; la geología, que estudia la formación progresiva de la superficie terrestre, son todos hijos de nuestro siglo.»

«Lo que es verdad de la naturaleza, así considerada, igualmente como un proceso de desarrollo histórico, lo es también de



la historia de la sociedad en todas sus ramas y en el conjunto de las ciencias que tratan de las cosas humanas.»

Fundamentalmente estas ideas son más o menos exactas, pero las conclusiones que resultan de su aplicación, varían de tiempo en tiempo, con la evolución de nuestros conocimientos y la modificación de los métodos empleados para las nuevas investigaciones.

Y esto pasa igualmente con las deducciones sacadas del materialismo histórico. Nuestros conocimientos actuales nos permiten enfocar los fenómenos y sus procesos desde otro ángulo. Para llegar a resultados, a veces, bien diferentes de los que creían poder deducir los fundadores del materialismo histórico.

El gran impulso dado a las ciencias naturales en los años que van corridos de este siglo, y el desarrollo de nuevos métodos de investigación, especialmente en los ramos de geología, zoología comparada, biología, embriología y antropología, han modificado de tal manera nuestros conceptos sobre algunos puntos considerados como fundamentales que hoy, casi se puede decir, se han establecido nuevas bases para todo el estudio.

Y si esto es verdad en cuanto a la filosofía materialista en general, es igualmente cierto respecto al materialismo histórico en lo que se refiere a su aplicación a los fenómenos sociales de la humanidad.

Marx y después Engels comenzaron a formular sus teorías respecto del materialismo histórico dialéctico, los postulados de las ciencias naturales modernas, apenas se vislumbraban y fué imposible darlas al nexo que hoy tienen en la interpretación científica de los fenómenos sociales.

Por consiguiente, varias de las conclusiones elaboradas por los fundadores del marxismo y sostenidas con tanto calor después por sus discípulos y defensores, deben someterse a una severa revisión para ponerlas en línea con los conocimientos actuales. La juventud marxista se ha empeñado más en aplicar al socialismo, en sus diversas formas, la doctrina de sus maestros que en examinar las premisas fundamentales o modificar sus interpretaciones en conformidad con los nuevos conocimientos científicos-filosóficos.

Se puede admitir la fórmula de Marx, cuando pretende interpretar la Historia objetivamente según el encadenamiento causal de los sucesos, o sea por un proceso en que figura la concurrencia simultánea de causas producidas en el espacio y determinados en el tiempo, rechazando la antigua doctrina de materialismo mecánico que considera a los hombres como simples resultados de su medio. Sin embargo, la ciega aplicación de algu-

nas de estas causales y la indebida desestimación de otros y especialmente la preponderancia o casi se puede decir la exclusividad dada al factor económico. El celo en este sentido de algunos de estos jóvenes en su afán de propagar y afianzar el socialismo revolucionario, produjo, como tenía que producir, cierta resistencia y aun reacción entre los pensadores más serios y más reflexivos.

Engels reconoció este hecho y en 1890 escribió lo siguiente: «Somos en parte (Marx y yo) responsables de que algunos jóvenes hayan atribuído, a veces, al lado económico, más importancia del que se merece. La condición económica es la base; pero los varios elementos de la superestructura, todos ejercen una influencia sobre el desarrollo de las luchas históricas y en muchos casos determinan su forma».

Explica que este prejuicio se debe, en gran parte, al ardor provocado por las exigencias políticas de la campaña en pro del comunismo y en especial a la necesidad de exagerar por motivos de propaganda, la teoría de la lucha de clases. El siguiente párrafo, tomado de su libro «Anti-Duhring», es un ejemplo de dicha propaganda: «Los nuevos hechos nos han obligado a someter la historia entera a un nuevo análisis y entonces se ha podido ver que la «historia entera» no es sino *la historia de la lucha de clases, y que esas clases que combaten entre sí, no son, sino el producto de las condiciones de la producción y del cambio; en una palabra, de las condiciones económicas de la época, y que cada vez la estructura económica de la sociedad constituye la base real, que permite, en último análisis, explicar toda la superestructura de instituciones políticas y jurídicas, así como la ideología religiosa y filosófica de cada período histórico*».

La lucha de clases, tal como se entiende en la historia, no tuvo su origen, sino con la adopción extensiva de la agricultura y de la vida sedentaria, y por una parte, y con el desarrollo de la ganadería superior, por la otra. Con el desenvolvimiento de estos dos sistemas económicos y las constantes guerras que provocaron, nació la costumbre de hacer trabajar a los prisioneros, en beneficio de los conquistadores, en otras palabras, la esclavitud. En estados sociales anteriores—recolectores, cazadores o pescadores—en que las pobladas eran pequeñas y nómadas, no encontramos la lucha de clases, por no existir éstas en una forma antagónica. Por tanto, vemos que semejante lucha no es fundamental o inherente en la sociedad, como muchos la suponen, sino que es incidental y derivada de condiciones evolutivas, aunque debe admitirse que tuvo su origen en causas de orden económico.

Estos hechos los reconocían Marx y Engels y en varias partes

de sus obras, llaman la atención hacia el punto y señalan que durante las fases primitivas de la sociedad, no existían semejantes luchas.

Pero en todo esto hay mucho de exageración, aun cuando las observaciones sean fundamentalmente indiscutibles. En primer lugar se exagera el papel preponderante que desempeña en la historia, la lucha de clases, y es porque la propaganda socialista así lo requiere. Luego se exagera también el predominio casi exclusivo que se atribuye al factor económico como la base real de la sociedad, a través de la historia, a expensas de los factores espirituales o psíquicos, los cuales quedan relegados a una manifestación secundaria en la superestructura social.

Para evitar malentendidos, citaremos a continuación, otro párrafo del libro «Anti-Duhring», de Engels: «Según este concepto, todos los actos de la vida humana dependen de los fundamentos económicos y de la organización de las condiciones económicas en la realidad, de suerte que el modo productivo de la vida material determina, desde luego, todo el proceso social, político e intelectual de la vida y la estructura económica de la sociedad constituye en cada instante el fundamento real por el que han de explicarse, en último término, las demás instituciones políticas y de derecho, a la par que el modo como se presentan la religión, la filosofía y todo cuanto viene comprendido en un período de tiempo. El fundamento económico, sin embargo, está sujeto a una constante transformación, la cual no puede conducirse a voluntad, pues llega a efectuarse por una fuerza suprema—y por cierto después de haber pasado la primera fase del desarrollo—originada en la oposición entre las clases dominantes y las dominadas, que conduce a la cruenta lucha de clases como base de un paulatino desarrollo cada vez más elevado».

Indudablemente que, a partir de varios milenios, la lucha de clases existe y dado el desenvolvimiento de la civilización, existirá siempre, aun bajo el régimen más avanzado de socialismo, y, en diferentes épocas de la historia del mundo, ha hecho crisis provocando un reajuste parcial y temporal de la sociedad, frecuentemente por medios violentos, revolucionarios y sangrientos. Pero, a pesar de estos estallidos periódicos, la lucha de clases no se ha presentado en la historia como factor de tanta preponderancia en la evolución social, como la han querido atribuir, por razones políticas, los marxistas. Aun cuando los estallidos han tenido una faz revolucionaria, como ha sucedido muchas veces se ha presentado en la historia, más bien como un recurso evolutivo en el desenvolvimiento social de las diversas colectividades a través del tiempo, cuando se ha sentido la imperiosa

necesidad de un cambio de sistema o de régimen. La decadencia de cualquier sistema político-social es acelerada por una serie de crisis económicas, cada vez más agudas, hasta provocar su completo derrumbamiento, o una serie de modificaciones profundas que lo transforman en un régimen más en conformidad con las nuevas condiciones.

Evidentemente, es, durante estos períodos de transición, con la repetición constante de situaciones críticas, cuando las masas más sufren, y cuando se pone más en evidencia la lucha de clases. Es entonces también cuando los ideólogos, los agitadores y los propagandistas revolucionarios hallan condiciones más propicias para exaltar a las masas y a menudo logran sus propósitos. Reformadores los hay en todas las épocas y los habrá siempre. Sin ellos sería mucho más lenta la evolución social.

En la época actual se ha sentido con más agudeza la lucha, debido a que los acontecimientos han sucedido con tanta rapidez que ha faltado tiempo para que los reajustes se hiciesen a la par con ellos y debido también al sesgo especial que ha tomado toda la cuestión, con la capitalización y la racionalización de las industrias, y su conversión, cada día más, en grandes monopolios. Otro factor que ha hecho más crítico este período de transición, que cualquier otro anterior, es el enorme aumento de la masa proletaria a expensas de la población campesina. Indudablemente las causas directas de este aumento han sido económicas. Durante los períodos de auge en las industrias, afluye a los grandes centros industriales atraídos por los más altos jornales, numerosísimos campesinos. A veces, esta afluencia llega a producir una escasez de brazos en los campos y la consiguiente disminución en la producción agraria. Repercute igualmente en las ciudades, porque, durante las fluctuaciones de la producción capitalista, intensifica la desocupación y modifica más aun las condiciones de la oferta y la demanda, pues dejan de ser consumidores. En los últimos años la afluencia a las ciudades se ha producido en tales números que, en la mayoría de los países, especialmente, los más industriales, ha provocado un verdadero desbarajuste de las condiciones demográficas, engendrando la maquinización de los trabajos en los campos para reemplazar la obra de mano anterior. El mismo sistema aplicado a las industrias provocó en un principio la sobreproducción que luego había de trocarse en la paralización, parcial, o entera de las fábricas, lo que llevó consigo la desocupación, el hambre y un malestar universal que no tiene visos de solucionarse con facilidad. Los resultados de este proceso han engendrado la imperiosa necesidad de cambiar el régimen actual por otro más en confor-

midad con las exigencias de la vida, moderna, pero la forma inmediata que tomará éste no se distingue claramente.

Pero, para volver a nuestro tema; producido el cambio, sobreviene un período, más o menos largo, de reajuste, en que la lucha no se hace aparente con tanta fuerza, aun cuando existen las mismas clases u otras que las reemplazan. Habiéndose ajustado las necesidades del momento a las condiciones imperantes, sigue una época de relativa tranquilidad, en la cual, sin embargo, no deja de haber agitación y propaganda, hasta que aquellas, a su turno, caducan y recrudece la lucha.

El verdadero origen de la formación de las clases, como igualmente el de sus constantes motivos de lucha, se halla en el individualismo, o en otras palabras, en el egoísmo. Ninguna ideología, ninguna religión, ningún sistema político puede destruir el egoísmo, por cuanto es un instinto implantado por la naturaleza en todo ser viviente, para su propia conservación y la de la especie. Los instintos pueden modificarse durante la vida del individuo, según el ambiente que le rodea y las enseñanzas que recibe, pero no se destruyen y vuelven a aparecer en cada nuevo ser que nace, con toda su fuerza primitiva. Muchos idealistas y aun muchos de los que se tildan de ser materialistas, imaginan que el efecto prolongado de las enseñanzas puede llegar a ser acumulativo y aun hereditario y a la larga llegar a modificar los instintos, pero esto es un profundo error. La enseñanza no ejerce ningún efecto sobre las leyes de la herencia y la acumulación de conocimientos y de experiencias no se transmiten a los seres por nacer. Puede ser que el ambiente en que aparece la nueva vida no sea propicio para el libre juego de uno u otro instinto, el que permanece latente, pero vuelve a aparecer con cada nueva generación. Y quizá, el más permanente y constante de los instintos, sea el egoísmo, el cual, a pesar del ambiente y las enseñanzas, persiste con mayor o menor fuerza en cada individuo y jamás se extirpa.

Las diferentes ideologías socialistas creen poder eliminar o a lo menos modificar fundamentalmente el egoísmo y suprimir el individualismo, pero semejante idea no es más que un concepto utópico que no tiene ninguna base en la realidad. Y los más fanáticos de tales ideologías son los que ofrecen la mejor prueba de nuestro aserto, ya que el fanatismo no es otra cosa que una forma aguda del egoísmo, que quiere obligar a todo costo que los demás acepten sus propias ideas y se impacientan o se enfurecen con los que no comulgan con ellos. Y claro es que todo fanático cree tener la única y perfecta razón.

Otro tanto sucede con los demás instintos. Pueden, debido a

una serie de circunstancias favorables, permanecer dormidos u ocultos durante un período más o menos largo, pero siempre existen latentes, listos para despertar al momento en que las condiciones impuestas artificialmente se declaran en contra de las leyes impuestas por la naturaleza para la conservación de la especie, aun después de varias generaciones. El olvido de este factor, o la presunción de que puede ser modificado intrínsecamente, hace que todas las ideologías sociales, políticas, religiosas o económicas, lleven en sí los elementos de su propio fracaso o las convierten en otra cosa muy distinta a la que se concibió, por justificadas y lógicas que parezcan. Engels tácitamente reconoce este hecho en principio, cuando escribe sobre las finalidades y las fuerzas motrices, aun cuando no le convino darle esta misma interpretación.

Reproducimos *in extenso* esta cita, por encontrar en ella puntos de sumo interés para la comprensión del individualismo moderno, derivado del egoísmo inherente en todo ser viviente y más desarrollado, si se quiere en los hombres.

«La historia del desarrollo de la sociedad se revela en un punto esencialmente de la naturaleza. En la naturaleza son simples factores inconscientes y ciegos los que obran los unos sobre los otros y a través de cuyo juego se realiza la ley general. De todo lo que se produce—innumerables casualidades aparentes, visibles en la superficie, como resultados finales que mantienen el orden a través de todas esas casualidades—nada se produce como finalidad consciente, volicionada. Por el contrario, en la historia de la sociedad, los factores agentes, son exclusivamente los hombres dotados de consciencia los que obran con reflexión o con pasión y persiguiendo finalidades bien determinadas.

«Nada se produce sin una finalidad consciente, volicionada. Pero esta diferencia, cualquiera que sea su importancia para el estudio histórico, principalmente de épocas y de acontecimientos determinados, no puede cambiar en nada el hecho de que el trascurso de la historia esté dominado por leyes generales internas. Es la casualidad la que, de una manera general, reina en la superficie. Sólo muy rara vez se realiza una finalidad volicionada de antemano.

«En la mayoría de los casos, las numerosas finalidades perseguidas se entrecruzan o se contradicen, o bien son imposibles de realizar, o bien faltan los medios para realizarlas. Así es que los conflictos de las innumerables voluntades y acción individuales crean en el dominio histórico una situación completamente análoga a la que existe en la naturaleza inconsciente. Las finalidades de las acciones son volicionadas, pero los resultados que si-

guen realmente a estas acciones no lo son, o, si parecen en un principio, corresponder, no obstante a la finalidad perseguida, finalmente tienen otras consecuencias diferentes a las que fueron volicionadas. Los acontecimientos históricos parecen así, de una manera general, igualmente dominados por la casualidad. Pero en todo lo que la casualidad parezca dominar en la superficie, siempre está dominada ella misma por leyes internas ocultas, y sólo se trata de descubrirlas.

«Los hombres hacen su historia, cualquiera que sea, al perseguir cada uno sus finalidades propias, conscientemente volicionadas, y la resultante de estas numerosas voluntades que obran en sentidos diferentes y sus repercusiones variadas sobre el mundo exterior, constituyen precisamente la historia. Se trata, por consiguiente, de saber lo que quieren los diferentes individuos. La voluntad está determinada por la pasión o por la reflexión. Pero las causas que determinan a su vez la pasión o la reflexión son de diferentes especies. Pueden ser, bien objetos externos, bien motivos de orden ideal, o toda clase de caprichos personales. Pero las numerosas voluntades individuales que obran en la historia producen en su mayor parte, resultados completamente diferentes y aun, con frecuencia, opuestos a aquellos que se proponían. Sus motivos no tienen, por consiguiente, más que una importancia secundaria para el resultado final. Por otra parte, se puede preguntar aún, cuáles son las causas históricas que se transforman en tales motivos en el cerebro de los hombres que obran.

«Se trata, por consiguiente, de buscar las fuerzas motrices que, consciente o inconscientemente, y, por cierto, con mucha frecuencia inconscientemente, obran tras los motivos que determinan, en apariencia, la acción de los hombres en la historia y que constituyen de hecho las verdaderas fuerzas motrices de la historia, no puede tratarse tanto de motivo de los individuos, por notables que sean, como de aquellos que ponen en movimiento las grandes masas, los pueblos enteros, y en cada pueblo, clases enteras de la población, que los impulsan.

«Buscar las fuerzas motrices que se reflejan en el espíritu de las masas y de sus jefes— de aquellos que de ordinario se llaman grandes hombres—en cuanto motivos conscientes, clara o confusamente, directa o indirectamente, constituye el único camino que puede conducirnos sobre las huellas de las leyes que dominan a la historia universal y a la historia de las diferentes épocas y de los diferentes países. Todo lo que pone a los hombres en movimiento debe pasar por su cerebro; pero la forma que tome en el cerebro depende mucho de las circunstancias.

«En la historia moderna, todas las luchas políticas son luchas de clases y que, a pesar de su forma necesariamente política—porque toda lucha de clases es una lucha política—tienen por objeto, en último análisis, la emancipación económica. Por consiguiente, el Estado, el régimen político, constituye el elemento secundario, y la sociedad civil, el dominio de las relaciones económicas, el elemento principal.

«Pero, si ya en nuestra época moderna, con sus formidables medios de producción y de cambio, el Estado no constituye un dominio independiente, con un desarrollo independiente; y si su existencia, como su desarrollo, se explica, en último término, por las condiciones de existencia económica de la sociedad, ello debe ser aún más verdadero en todas las épocas precedentes en que la producción de la vida material de los hombres no disponía aún de estos medios formidables, y en que, por consiguiente, la necesidad de esta producción debía ejercer un dominio mucho mayor aun sobre los hombres. Si el Estado no es, actualmente, en la época de la gran industria y de los ferrocarriles, sino el reflejo, bajo una forma condensada, de las necesidades económicas de la clase en el poder, con mayor razón lo era en la época en que los hombres debían consagrar una parte mucho mayor de su tiempo a la satisfacción de sus necesidades materiales, y en que, por consiguiente, dependían de ellas más que actualmente.»

En esta exposición de Engels aparecen algunas apreciaciones erradas y, al parecer, algunas contradicciones. Al comienzo de la cita dice que «nada se produce *como* finalidad consciente volicionada». Un poco más allá declara que «nada se produce *sin* una finalidad consciente volicionada». Pero, esta aparente paradoja se explica fácilmente por el hecho de que las leyes internas obran sobre los resultados de tal manera que las finalidades propuestas, es decir, las fuerzas motrices, casi nunca resultan en la forma en que fueron volicionadas, sino en otra muy diversa, debido a su choque con otras finalidades volicionadas opuestas a ellas. De esta manera los acontecimientos históricos son dominados por la casualidad, la cual, a su vez, se encuentra dominada por leyes internas que aun no se conocen. Como en la historia encontramos en lucha un sinnúmero de finalidades distintas que obran en sentidos diferentes, es obvio que todas ellas no pueden realizarse y los resultados de esta oposición de voluntades son frecuentemente algo muy diverso de lo que se ha propuesto.

Es preciso tomar muy en cuenta esta hipótesis, al considerar el papel preponderante, por no decir exclusivo del factor económico en la constitución de los pueblos, lo que es uno de los funda-



mentos del marxismo, en cuanto se relaciona con la formación y desarrollo de la sociedad.

A buscar las fuerzas motrices que ponen en acción a las grandes masas de hombres, vemos desde luego que éstas son de dos categorías: la primera derivada de las condiciones materiales o económicas que llegan a constituir en sí otras fuerzas motrices, fundamentalmente instintivas, y las segundas de orden psicológico que podemos llamar directrices. Estas últimas forman las finalidades volicionadas y determinadas de ciertos individuos—los grandes hombres—que logran imponer su voluntad o su ideología a las masas, las que son, por la mayor parte, inconscientes, hasta cierto punto y con frecuencia inertes. Estas se dejan arrastrar con facilidad, cuando se captan sus simpatías o entusiasmos, o cuando se las presentan teorías plausibles que parecen consultar sus necesidades inmediatas. Generalmente aceptan dichas teorías «a fardo cerrado», sin someterlas anteriormente a una crítica analítica, la que muchas veces son incapaces de efectuar. A veces, también, sucede que las voluntades se imponen por la fuerza, cuando la personalidad del individuo es suficientemente capacitada para poderlo lograr.

Pero, desde el momento en que se trata de encauzar tales finalidades, comienza la lucha con otras numerosas voluntades que se dirigen en sentido diverso y entran a obrar toda una serie de factores casuales que producen resultados inesperados y que, a menudo, hacen fracasar proyectos ideológicos por bien conceptuados que parezcan.

Vemos entonces que aun cuando las fuerzas motrices económicas sean de gran importancia, no pueden obrar sin la concomitancia de las fuerzas psicológicas que las dan forma y la posibilidad de desenvolverse. Las leyes económicas, en cuanto se refiere a la sociedad humana, no actúan sino cuando concurren directamente con la percepción y voluntad de los individuos o de la colectividad, es decir, que en la historia de la sociedad obran conjuntamente los factores materiales y psicológicos, sin que sea del caso determinar, en último término, cual de estos factores antecede al otro. El cerebro, como objeto material puede existir antes del pensamiento, pero queda como no—existente para el individuo, en cuanto no aparezca las percepciones y la capacidad de pensar.

El hambre como primer causal en la cadena económica, es una percepción, un sentimiento, común a todos los seres vivos que proceden instintivamente a satisfacerlo por los medios que cada uno tiene a su alcance. El hombre, desde el estado más primitivo en que le encontramos, hace uso de su facultad de pensar,

aun en la búsqueda de sus alimentos, y esta facultad por muy embrionaria que sea, acondiciona los métodos que emplea y en esto se diferencia de los demás seres. Por consiguiente, el decir que toda la vida social humana se basa en los factores económicos, es verdad sólo hasta cierto punto, puesto que dichos factores son modificados por otros que son esencialmente psíquicos, los que obran anterior o conjuntamente con los materiales.

Y al estudiar las costumbres económicas de los pueblos más primitivos que se conocen, encontramos que ellas son modificadas también por una serie de supersticiones, temores, prohibiciones, etc., que nada tienen que ver con su aspecto material; sino que, a veces, ponen trabas y dificultades a la satisfacción de esa misma hambre, considerada como el primer causal de todo el encadenamiento económico. Cualquiera monografía sobre la vida psíquica de los pueblos primitivos se halla llena de semejantes prácticas, lo que nos evita entrar en detalles aquí.

Hace cincuenta años, estos hechos eran imperfectamente conocidos o mal interpretados. Con las investigaciones científicas y comparativas de las últimas décadas, tenemos hoy conocimientos más exactos respecto de la mentalidad y la manera de obrar de la mayor parte de los pueblos no civilizados, incluso los que se consideran como más cercanos a la humanidad primitiva. Marx, Engels y otros que siguieron la escuela de Bachofen y Morgan (1), no pudieron saber estas cosas y no es de extrañarse que cayeran en los errores de su día, en cuanto se aplica la etnografía al materialismo histórico. Aun Plejanof, quien escribió en 1908 no se libró de esta tendencia y en muchos de sus argumentos hace uso de citas y opiniones ya caducas.

Con los trabajos modernos de Foy, Ankerman, Graebner, W. Schmidt, Koppers, Strehlow, Lehmann, Frobenius, Junod, Bros, Le Roy, Wissler, Lowie, Roth, Rhurnwald, Seligmann, Krame, Haddon, Boas, Pitts-Rivers, J. de Morgan, Pittard, Moret, Berr, Hahn, y las labores de las sociedades de antropología y etnología establecidas en casi todos los países civilizados, tenemos ahora un acopio de conocimientos etnográficos que nos abre nuevos horizontes para la comprensión de la vida de las gentes más primitivas del mundo.

Muchos de los fenómenos sociales, desconocidos o mal interpretados por la escuela evolucionista en tiempo de Marx, Bebel y Engels; como el totemismo, la exogamia, el matriarcado, el mana, la magia, el animismo, las ideas del cosmos, el origen de

---

(1). Bachofen J. J. *Das Mutterrecht* (El derecho materno) 1861. Morgan, Lewis H. *Ancient Society*, 1877.

la familia, la manera de constituir la propiedad, etc., han sido estudiados en sus diversas fases, en diferentes partes del mundo y, como era natural, han venido a difundir una nueva luz sobre estos problemas, modificando grandemente las hipótesis corrientes hasta hace poco. Igual cosa se ha hecho en cuanto a la vida material de estos mismos pueblos y el desarrollo de sus condiciones económicas, con resultados del todo semejantes.

Sin embargo, todos estos nuevos estudios no han logrado derribar los postulados fundamentales del marxismo, aunque muchos de ellos fueron iniciados con ese fin. Cuando mucho, han podido precisar mejor las energías impulsivas y estructurales y las relaciones materiales y espirituales de los pueblos en el desarrollo de su cultura integral. Algunos factores, antes considerados secundarios han asumido más importancia a expensas de otros estimados como exclusivos o preponderantes, pero, en general, la estructuración señalada por Marx ha quedado intacta en sus líneas básicas. Así, por ejemplo, el factor económico todavía queda como fundamental para la existencia y el desenvolvimiento de cualquier estado cultural, aun cuando hoy se reconoce que siempre obra de consuno con otros factores de orden espiritual o psicológico, también fundamentales.

En tiempos pasados, se estudiaba la Economía como el aseguramiento de la alimentación humana, con los procesos necesarios para la provisión de los alimentos (derivados de la recolección, la caza, la ganadería y la agricultura), con las operaciones que ésta requiere, la obtención de los utensilios necesarios, la preparación de los comestibles, y la distribución de las materias alimenticias. Es decir, se consideraba la Economía sólo en su sentido estrictamente material. Hoy tiene un sentido más amplio, cuya definición la da Krause en la siguiente forma: «La Economía etnográfica tiene por objeto el estudio de la vida económica de los pueblos, respecto de las formas especiales que reviste en las diversas etapas de la cultura; además se ocupa de la estructura interna—lo cual nos procura una imagen de la esencia de la vida económica—, y, por último, basándose en los resultados de estas dos investigaciones, trata de averiguar las causas que sirven de fundamento a la vida económica en cada una de las etapas de la cultura, causas que explican la estructura íntima y el cuño nacional de la misma.» (1).

Como se puede notar, a primera vista, esta definición no se aparta mucho de los principios que predicaban Marx y Engels. Es solamente cuando se estudian las causas que obran en la for-

---

(1). Krause, Fritz. Vida económica de los pueblos. 1932.

mación de la vida económica, que se observa la mayor amplitud que se da a la investigación y la intromisión de nuevos factores que antes no se tomaban debidamente en cuenta.

No está demás indicar, en resumen, las premisas apriorísticas de la escuela evolucionista, respecto de la evolución de las condiciones sociales de la humanidad primitiva, planteadas por Bachofen, ampliadas por Morgan y aceptadas sin mayor análisis por Bebel (1), Marx y Engels (2).

Según esta doctrina, el hombre se deriva de los animales, gracias a un proceso de evolución, por el cual la actividad psíquica de aquellos dieron origen a la actividad psíquica humana. De ahí resulta que el hombre primitivo era un ser rudo, tosco, sin ningún sentimiento noble, los que solamente con el tiempo ha ido adquiriendo, sin conocimiento del bien o el mal y que solamente poseía instintos vulgares y bajos.

Este hombre primitivo, ser más animal que humano, que bastante tarde adquirió el uso de la palabra, y sólo aprendió el uso de los instrumentos más rudimentarios, después de un crecimiento lento, pero notable de su inteligencia. Su cráneo y todo su aspecto físico tuvo gran semejanza con los de los simios. Vivía en pequeños grupos que salían de sus albergues sólo para coger sus comidas y frutas. Se unía a sus semejantes únicamente por necesidad y cuando esto sucedía, formaba hordas similares a cualquier grupo de animales gregarios, hordas fáciles de constituir e igualmente fáciles de disolver.

Es de notar que este ser embrutecido no tenía más que una preocupación, la de satisfacer el instinto de la conservación del individuo y de la especie, por la búsqueda de sus alimentos y de encontrar mujeres, luchando con sus similares para la obtención de ambos.

La lucha por la vida probaba la sobrevivencia del más fuerte y del más apto, y este factor de selección indujo, poco a poco, la evolución desde aquel estado primitivo hacia otros más desarrollados.

La falta de sentimientos altruistas impedía que entre los sexos existiera el amor. La vida sexual de la horda estribaba en la promiscuidad. Sólo con aquel estado de sociedad llamado del matriarcado, en el cual la madre era el centro y jefe del grupo consanguíneo, aparece la primera noción de la familia. El es-

---

(1) Bebel, Augusto. *Die Frau und der Socialismus*. (La mujer y el Socialismo). 1833,

(2). Engels Federico F. *Der Ursprung der Familie, und des Staates, des Privatertentums*. (El origen de la Familia, del Estado y de la Propiedad). 1884.

tado matriarcal era conceptuado universal, en cuanto se suponía que formaba la primera fase de toda sociedad constituída. Más tarde se desarrolló el patriarcado, en el cual el padre reemplazaba a la madre como centro y jefe de la familia y la mujer retrocedió a una posición secundaria y esclavizada. En estos diferentes estados regían diversas formas de poligamia y polian-dria y solamente en épocas relativamente recientes, apareció la familia monógama, con sus costumbres de endogamia (prohibición de tomar mujer fuera del grupo) y exogamia (prohibición de tener relaciones sexuales con miembros del mismo grupo). Y, al fin, con el reconocimiento de la consanguinidad bilateral moderno, y el establecimiento de la familia sobre esta base, llegamos a los tiempos actuales, en que existe una fuerte tendencia hacia la igualdad de los sexos y la libertad de las relaciones sexuales o sea el amor libre, como también el divorcio voluntario en casos de matrimonio y la liberación de la esclavitud impuesta a la mujer por las religiones teocráticas y remachada por el Cristianismo.

Tal es el hombre primitivo y el desarrollo de la sociedad presentado por la escuela evolucionista, teoría especulativa, rechazada completamente por la ciencia moderna. Engels, al igual de la mayor parte de los autores de la última mitad del siglo pasado, se demuestra satisfecho con estas hipótesis y funda su libro *El Origen de la Familia*, sobre los escritos de Bachofen y Morgan, de quien eran gran admirador. Marx debía haber tenido igual admiración, porque Engels, en el prólogo de la primera edición del libro que citamos, escribe: «Las siguientes páginas vienen a ser la ejecución de un testamento. Karl Marx se había reservado para sí mismo la misión de exponer los resultados de los trabajos de Morgan, en cuanto se relacionan con las conclusiones de sus propias tareas históricas (hasta cierto punto, pudiera decir de nuestras tareas comunes) y hacer resaltar así todo su alcance. Morgan había descubierto de nuevo, a su modo, en América, la teoría materialista de la historia, que cuarenta años antes descubrió Marx; y en su paralelo entre la barbarie y la civilización, había ido a dar con los mismos resultados esenciales que Marx.»

En cuanto a la evolución de la familia, Engels sigue de cerca a Bachofen, Morgan y Bebel. Reconoce primero, una época la familia todavía no aparece y en la que existía una promiscuidad completa entre los sexos, o como lo expresa nuestro autor, «un comercio sexual sin trabas y según otros escritores, el «hetairismo».

De este estado primitivo, salió verosimilmente *la familia con-*

*sanguínea*. «En esta forma de la familia, los ascendientes y los descendientes, los padres y los hijos, son los únicos excluidos entre sí de los derechos y los deberes del matrimonio. Hermanos y hermanas, primos y primas, en primero, segundo y restantes grados más lejanos, son todos entre ellos y *por eso mismo*, maridos y mujeres unos de otros».

La familia *punalúa*, en la cual se prohibía la unión sexual entre hermanos y hermanas y primos y primas. Según esta forma de familia cierto número de hermanas carnales o primas eran mujeres comunes de sus maridos comunes, de los cuales quedaban excluidos los hermanos de ellas; esos hombres por su parte tampoco se llamaban entre sí hermanos, sino *punalúa*, es decir, compañero íntimo, como quien dice *consocio*. De igual modo, una serie de hermanos uterinos o más lejanos, tenían en matrimonio común, cierto número de mujeres, con exclusión de las hermanas de ellos, y esas mujeres se llamaban entre sí *punalúa*. Esta forma de constituir la familia ha sido llamado *matrimonio por grupos*. En todas partes donde existía esta forma de familia, la descendencia se contaba por filiación materna. Agrega Engels: En la inmensa mayoría de los casos, la institución de la *gens* ha salido directamente de la familia *punalúa*. ... Pero, si encontramos que la *gens* nace necesariamente y naturalmente de la familia *punalúa*, nos vemos muy cerca de admitir como casi cierta la existencia anterior de esta forma de familia en todos los pueblos donde se puede demostrar la institución de la *gens*, es decir, en casi todos los pueblos bárbaros y civilizados.

La tercera forma de la familia que propone Morgan y que acepta Engels, es la *familia sindiásmica*, por la cual el hombre vive con una mujer o con varias (poligamia), reserva como derecho la infidelidad en tanto que exige a la mujer casada la más estricta fidelidad y un adulterio se castiga cruelmente. En esta forma de matrimonio empiezan el raptó y la compra de la mujer.

De la *familia sindiásmica* o matriarcal, se pasó lentamente a la patriarcal y la filiación agnática o paterna, que fué una transición que terminó en el establecimiento de la familia monogámica, que actualmente persiste en la mayor parte de los países civilizados.

Estas teorías de Bachofen y Morgan eran más fácilmente aceptadas por Marx y Engels, por cuanto formaban un apoyo para sus doctrinas socialistas. Parecían comprobar un estado de comunismo social y aun sexual, en el seno de las colectividades primitivas. En efecto, Engels, en el libro que citamos, em-

plea frases como ésta: «En hogar doméstico comunista primitivo que domina exclusivamente hasta muy entrado el estado medio de la barbarie, prescribía una extensión máxima de la comunidad familiar». Más adelante habla repetidas veces del supuesto hogar comunista, dando por sentada la existencia de semejante institución.

Sin embargo, la ciencia etnográfica de hoy rechaza todas estas hipótesis de Bachofen y de Morgan, según las cuales todos los pueblos y razas han pasado, primero, por la promiscuidad primitiva, luego por un estado de matrimonio por grupos, para llegar después, al matriarcado universal, que dió lugar más tarde al patriarcado y termina en la familia bilateral monógama.

A principios de este siglo, y después de concienzudas investigaciones verificadas sobre los pueblos cazadores más primitivos, los que viven en ínfimo estado de civilización, se pudo comprobar con certeza absoluta, que en ninguno de ellos existía un estado de promiscuidad y que en muchos de ellos tampoco existía el matriarcado. Investigaciones posteriores de modernos sociólogos y etnógrafos han demostrado que el fenómeno del matriarcado aparece con mayor fuerza en un determinado momento de la civilización, precisamente al comienzo de un período de estabilización sedentaria, cuyos representantes son los primeros agricultores.

En cuanto a lo que se ha llamado «matrimonio por grupos», o sea la *familia consanguínea* de Bachofen y Morgan, tampoco se ha podido comprobar que haya existido semejante institución, cuya concepción sólo se debe a una serie de datos, exactos en el fondo, pero mal comprendidos y peor interpretados. Con las investigaciones modernas sobre las funciones sociales del totemismo, de la endogamia, de la exogamia y de las ideas de los primitivos acerca del incesto, se ha venido y comprender el alcance de los datos recogidos en épocas pasadas y que sirvieron a la antigua escuela evolucionista para formar sus peregrinas hipótesis.

Y es curioso notar que, al aceptar estas teorías y utilizarlas sin mayor análisis de los fundamentos, en la confección de su libro, Engels, se aparta de los métodos dialécticos del materialismo histórico, que él ayudó a formar.

En el desarrollo del segundo capítulo de su libro, el que ocupa más de la cuarta parte de la obra, Engels se basa en las conclusiones de Morgan (las que hemos expuesto más atrás), y las deducciones y argumentos que emplea para su manera de comprender la constitución de la familia a través del tiempo, se fundan en dichas hipótesis. Por tanto, al probar lo erróneo de

estos fundamentos, toda la argumentación derivada de ellos queda igualmente sin valor científico.

Igualmente falaces son los demás capítulos del libro. La incompreensión de la verdadera naturaleza de la *gens* (clan), y del papel que desempeñaba en la vida social de los pueblos poco cultos, ha hecho que su concepto sobre la formación del Estado y del origen de la propiedad, sea también lleno de errores.

Afortunadamente, el materialismo histórico, en el fondo, poco ha sufrido por estas desviaciones. Su base y sus métodos quedan intactos. Sólo es de lamentar que uno de sus fundadores y uno que filosóficamente lo defendió tan bien, se haya avanzado en un terreno que no conoció y sin la preparación necesaria, para formular teorías peregrinas que, no obstante, han sido aceptadas durante cincuenta años, por la generalidad de los marxistas, como una de las bases inamovible de su doctrina.

Pero, el materialismo histórico es un sistema de estudio y de investigación, y como tal, no se presta al sostenimiento de ninguna ideología especial, ni para punto de apoyo para ningún prejuicio o inferencia hecha *a priori*. No olvidemos la cita que más atrás hemos sacado de otra obra de Engels, en que dice con mucha razón que la dialéctica se reduce a las leyes generales del movimiento, tanto del mundo exterior como del pensamiento humano. Según estas leyes, nada puede quedar estancado, todo se mueve, todo avanza, todo se evoluciona. Así también ha pasado con las ideas acerca del origen y desarrollo de la sociedad humana. No se puede dogmatizar, porque, en el mundo de las ideas, lo que aparece hoy ser una verdad irrefutable, dado el estado de nuestros conocimientos, mañana parece absurdo, ante el adelanto de estos mismos conocimientos. Por lo mismo, el materialismo no puede admitir ningún dogmatismo, ni ningún absolutismo en apoyo de doctrinas, por plausibles que parezcan.

Es indudable que, al negar la exactitud de las deducciones de Engels, respecto del origen de la familia, del Estado y de la propiedad, no hemos salido, hasta el momento, del terreno de las generalidades. Aunque esto se ha hecho en numerosas ocasiones, ha sido desde otros ángulos. Tócanos a nosotros, ahora, formular en detalle, aunque sea sintéticamente, los motivos que nos asisten para rechazar sus conclusiones.

Por razones que acabamos de exponer, está lejos de nuestra intención, dogmatizar o presentar hipótesis definitivas. Al igual de lo que ha pasado con las deducciones de Bachofen, Morgan, Marx, Bebel, Engels y tantos otros, cualquiera interpretación que se puede deducir de nuestros conocimientos actuales, está



sujeta a las mismas leyes evolutivas que la de ellos y es muy probable que en algunos años más, las interpretaciones que hoy se dan a los fenómenos de las ciencias naturales y en especial a la manera como se ha desenvuelto la sociedad humana, se modificarán sustancialmente con los datos proporcionados por nuevas investigaciones.

Al comenzar, debemos decir unas breves palabras acerca del concepto moderno de la evolución, en lo que se refiere al origen del hombre. Cuando Darwin formuló su teoría sobre el origen de las especies y por muchos años después, se estimaba que la evolución como proceso, obraba en línea recta perpendicular. Así fué como se imaginaba que el hombre debía haber descendido en línea recta de alguno de los primates, preferentemente de uno de los grande antropoides, existentes o extinguidos. Por consiguiente, la preocupación de los evolucionistas era en buscar el eslabón perdido (missing link) entre el hombre y cualquiera de los grandes simios. . .

En los sesenta años que han pasado desde que Darwin enunció su teoría ha evolucionado grandemente el concepto mismo de la evolución. No se la mira actualmente, como un proceso rectilíneo, sino como un proceso sujeto a muchas ramificaciones en todas las fases de su desarrollo. No precisa que el hombre haya descendido de ninguno de los simios hoy existentes, ni siquiera que haya pasado por el estado de simio. La rama que dió nacimiento al ser que llamamos hombre, puede haberse desprendido del tronco común de la vida, antes, conjuntamente o después de cualquiera de las ramas que produjeron, en último término, los lemures, los monos o los antropoides. De esta manera, en cualquier momento del proceso de la evolución, encontraremos seres diferenciados, que siguen cada uno su camino y su destino, aunque en algún tiempo (antes de desprenderse del tronco) han procedido de una fuente común. Por lo mismo, encontramos al lado del hombre, un número de primates que han seguido un desarrollo paralelamente con aquel, sin que haya ninguna necesidad de haberse derivado unos de otros. Pero llega un momento en que las características de cada tipo sea fijan lo suficientemente para poderlo considerar como especie. Así ha pasado también con la especie humana.

No nos interesa tratar de investigar cada etapa de este desarrollo de todos los procesos que deben haberse combinado para dar al hombre su posición erecta de bípedo, su facultad de pensar y de expresarse por medio del lenguaje fonético. Basta saber que llegó un momento en que quedó en posesión de todas estas facultades, las que le distinguen de los demás

seres de la tierra. Sólo desde este momento, podemos considerarlo como hombre.

Las ciencias naturales nos enseñan que una especie dada tiene un punto de origen, adonde aparece por primera vez en la historia del universo. En cuanto al hombre, no hay seguridad respecto de este punto, aunque el consenso de la opinión científica de hoy está en favor de la Asia meridional, desde donde se habría difundido lentamente a través de toda la tierra. Debido a múltiples factores, los principales de los cuales habrán sido probablemente, los del ambiente o medio y las diversas condiciones geográficas, climatológicas, etc., la especie ha ido diferenciándose, hasta formar las distintas variedades humanas que llamamos razas, sin que hayan logrado modificar esencialmente la especie misma.

El momento de su aparición, tampoco se puede determinar con precisión, aunque debe haber sido en las postrimerías de la época terciaria, porque a comienzos de la cuartaria, aparecen sus vestigios en diversas partes del mundo. Solamente desde ese momento se puede hablar de la prehistoria y vislumbrar los primeros principios de la condición social de la humanidad. Nada se puede asegurar del número de años, siglos o milenios que hayan pasado desde ese momento, porque la geología aun no ha dicho su última palabra respecto de la duración de las épocas geológicas, y los conceptos más corrientes sobre la existencia del hombre en la tierra fluctúan entre cuarenta y quinientos milenios.

Por los estudios arqueológicos efectuados, sabemos que el hombre más antiguo que haya dejado vestigios de sus restos osteológicos, fué el que se ha llamado tipo de Neanderthal, por haberse encontrado en dicho lugar sus primeros indicios, que después se hallaron en diversas partes del mundo, pero se han encontrado restos industriales, igualmente repartidos, pertenecientes a épocas infinitamente más remotas, como la chelense, en los albores del paleolítico, pero sin que sepamos, hasta ahora, el tipo físico del hombre que los dejó. También es legítimo, como ejercicio especulativo, pensar que habría, en la vida de la humanidad, un tiempo en que el hombre no hubiera inventado aún ningún instrumento o utensilio, pero es anti-científico fundar en tales conceptos, ninguna esquema cultural o social, por cuanto sus bases serían en todo caso hipotéticas e inseguras. Dechelette (1) supone que los hombres de la época chelense fuesen cazadores, pero J. de Morgan (2) estima

(1). Dechelette, J. Manuel d'Archeologie préhistorique. 1910-1912.

(2). Morgan, J. de L'Humanité préhistorique. 1921.

que ningún hecho autoriza tal opinión, pues, solamente en las capas arqueológicas llamadas mousterienses (a las que pertenecía el hombre de Neanderthal), la gran abundancia de huesos de animales, disipa toda duda respecto de la actividad económica de los troglodistas y confirma que eran cazadores y pescadores.

Es más probable que los primeros hombres eran simples recolectores, que vivían de los productos vegetales naturales, los pequeños animales, ratones, moluscos, orugas, y aun insectos que encontraban a su paso, en la misma forma como hacen ciertas tribus australianas hasta hoy. Es casi seguro que no tenían ni instrumentos, ni útiles ni armas, pero su modo de vivir es más o menos hipotético y no puede fundarse en ella ninguna deducción que no sea *a priori*.

Al hablar de los pueblos paleolíticos que han dejado restos de orden económico o industrial, se puede avanzar un poco más en el terreno material, pero nada sabemos de la forma de su sociabilidad, ni hay medio de determinarla. Muy poco más podemos avanzar respecto de la vida social de los pueblos neolíticos, aunque sabemos que sus horizontes materiales y psíquicos se habían ensanchado muy considerablemente. Por sus armas, por sus restos de cocina, por su arte rupestre, podemos suponer que eran cazadores y pescadores, que vivían, en parte a lo menos en cavernas y grutas, en las cuales encontramos la mayor parte de sus restos y que, por la naturaleza de sus principales ocupaciones, debían haber sido nómades o seminómades. Ir más allá es entrar en el terreno de la conjetura, lo que nos puede llevar a errores tan profundos como los que combatimos en las deducciones de la escuela evolucionista. Es preferible circunscribirse a los hechos reales que permiten comprobarse de una manera concreta.

Entre los pueblos existentes, como hemos dicho antes, no hay ninguno que se dedique exclusivamente a la recolección. La caza es para muchos pueblos un complemento o si se quiere, uno de tantos medios para procurarse la vida. Para otros, en cambio, es toda su existencia, su único cuidado, su única ocupación. Las tribus exclusivamente cazadoras son raras; se puede decir que las únicas que actualmente quedan son los que presentan las características de los pueblos pigmeos, los australianos, los fueguinos y algunas tribus de Brasil, y aun ellos aumentan su alimentación con los productos vegetales que encuentran en su camino.

La etnología moderna considera a estos pueblos, de cultura tan atrasada, como los verdaderos herederos de las antiquísimas

culturas paleolíticas. Graebner (1), hablando de los tasmanios, desaparecidos hace pocos años, dice: «Probablemente los tasmanios y su cultura representan ya una especie de evolución separada, aunque relativamente poco apartada del fundamento común de la humanidad». Más adelante continúa: «El grupo cultural que en la serie de estratificaciones culturales, allende el mundo civilizado, puede considerarse como el más antiguo, después de los tasmanios, está compuesto por la llamada *cultura antigua australiana* y por la *cultura nigricia* de Africa, que tiene la misma edad que la australiana y que le es afín en una porción de particularidades. La rama más pura, relativamente más exenta de influencias recientes es la cultura de los bosquimanos, en el desierto surafricano de Kalahari. Afines a los bosquimanos, son, a su vez, las distintas tribus de los pigmeos del Africa interior».

W. Schmidt (2), refiriéndose a los comienzos de la humanidad, escribe: «El conjunto de las tribus pigmeas, negrillos del centro de Africa, andamaneses, semanh de Malaca, negritos de las Filipinas y en cierta medida, los bosquimanos, es decir las razas de pequeña talla que, según las últimas investigaciones, pertenecen etnológica y, al parecer, antropológicamente también, a los pueblos más antiguos que logramos conocer. Es en estos pueblos que se cree reconocer las señales distintivas de la infancia de la humanidad». En otra parte dice: «A los pigmeos se acercan, en muchos puntos, las tribus del sureste australiano y los tasmanios que aparecen como la capa más antigua de ese grupo de pueblos australianos en sí mismos muy antiguos». (3)

Krause concede mayor antigüedad a otro pueblo de pigmeos, los semang y los senoi de la península de Malaca. Dice: «Los semang y los senoi, miembros de las dos razas primitivas, de escasa estatura del Asia meridional y de la Indonesia, constituyen la población originaria de la península. Su cultura, esencialmente homogénea a pesar de la diversidad idiomática, puede ser señalada como la más simple de todas las culturas de la Tierra; es muy verosímil que nunca haya alcanzado un nivel más alto, de manera que puede decirse con cierta seguridad que ambos grupos étnicos son pueblos primitivos de carácter primario». (4).

La mayoría de los etnólogos modernos está de acuerdo

---

(1) Graebner, F. El mundo del hombre primitivo. 1925.

(2) Schmidt, W. Die Stellung der Pygmäenvölker in der Entwicklungsgeschi.

(3) Schmidt, W. L'origine de l'idée de Dieu. 1910.

(4) Krause Fritz. Vida económica de los pueblos. 1932.

en estas opiniones y cree que dicho grupo de pueblos representa los más antiguos habitantes de la tierra. No es que creen que estas tribus de pigmeos y de australianos perpetúan exactamente y sin ningún cambio, el estado de los primeros hombres. Sin duda, han sufrido ya una evolución, que algunos consideran constituye una regresión, una decadencia y que otros creen que dicha evolución ha sido simplemente psíquica y ha dejado casi intacta su antigua condición material y social. Pero, entre todos los pueblos de la tierra, son ellos que se aproximan más, en muchos puntos y relativamente, a los primeros hombres.

Es claro entonces, que si queremos que el estudio de los pueblos actuales nos dé luces sobre el estado de vida de los primeros hombres, es de estas tribus primitivas donde debemos partir.

Estos pueblos viven en el contacto más estrecho con la naturaleza. En su aspecto económico son—sobre todo los australianos y las tribus de Málaca—recolectores (la mujer) y cazadores (el hombre). Toman los alimentos en estado silvestre, donde los encuentran. De aquí que viven nómades, dentro del propio territorio que usufructúan las comunidades, pues no carecen de orden, sino que forman comunidades que defienden solidariamente los límites geográficos, bien definidos, y conservan la paz interior por sencillos medios, es decir que se constituyen pequeños Estados. Dentro de estos Estados encuentranse las familias, verdaderas pequeñas familias, en el sentido que nosotros las entendemos, con matrimonio definido, casi siempre monógamas, que se juntan por necesidad, sobre todo, por necesidades económicas, para empresas comunes, más o menos importantes.» (1).

Los pigmeos tienen usos, costumbres, creencias y prácticas de los más simples que se puede imaginar, que asombran por su carácter infantil e ingenuo. Su cultura material es de lo más primitiva y sus instrumentos y ajuar de los más sencillos, pero este grado bajo de cultura no se debe a la imposibilidad de llegar a un estado de cultura más elevado, por cuanto es un pueblo bien inteligente, como dejan constancia todos los viajeros que lo han visitado, sino a una falta de voluntad. Están contentos con lo que tienen y con lo que la naturaleza les ofrece y viven contentos en su modestísima y primitiva condición. No cultivan la tierra ni tienen ganado ni animales domésticos de ninguna especie, como hacen sus vecinos, las tribus bantús. No construyen casas y apenas si, refugios de ramas y hojas, cuando no

---

(1) Graebner, F. Ob. cit.

hallan a mano cavernas o grutas en que guarecerse. Se mantienen de la caza y de la recolección de las plantas que crecen espontáneamente en la selva. Sus instrumentos y armas son muy pocos en número y de los más sencillos. Faltan entre ellos las armas ofensivas y defensivas a excepción del arco y flechas que emplean para la caza y unas pesadas lanzas de madera de punta endurecida por el fuego que usan para cazar los elefantes. Se puede decir con certeza que no conocen la lanza como arma ofensiva ni el escudo como defensa, ni la maza o macana. Sus arcos son de los más arcaicos y constan simplemente de una rama flexible de algún árbol, con cuerda de las tripas trenzadas o torcidas de algún animal. Sus flechas son igualmente sencillas y llevan puntas de madera, de hueso o de concha. No conocen las puntas de piedra ni de metal. Algunos pueblos de pigmeos no conocen el fuego y otros lo procuran frotando dos trozos de madera.

En cuanto a lo que se refiere al arte, los pigmeos de Africa Central ocupan el lugar más bajo en la escala cultural. No usan ningún instrumento musical, no conocen ni el tambor de señales, tan repartido entre las demás tribus de las selvas, no conocen ningún arte plástico como sus hermanos los bosquimanos y los australianos y no tienen ninguna noción del relieve o del dibujo. Su enumeración no pasa del sistema quinario en los pueblos que más han progresado y entre otros no pasa de las primeras dos cifras.

Sus habitaciones, cuando las construyen, son circulares o semicirculares, abrigan una sola familia y son de lo más primitivas. Por lo general, habitan en grutas, cavernas o abrigos en las rocas y usan los grandes peñascos como defensa contra los vientos. Sus campamentos se mudan sin cesar, siguiendo las exigencias de la caza. Su caza favorita es el elefante y por eso, organizan bandas, bajo la dirección, pero no el mando, de algún cazador viejo y experimentado.

Viven rodeados de tribus de agricultores, con quienes mantienen relaciones de paz y amistad, canjeando con ellos los productos de la caza por mandioca, plátanos y maíz. Estas tribus hablan de ellos con desden, llamándoles «bestias del monte», aunque viven en armonía con ellos, reconociéndolos como honrados e inofensivos. Lo curioso es que los pigmeos no hacen su intercambio con cualquiera tribu indistintamente, sino con un grupo determinado de estos pueblos sedentarios con el cual han hecho un pacto, y recorren largas distancias para no faltar a sus compromisos. Es muy singular este entendimiento mutuo

entre cazadores y agricultores, en que cada grupo conserva su propia profesión, sin que tengan jamás uniones entre sí.

Los pigmeos son muy aficionados a la miel silvestre y trepan con la mayor agilidad hasta las cimas de los árboles en busca de ella. No se dedican a la pesca y sólo ocasionalmente van las mujeres a algún charco y con la ayuda de cestos muy primitivos, cogen algunos camarones o pequeños peces.

Estos caracteres, que distinguen los pigmeos de Africa Central, se hallan repetidos en otras poblaciones análogas y se puede decir que todas las gentes de pequeña talla de que hemos hecho mención y algunas otras, como los australianos, los fueguinos y algunas tribus de Brasil. Volvemos a encontrarlos entre los bosquimanos de Africa del Sur, cuya vida, también se concentra al rededor de la caza. Sus armas son el arco y las flechas. La cuerda de sus arcos, hecha de tripas torcidas o de tendones de animales, les sirve de instrumento musical para imitar los sonidos producidos por los animales, pues todos sus pensamientos giran al rededor de la caza, de la cual se alimentan, y sólo cuando ésta no les rinde resultados, recurren simplemente a la recolección de raíces, ratones, insectos orugas, huevos de termitas o cualquier otro objeto comestible que pueden encontrar. No tienen cabañas, y construyen simples abrigos de ramas y hojas, las que abandonan pronto, según las exigencias de la caza y su vida nómada. No se encuentran entre ellos ninguna organización estable ni política ni social. Vagan en pequeñas bandas, sin jefes ni guerreros. No siembran ni tienen ganados, ni ningún animal doméstico.

El mobiliario de sus habitaciones permanentes o sean las cuevas, no puede ser más escaso, algún huevo de avestruz para el agua, palos para escarbar la tierra, arcos y flechas. A veces los huevos de avestruz llevan adornos de puntos y rayas, cuyo significado permanece, por ahora, ignorado. La indumentaria de los bosquimanos es muy escasa, como puede suponerse. Los hombres llevan una piel pequeña sobre las espaldas, que con frecuencia abandonan durante la caza. Las mujeres llevan una piel mayor que les sirve también para llevar los pequeñuelos y un pequeño delantal. Hombres y mujeres usan también un cinturón que estríñen fuertemente en los períodos de escasez para disminuir las torturas del hambre. Como adornos llevan anillos de tirillas de piel, hierbas secas trenzadas o pelos de la cola del elefante. Las mujeres también llevan pendientes. El pelo suelen pintarlo con ocre rojo y los hombres acostumbrañ ponerse plumas en él y las mujeres flores, llevan también collares. En ocasión de fiestas embadurnan el cuerpo con grasa o

bien lo pintan con ocre de color blanco, rojo o amarillo. El tatuaje no es desconocido, pero debido probablemente a haberlo aprendido de las tribus vecinas.

Otro de los aspectos en que se muestra el paralelismo entre la cultura bosquimana y la del hombre europeo en el paleolítico superior, es en las pinturas rupestres.

Los bosquimanos han dejado en todos los territorios que han ocupado, pinturas sumamente notables, y, que a veces proceden de una respetable antigüedad. Estas aparecen en cavernas, en las paredes de cuevas o en abrigos de roca, siendo, con frecuencia, siluetas de animales en perfil, llenando de color el interior de la silueta. En conjunto las pinturas aparecen con una frescura tal que parecen recién pintadas, a pesar de que muchas de ellas cuentan con varios siglos de existencia y han tenido que soportar las inclemencias del tiempo. Los temas preferidos son escenas de caza y los animales con que están más frecuentemente en contacto los bosquimanos.

Esta gente primitiva posee un sentido de imitación sumamente desarrollado, el cual aparece de una manera notable en sus danzas. Hay varias clases de danzas y cada una tiene su canto apropiado, pero casi todas consisten en grandes contorsiones del cuerpo más que en pasos o movimientos rítmicos. Las más importantes consisten en imitación de los movimientos de los animales; otras son excesivamente lascivas.

Demuestran su alegría con juegos y pasatiempos. Estos juegos son la repetición de sus ocupaciones diarias y en su mayor parte consisten en imitaciones de cacerías en que los mismos bosquimanos se disfrazan de animales e imitan sus costumbres y movimientos con una sorprendente exactitud que revela la finura de su espíritu de observación.

La familia bosquimana, como la de los pigmeos es monógama, sin que deje de haber casos de poligamia. El casamiento se efectúa mediante un regalo a la novia. Antes el novio debía efectuar un simulacro de rapto de la novia, vestigio quizá de un tiempo cuando el rapto era real. Lo que se exige en todo caso es que el novio sea un buen cazador. En general, mientras dura el matrimonio no se admiten relaciones de los cónyuges con otras personas y con frecuencia, aunque la unión puede disolverse con facilidad, continúa inalterable durante toda la vida.

Varias familias se reúnen para formar una comunidad. Difícilmente puede darse a ésta el nombre de tribu, no es más que una horda compuesta de dos o trescientas personas a lo más. De otra manera sería imposible encontrar alimento en terrenos estériles y pobres como los que actualmente habitan. Cada co-



munidad u horda tienen derecho a una zona más o menos grande, en la cual caza o busca su alimento en los productos de la tierra. En cuanto a la vida política y social no hay jerarquías ni autoridades y cada individuo demuestra no sólo su intenso amor a la libertad, sino también su manera salvaje de vivir una vida puramente animal. Incluso los jóvenes desconocen la autoridad paterna en cuanto se creen con fuerzas para ganarse la vida.

Si los pueblos de poca talla de Africa se dedican preferentemente a la caza y secundariamente a la recolección de los productos naturales, sus hermanos de Asia y la Indonesia, a la inversa obtienen su principal sustento de la recolección y sólo subsidiariamente a la caza. La razón de esto reside en que habitan en regiones de la selva virgen. Esta selva, al contrario de la de Africa Central, posee una extraordinaria riqueza de elementos vegetales. Las plantas que pueden utilizarse para la alimentación son tan numerosas que, en relación a ellas, la caza solamente representa una alimentación complementaria o un recurso para ciertas épocas en que escasean los alimentos vegetales. Pero aun cuando hay esta variación en la base de su vida económica, las condiciones generales de su cultura y de su estado social son casi idénticas con las de los pigmeos africanos, de las cuales se difieren sólo en pequeños detalles que se deben principalmente a la diferencia de ambiente.

Al pasar en revista todos estos detalles de la vida material de los pueblos actuales estimados como los más primitivos de la tierra y los que se acercan más a los pueblos prehistóricos de muchos milenios atrás, vemos que presentan un cuadro muy distinto al que supusieron Bachofen, Morgan y otros escritores de su día y cuya opinión sirvió de fundamento a Engels en la preparación de su libro sobre el Origen de la Familia. No obstante dejan en pie los principales postulados del materialismo histórico. Dejan en claro que el factor principal en su vida lo constituyen las condiciones económicas, modificadas por la idiosincrasia de estos pueblos que no las cambian, no porque son incapaces de hacerlo, sino que no tienen la voluntad de hacerlo y prefieren continuar en la forma milenaria más de acuerdo con su temperamento.—R I C A R D O E. L A T C H A M .

(Continuará).

## LA ACTUAL LITERATURA RUSA.—LEONIDAS LEONOW

**P**ARECE aún muy niño, a juzgar por el retrato que acompaña su autobiografía en la recopilación de Lidin (Pisateli-Escritores, Moscú, 1926). Realmente es muy mozo; y si se tiene en cuenta que de los escritores surgidos antes de la revolución bolchevique y después de ella es uno de los más conocidos, no sólo en su patria, sino en Europa, y que tiene en su haber, además de innúmeros cuentos, dos novelas voluminosas, no puede uno menos de admirar esta nueva fuerza de la literatura rusa.

Leonidas Leonov nació en Moscú, pero su familia era originaria de un oscuro y sórdido lugar de la gobernación de Kaluga; el padre, campesino, se transformó luego en discreto autodidacta, poeta y periodista y fué desterrado a Arkángel por sus ideas revolucionarias. Adolescente aun, fué sorprendido por la revolución y sirvió en la armada roja. La guerra civil le ha proporcionado gran parte del material de sus obras. Poeta también él desde niño, tuvo poco éxito como tal, mas, no bien comenzó a publicar relatos, su nombre se abrió camino rápidamente. En los años que van de 1922 a 1925, sus cuentos se sucedieron sin tregua; ofrecen estos relatos la vida de la revolución, pero observada con el propósito de dar, a través de las descripciones, una explicación de los acaecimientos, en primer término para sí, y, si alguien quiere comprenderla, también para los otros. En estos primeros cuentos (*La fosa de Petuchquin*, *El fin de un miserable*, *las memorias de Koviokin*), los elementos artísticos del joven escritor eran ya claros: en primer lugar el realismo como fondo, un realismo que si bien no tiene la serena objetividad del realismo clásico, no cae en el naturalismo; luego la psicología de uno o más sujetos, estrechamente ligada, positiva o reactivamente, con el fondo. Es la única característica que en las grandes novelas desaparecerá exteriormente: las digresiones del autor, digresiones que parecen tales por la subitánea introducción del elemento lírico, que no puede ser sino personal. En *La fosa de Petuchquin* describe la revolución que desde sus focos de origen avanza y penetra en los pueblecitos más lejanos, perdidos en la estepa; y aunque no se trata de hazañas heroicas, no falta la nota épica, que es dada por el apego del campesino a la tierra.

*El fin de un miserable* es la historia de la ruina que la revolución lleva a los escondrijos del alma de un hombre culto, consagrado a la ciencia, ligado a la vida social, que ve interrumpida toda su existencia, el giro de ésta y sus ocupaciones a causa de trastornos a los cuales él no puede oponer su cotidiana parábola solar, como haría el campesino, quien no necesita apasionarse por la biblioteca en que debe trabajar, no ha menester que ella le procure el diario sustento, no tiene obligación de alternar con otros hombres para resolver los problemas de su existencia. Aunque influido en la forma por Dostoiewsky, *El final de un miserable* es justamente un cuadro terrorífico, tanto de las condiciones externas como de la psicología de los primeros años de revolución, de la época llamada «comunismo de guerra». Los hombres parecen—o están—locos; y su pensamiento, estrechamente vinculado a los sucesos, no logra desligarse de ellos para objetivarlos. El tercer cuento de la primera época creativa de Leonov: *Memorias de algunos episodios ocurridos a Andrea Petrovich Koviokin* es, por contraste, un verdadero cuadro de la revolución. La revolución, empero, no aparece aquí como tal. Para que una revolución pueda ser descripta, es necesario comprenderla, sentirla, «padecerla». Los personajes de la pobre ciudad pintada por Leonov (y los hay de todo linaje), carecen de generosos impulsos afectivos y la revolución es el pretexto para los más innobles desahogos de las tendencias específicas de cada uno, consideradas en sí, y así es también la revolución en su calidad general, bajo el indumento del sacerdote, del comisario de policía, del poeta, del comisario soviético, etc. Del punto de vista formal acentúase en esta narración el procedimiento del escritor que consiste en intervenir él mismo improvisamente en el curso del relato; pero dada la atmósfera tranquila él logra así, con ese artificio, recordar la *humanidad* del hombre. Esta intromisión personal ha sido reprochada a Leonov por la crítica soviética como un peligroso sentimiento de simpatía y compasión hacia los «hombres insignificantes», cuyo bienestar fué sacrificado a la revolución. Un crítico que no proceda «a priori» debe reconocer, empero, que ha sido ella la nota personal que salvó a Leonov del vulgar naturalismo de tantos literatos soviéticos. Pero hoy, además, otro elemento, la fantasía que antes de la composición de las grandes novelas ha dado a Leonov motivos para escribir una verdadera obra maestra *Tuatamur*, poema en prosa donde, por boca de uno de los lugartenientes de *Guinguis-Chan*, refiérese la derrota de los rusos en Kalka, en 1924, desde el punto de vista de los mongoles victoriosos. La poesía salvaje de la estepa

y de la vida nómada inspira totalmente esa originalísima composición.

En la novela *Los tejones* (*Barsuki*) nuevamente el elemento campesino atrae a Leonov, pero no es ya, como en el relato recordado, la vida que se desarrolla en la inmensidad de la estepa, sino aquella que ahora está fundida con los sucesos de la ciudad y de la revolución. Es la historia de dos campesinos hermanos que van a trabajar a Moscú y que en los momentos más peligrosos de la revolución siguen caminos tan opuestos, que más tarde se hallan frente a frente, uno en persecución del otro. El primero de ellos, Senia, escapado del frente luego de la derrota, ha vuelto a su aldea para acaudillar a los campesinos que quieren oponerse a las requisiciones de los comunistas advenidos al poder. De la vida soportada por los desertores en esta época proviene el título de la novela; ellos estaban obligados a vivir casi sepultos, como los tejones, en grutas por ellos mismos excavadas. La revuelta es inútil: los comunistas han triunfado y Senia debe rendirse. El hermano menor, Paska, ha llegado a ser, en el interin, comisario de pueblo y él es quien arresta a Senia. Alrededor de este suceso central muévase el mundo de los campesinos, rico en personajes y episodios.

Como fué reparado también por la crítica soviética la novela de Leonov ofrece un riquísimo material para el análisis social y político del movimiento antisoviético de los campesinos; y como ese movimiento, con colores más o menos manifiestos, no ha cesado hasta el presente, bajo este aspecto la novela es todavía hoy interesante. El choque entre la ciudad y la *campiña*; he aquí, en síntesis, el contenido de los acaecimientos romancescos y el problema fundamental de la revolución rusa. Pero prescindiendo de este significado, *Los tejones* tienen indudable prestancia artística en cuanto «demuestran prácticamente—y lo dice un crítico soviético, Voronski—que el clasicismo en la literatura rusa aun está lejos de haber dicho la postrer palabra».

La última novela de este escritor, *El ladrón*, publicada en la revista «Krasnaia Nov» durante el año 1927, es una afirmación ulterior de Leonov. El héroe del relato, el ladrón Mitka, campesino de origen, es un revolucionario prácticamente activo, pero no desprovisto de sentimiento. Ha participado en la revolución de Octubre, ha sido comisario de un regimiento de caballería y como si en lugar de una vida hubiese tenido diez, ha salido sano y salvo de todos los peligros sobre su caballo Sulima. Pero en un ataque furibundo Sulima es muerto y con la muerte del caballo amado entra la desesperación en el alma del joven. Quitada la vida, arbitrariamente al matador del equino y pierde su cargo

de comisario. Concluída la guerra, retorna a su ciudad; es su desastre espiritual. Y con mayor motivo, pues la vida de la ciudad está ahora en transformación, y nuevamente—como una bofetada a los soldados de la revolución—es una ciudad burguesa, la ciudad del llamado «Nepman» el hombre de la nueva política económica. Mitka se abandona al peligro. Un incidente le lleva a la cárcel, donde conoce a ladrones y bandidos y bien pronto conviértese en uno de sus cabecillas. Pero Mitka es un hombre cuyos ojos brillan claros y puros; los buenos sentimientos no han muerto en él y se aturde con el alcohol. Un día, el destino lo impele a robar la valija de una extranjera, que resulta ser una hermana suya, a quien no ha visto desde la lejana infancia, la cual, fugada de la casa paterna para evitarse malos tratos, después de haber vagado como una piltrafa, ha sido recogida en un circo ambulante y se ha hecho célebre. Todo esto Mitka llega a saberlo por la confesión de la propia hermana, por él buscada, luego de haber hallado en el fondo de la valija una fotografía en que él y su hermana Tatiana, niños entonces, juntos aparecen retratados. Los recuerdos transportan a Mitka hasta su infancia y con ella a la imagen de Masa, la bellísima muchacha que no ha comprendido su huída, y por modestia y por orgullo juntamente torna a sentir herido su corazón. La historia de Masa, en esos años, no ha sido menos triste que la suya. Violada por un bandido, Aguei, buscado por la policía, háse convertido en su compañera: igual cosa era para ella seguir con Aguei que arrojarse a un torrente. La vida de la joven con el bandido es una pesadilla. El análisis de sus sentimientos, luchando entre el impulso a reaccionar con audacia ante esa vida que tan cruelmente la ofende y la desesperación por todo cuanto ha perdido, es digna de un insigne escritor. A la sazón Mitka y Aguei se encuentran en sus empresas de rapiña: en este encuentro patentízase la diferencia entre el ladrón y el pillo por necesidad, como Aguei y el que ha llegado a tal situación por rebeldía, como dice el mismo Aguei acerca de Mitka. Aguei es, por lo demás, un verdadero anormal: un cínico, como lo demuestra el último episodio, cuando escribe una carta a su viejo padre manifestándole su arrepentimiento y el propósito de volver al buen camino, y en cambio hácele presenciar su propia muerte en un encuentro con la policía que intentaba arrestarlo. El contraste pintado por el escritor resulta eficacísimo y fuerte: es el estudio de los sufrimientos de Mitka que ha llegado a ser delincuente por las vicisitudes exteriores de la vida y no por instinto. Su sueño de mero revolucionario fué desvanecido por la realidad mezquina del fracaso de una revolución pura y su protesta resulta simbó-

lica como índice de la derrota de los mejores espíritus. Hay, también aquí, una importante documentación, pero de carácter psicológico, que no semeja a la de índole social de la novela precedente. La libertad, que es redención, ha de advenir sólo tras de una terrible enfermedad que tiene a Mitka mucho tiempo al borde de la muerte, y que una vez curada le permitirá volver a la «tierra».

Es éste tan sólo el esqueleto de la extensa novela, en la que numerosos episodios y personajes muy diversos dan una característica francamente épica de la revolución transformada por la «Nep». Leonov es un novelador seguro de sí mismo, de su arte y de su vida; la escena de orgía en la que nos presenta a Mitka y al campesino Nikolka, quien arrastrará a la ruina a la pobre Tatiana, la dulce y desventurada hermana de Mitka, muerta de resultas de una caída en el circo, es de una eficacia extraordinaria. En ese ambiente los hombres miran con ojos turbios, como a través de un velo espeso, tras el cual ellos buscan la verdad acerca de una mañana que no promete nada de bueno y que no obstante seduce. En la taberna pretenden alejar el instante fugaz que les llevará a lo inevitable, pero sienten en su corazón angustiado que solamente un fracaso puede librarles de la irresistible caída cercana.

Todo el valor real de esta pintura psicológica de la vida rusa de aquella época fué demostrado posteriormente por el ejemplo del joven poeta Esenin, quien después de experiencias y desencuentros trágicos, se mató en la flor de la vida, luego de haber anhelado volver a la paz de sus lugares nativos.

Artísticamente Leonov, que como autor de *El fin de un miserable* reconocíase discípulo de Dostoiewsky, con su último trabajo no solamente confirmó cuanto observara Voronski a propósito de *Los tejones*, es decir, que la literatura clásica rusa no había dicho aún su postrera palabra, sino también algo más importante, o sea: que si la literatura rusa quiere vivir, ser arte y no tan sólo instrumento de propaganda político-social, debe proseguir, adaptándola a los tiempos nuevos, la magnífica tradición de la literatura rusa del siglo XIX.—HÉCTOR LOGATTO.—(Profesor de Literatura eslava en la Universidad de Nápoles).

(Traducción de A. E. T.)

## UN DICCIONARIO DE LA LENGUA DE LOS APACHES

VISITANDO A EMILIO CHAUTARD, OBRERO TIPOGRÁFICO, EL LITTRÉ DEL ARGOT

(París, 1933)

**E**S corriente decir que los hombres se conocen hoy mejor que antes, y que los medios rápidos de comunicación entre las naciones han multiplicado las relaciones entre los pueblos vecinos, y aun entre los lejanos. ¡De cuántos errores no es causa ese sofisma! Para darse cuenta de ello basta leer, en Alemania, en Estados Unidos o bien en Inglaterra o Francia, las novelas inspiradas por España, esa biblioteca de innumerables españoladas.

Por el contrario, también, hay en el mundo gran cantidad de falsas visiones de París. ¡Cuánta gente de buena fe, visitantes serios, y turistas enemigos de lo falso pintoresco han recorrido un Montmartre de pacotilla, completamente fabricado por empresarios de viajes y de mentiras internacionales!

Debería haber habido en cada gobierno, no una oficina de difusión, sino de control del turismo. Verdaderos crímenes son los cometidos por esos falsificadores del alma, de la civilización, del arte y tal vez aun de lo que es más sagrado, las costumbres de un país. Por no haberlo hecho y por haber respetado una sedicente libertad de mercaderes y arrendadores de piezas amuebladas, los visitantes extranjeros de tal o cual nación se han hecho una idea errónea del país al cual los llevaba una simpática curiosidad.

Lo que hay de peor en el caso de Montmartre y de todas las ciudades que han conservado una vida local popular especial, es que la apariencia era fácil de obtener si se trataba de apresurados visitantes, en cuanto es posible tergiversar la realidad. Pero Montmartre no está a la altura de una creación de estudio de cine! Sus callejuelas y jardincillos, sus bares ambiguos, sus malos garzones y cantidad de mujeres libres que no consienten en «trabajar» sino para subvenir a las necesidades de un explotador, toda esa rara población existe en carne y hueso, recargada de color, con sus leyes muy suyas, con su pasado que raramente tiene que ver con la gran Historia y cuya importancia de geogra-

fía humana se ha mantenido en una ciudad de varios millones de habitantes.

Esa unidad social, esa casi célula etnológica y, podría decirse, ese pequeño pueblo diseminado, por sus ramificaciones, en el conjunto de los otros parisienses, esa Francia excepcional ha tenido ya biógrafos, poetas, novelistas y, en suma, toda una literatura.

Ello, si nos situamos desde el punto de vista exterior, para ir hacia el secreto de esa célula. Todos los transeúntes por los curiosos barrios de Montmartre han sabido, a pesar de la rapidez de su visita, adivinar que existían allí un barrio y una vida irregulares. Pero faltaba la clave. Si desvergonzados «cicerones» pudieron conducir a sus clientes a tugurios donde apaches teatrales simulaban una vida prohibida, ello quiere decir que las costumbres de las gentes vagabundas son fáciles de imitar. Pero la gran barrera entre la gente decente y la otra, es el lenguaje.

Los verdaderos ladronzuelos, los verdaderos rufianes, las auténticas «minas», en Francia, siempre han hablado argot. La inmensa literatura cuyos héroes son golfos—y que hoy cuenta a la cabeza a Francis Carco—no nos daba sino algunas frases transparentes de esa habla secreta.

Pero ahora ya tendremos el Diccionario del Argot.

---

He ido a visitar al autor de ese extraño trabajo de filología canallesca. Es un obrero tipográfico, Emile Chautard. ¡Admirable París donde uno jamás termina de asombrarse! En la más estrecha calle del centro de la ciudad, obstruída por rollos de papel de imprenta, se halla la famosa Imprenta de la Media Luna, que imprime quince diarios al día. Allí, entre un vapor de plomo, una polvareda secular, y el olor a tinta y a engrudo reciente de los telegramas de prensa, los hombres trabajan duramente. Pero cantan. Cambian entre ellos designaciones y palabras que los patrones no siempre comprenden. El argot está aquí en tierra propia. Hallo a un obrero de 56 años que interrumpe de componer en la linotipia un artículo de actualidad y me dice modestamente:

—¿Cree usted en verdad que esta cuestión tan parisiense pueda interesar a los americanos?

—Precisamente, porque se trata de París.

He vencido la resistencia de aquel solitario. No tengo más que anotar sus confidencias.

—Se concede, vea usted, al mismo tiempo mucha y poca im-



portancia al mundo de los bajofondos. El existe, pero no tiene ninguna pretensión imperialista. Vive para sí, y si a veces está en dimes y diretes con la justicia, es al fin en defensa propia.

Yo participo a mi obrero, maestro en el habla de los apaches, de la decepción que me ha producido la gente mundana que entre una y tres de la mañana van a los Halles (los mercados) a cenar entre pobres héroes que tiritan de frío, sin papeles de identidad, tan lamentables residuos humanos que hasta la misma policía ha renunciado a vigilarlos. Hablan y viven junto a gente de gorra y sin cuello almidonado, de overol o delantal. Nada los distingue de un artesano, de un obrero de trabajo ensuciador. Y la gente en traje de etiqueta y de smocking se asombra de que los miserables y los pseudo-trabajadores hablen el mismo lenguaje.

—¡El argot! Yo no lo he descubierto, menos aun inventado. Pero desde hace cuarenta años, muchacho de París habituado a manejarlo, sea porque entre los obreros es gusto cambiar términos que el jefe no entiende, sea por haberlo oído siempre, o por curiosidad, el hecho es que hace cuarenta años que estudio ese lenguaje. . .

—Según usted, desde el siglo XIV, desde las obras de un Estaquio Deschamps, o más antes, desde Villon, el famoso poeta pillastre que hubo que enviar a galeras, el argot evoluciona, pero no ha desaparecido. . .

—Exacto, señor. Yo adoro el argot. Es la gran fuente poética el crisol donde la lengua se renueva, la fábrica de palabras nuevas, de expresiones inéditas.

—En resumen, el escritor y, después de él, el hombre de mundo, van al bajopueblo a buscar elegancias nuevas, o snobismos, maneras de hablar, como se va en España a la Bombilla a buscar nuevos bailes?

—Cuanto al baile, no sé. En los «bals-musette» (bailes de apaches) donde los mocetones llevan gorras y cuchillos en el bolsillo, donde los revólveres salen a relucir por un sí o por un no, es ahí donde se cambian entre la gente del «ambiente» y los extranjeros, admirables palabras, forjadas o más bien nacidas espontáneamente de la garganta del pueblo. Vea usted. . . (El señor Chautard me entreaire un primer cuaderno, donde yo leo expresiones recogidas con paciencia benedictina por mi interlocutor). He tenido el valor de clasificar las palabras y las frases de los que hablan argot según los momentos de sus vidas. He aquí todas las expresiones relativas al nacimiento, al niño, a su crianza, a su primera educación. Sobre el primer cigarrillo podría decirle a usted cosas divertidas. Se llama «Saint-dome» al

tabaco por que antes venía de Santo Domingo. En Alemania se habla de Nazis. Eso viene de «nez» (nariz), y yo le podría citar toda una serie de palabras apaches sobre esa base argótica. Así, pues, Hitler habla argot! . . .

Se me aparece un mundo nuevo. Se podría decir que la literatura más viviente de Francia se contacta, de lejos o de cerca, con el argot. Tanto los viajeros como el caballero de Assoucy, hasta un académico como Littré, pasando por Montaigne, Rabelais, Hugo, Richepin, todos los escritores que se fijaron en el pueblo y quisieron dar nervio a su estilo, han adoptado palabras del argot.

—He aquí un segundo cuaderno. Aquí consigno cómo viven los presidiarios y prisioneros, hombres y mujeres. He aquí un tercer legajo: cómo aman esas gentes rechazadas por las leyes establecidas, para hacer las suyas; cómo permanecen fieles; cómo se explotan y se odian. ¡Oh, las extrañas palabras que dicen en Saint Lazare, la famosa prisión de mujeres de París, o en los lugares de deportación! Cómo se comunican por un alfabeto sonoro en las prisiones. . .

¡Las cartas sorprendidas en manos de los prisioneros son obras maestras de estilo! Un tubo de chimenea se llama «tirabuzón» porque los elementos se ensamblan uno en el otro. Un «metro» . . . eso quiere decir un franco, unidad monetaria! Todos los países han aportado su aluvión sintáxico a esa «gramática parda». El árabe con la palabra «nafha» ha dado «eau d'Affe» (aguardiente).

—¿No vendrá ello del catalán «aygue naf»?

—Tal vez. En todo caso, teniendo el Argot sus títulos nobles, se halla esa etimología en la literatura clásica, en Tallemant de Reaux! . . . Un amante joven se llama «Jesús». No «Tener ley» significa ser perseguido.

Durante una hora interrumpí el trabajo de la Imprenta de la Media Luna para escuchar el desfile de maravillas del vocabulario argótico.

—¿Qué piensa hacer con esas maravillas? Eso representa un trabajo enorme.

—Señor, voy a publicar «La Vie étrange de l'Argot» (La extraña vida del Argot), es decir, un diccionario de 1,000 páginas. Allí haré figurar todas las palabras de argot. Los malhechores conocerán de qué extrañas palabras de santo y seña se sirven para comunicarse entre ellos secretamente. Contaré también cómo se abandona a los niños. Tal como ese pobre que recogido por manos argóticas en San Juan de la Ronda, llegó a ser el famoso Dalember, el gran enciclopedista francés. . . Daré re-

producciones de tatuajes, ese argot de la piel. Fotografías de los útiles empleados por los ladrones, los vestidos de las mujeres, etc.

La lista de los elementos que nutren la renovación perpetua del argot es infinita. Me despido del señor Emilio Chautard, obrero impresor y autor de diccionarios, miembro de la Sociedad de Historia de París y de la Isla de Francia, que democráticamente vuelve a su linotipia a componer la redacción de un párrafo de crónica, del cual hubiera podido escribir el drama para su diario en auténtico lenguaje argot.

Su obra, editada por Denoël y Steele, contribuirá con un monumento más a la literatura. Pero sobre todo, será un guía del París prohibido, del verdadero París apache, el mezclado de sangre, lágrimas, sufrimientos y prisión, el que no ven los turistas apresurados... ni los parisienses caseros y perezosos.—  
ADOLPHE DE FALGAIROLLE.

(Exclusivo para «Atenea». Trad. directa de N. A.)

## LA VERDADERA HISTORIA DE DIANA DE POITIERS

**D**IANA de Poitiers nació el 31 de Diciembre de 1499. De noble ascendencia, llamábase señorita de Saint-Vallier, en razón del dominio de sus antepasados. De niña había estado al servicio de Susana de Borbón, a cuyo lado aprendió buenas maneras y practicó el latín, a la vez que cultivó su afición natural por las lecturas y por las bellas artes. A los catorce años casó con un hombre treinta años mayor que ella, feo, jorobado, si bien de alta situación en el reino; con el Senescal de Normandía, Luis de Brézé. Diana pasó a formar parte así de la Corte de Francisco I y constituyó allí un verdadero adorno. Nacida en el último suspiro del siglo XV, conservó ciertos aspectos tradicionales y tomó con alguna reserva las modalidades del nuevo siglo y del nuevo estilo de Corte implantado en Francia por el primero de los Valois.

Debido al cargo de su marido, Diana de Poitiers tuvo su residencia oficial en Rouen, en el Castillo de Bouvreuil. Aquí secundó las labores sociales del Senescal. El la adoraba y guardábale ella toda suerte de consideraciones. Por lo demás, cuando Diana apareció en la Corte, no había desenvuelto aún la esplendidez de su hermosura, ni llamaba la atención como mujer ga-

lante. En un famoso álbum de grabados de la época, debajo de cada uno de los cuales escribió el rey de su propia mano el juicio que le merecían las damas de su círculo, Francisco I estampó esta frase bajo el retrato de la Gran Senescala: «Bella para ser vista y honesta para ser frecuentada». Sin embargo, se ha dicho con insistencia que Diana tuvo amores con el futuro vencido de Pavía. Hasta Michelet lo ha afirmado, pero es error. Pudo ser así, en verdad, pero la inclinación natural de su temperamento aproximábala a la intimidad de la reina,—buena y casta,—antes bien que a la del rey galante. Diana no era todavía la gran *vedette*, afirma Jeanne d'Orliac.

El año 1531 tiene grande importancia en la vida de Diana de Poitiers y en la equivocada reputación de que ha gozado. Sorprendido su padre en un complot político, obtuvo ella el perdón regio para el señor de Saint-Vallier. Perdón interpretado a su guisa por las malas lenguas, ya que es fama de que la hija ganó dicha gracia a cambio de determinadas complacencias. Ha llegado a decirse que Francisco I aspiró entonces la flor de la virginidad de Diana. El «Journal d'un Bourgeois de París», afirma que son de ella diez y siete cartas anónimas y sin dirección que se han encontrado entre papeles viejos; cartas que pudieron ser escritas por cualquiera otra dama de la época, así como dedicadas mentalmente a cualquiera otro caballero que no al rey... A mayor abundamiento, Diana era ya madre cuando obtuvo el indulto de su progenitor. Gaillard, en su «Historia de Francisco I», coloca tales hechos en el sitio que les corresponde. Hace pensar respecto a la Senescala que su situación de esposa de uno de los funcionarios más importantes del reino, su antigua devoción por la reina y su frecuentación amistosa de la Corte, bien podían dar a Diana influencias bastantes como para salvar de la horca al señor de Saint-Vallier. Y es evidente que sí.

Hasta 1531, año en que falleció el Gran Senescal, Diana compartió la existencia de su marido sin que entre ellos surgiera la más ligera sombra, no obstante que el destino venía preparando agazapado la novela de que ella y Enrique II debían ser protagonistas. En efecto, el 31 de Marzo de 1518 había nacido el segundo vástago de Francisco I. Pero como Diana contaba ya más de diez y ocho años, era imposible imaginar el desarrollo milagroso del romance futuro; máxime cuando el propio príncipe, a causa de no ser el primogénito de los llamados «hijos de Francia», no estaba destinado a actuar algún día como rey. ¿Podía ella prever así el porvenir que la esperaba?... ¡Imposible!

En 1526 Diana de Poitiers acompañó a Luisa de Saboya,—

madre de Francisco I—, a la frontera con España, a despedir a los hijos del rey enviados prisioneros a Madrid en rescate de su padre. Enrique contaba siete años solamente y partió al extranjero bañados en lágrimas los ojos, alargando hasta el postrer momento sus débiles abrazos hacia un cuello amigo del cual costábale desprenderse: hacia Diana de Poitiers, que fué la última en besarle en nombre de las mujeres de su tierra. Cuatro años más tarde, regresaron los jóvenes príncipes a Francia, en medio de serie no interrumpida de festejos, y acompañados de la nueva reina, Eleonora de Austria. Y a pesar de que Enrique era niño todavía, el público asistente a un torneo en que los príncipes lucían los colores de su dama, comprendió la intención del entonces Duque de Orleans al lucir ostensiblemente sobre su pecho los colores de Diana de Poitiers: el negro y el blanco. Ella tomó la galantería como prueba de reconocimiento por su actitud maternal en el momento de la partida a España; pero la Corte estimó que ello constituía nueva prueba inequívoca de las pasiones que las mujeres de treinta años suelen inspirar a los muchachos. . . . Como Luis de Brézé murió luego de eso, en 1531, Diana de Poitiers no alcanzó a ser infiel a su marido. Parece que ni siquiera con el pensamiento.

Y de muerto supo honrarle. Hasta hoy puede admirarse en la Catedral de Rouen la magnífica tumbaalzada por Diana en homenaje al Gran Senescal. Atribuída a Jean Goujon, constituye una joya del Renacimiento. Es de mármol negro y alabastro. Y, a la derecha, queriendo indicar la eterna vigilancia de su recuerdo, está la figura doliente de la viuda, expresado todo ello en una inscripción desolada. Además, en su dominio particular de Anet, Diana erigió una estatua en honor de Luis de Brézé, fuera de que desde entonces nunca abandonó los colores de su preferencia, adaptados ahora a su duelo: el negro y el blanco, legendarios. Pero no pensó, naturalmente, en sepultarse con el difunto. Por el contrario, puede decirse que a raíz de la viudedad comenzó para ella la verdadera vida.

Empezó por firmarse Condesa de Saint-Vallier. Tenía treinta y un años. Estaba en la plenitud de su belleza y en posesión de libertad absoluta para exponer su cultura y sus talentos. ¿Trató desde entonces, como suponen algunos, de poner en práctica los planes que han de llevarla al triunfo total de sus ambiciones? . . . Por muy hábil que fuera, érale imposible prever su propio porvenir. Desde luego, repetimos, Enrique tenía un hermano mayor, futuro rey, que malquería a Diana. Enrique, a su vez, no era bienquerido por su padre, a causa de su carácter melancólico,—¡tan distinto al de Francisco I!—y a causa

de su parecido físico con la tímida Claudia de Francia. El predilecto era el primogénito, heredero del trono, así como también del nombre, y del brillo, y de las maneras del rey. Cuadro de familia era éste que tomaba caracteres de tragedia; menguada situación la de Enrique, situación que influyó en la creciente simpatía de Diana por el príncipe, a la vez que la simpatía maternal de ella atraía fuertemente a Enrique. Para que el diablo soplara no faltaba sino que el Duque de Orleans se hiciera hombre... Y llegó ese día cuando la de Poitiers era aún mujer tentadora. Puede decirse, pues, que estrecharon sus cuerpos después de haber convivido en espíritu.

¿Cuándo convirtiéndose en amor liso y llano esta amistad sentimental? ... No se sabe a ciencia cierta el año, pero existe un manojito de versos escritos por la propia Diana en 1533, en los cuales deja ver ella una pasión y la satisfacción inmensa de sentirse amada... Mas, como los romances bellos de entonces eran tronchados en flor, he aquí que comenzó a maquinarse el matrimonio de Enrique con Catalina de Médicis, sobrina del Papa. Ambos lucharon con toda su alma contra la presunta enemiga. Pudo, más, sin embargo, la razón de Estado y su único consuelo consistió en estrecharse más y más. Parecía que con la sabiduría de su amor desafiaban la ignorancia de la virgen extranjera, de la viajera que llegaba a Francia trascendiendo a olores de sacristía italiana, y terminaron por aceptar con indiferencia desdeñosa que Catalina se intercalara materialmente entre sus vidas. Materialmente, porque espiritualmente, Catalina no tenía opción alguna.

Catalina llegó a Marsella conducida por Clemente VII, en la escuadra de Andrés Doria, saludada a su arribo por descargas. La galera del Pontífice, cubierta de brocato, venía precedida de la galera capitana, que cargaba el Santo Sacramento. Clemente de Médicis fué recibido por los grandes dignatarios de la Corte y atravesó la ciudad acompañado de un respetuoso cortejo de damas y de señorones. El propio rey, Francisco I, arrodillóse a los pies de Su Santidad. El 28 de Octubre de 1534 tuvo lugar la bendición nupcial, acordada por el Papa. La misa fué oficiada por el Cardenal de Borbón y en la noche hubo banquete seguido de baile. Una mesa fué presidida por Clemente y por la reina Eleonora; otra, por el rey y por Catalina; y una tercera, por Diana, acompañada de las damas de la Corte. Como es de presumir, Diana eclipsó a Catalina, cuya belleza no era de gusto general.

Catalina entró a Francia en momentos difíciles, en plena insinuación de divisiones internas cuyo aspecto era religioso y

cuyo fondo era de carácter social. Inteligente y hábil para la intriga, ganóse la voluntad del rey y la de la Duquesa d'Estampes, favorita real de turno. La de Médicis cazaba, tiraba al blanco, y la Corte entera ponderaba la perfección de sus manos y de sus piernas. Pero comenzó desde luego su política internacionalista, si así pudiera decirse, provocando,—por reacción—, el alzamiento del nacionalismo, que tenía un poderoso porta-estandarte en Diana de Poitiers. Dentro de una lucha sin cuartel en cuanto a ideas y a sentimientos, frecuéntabanse ambas mujeres como las mejores amigas del mundo, ya que la Condesa de Saint-Vallier había sido encargada nada menos que de instruir a Catalina en los hábitos de la Corte. Esta llega a halagar a la predilecta de su marido y ninguna permite que se transparenten la sombra de un sufrimiento, ni un ribete de despecho. Admirable política la de ambas.

En 1536 murió el Delfín, de modo misterioso y audazmente interpretado a favor de la eficacia del veneno italiano... Y Diana continuó junto a Enrique, sobrevenido heredero del trono. Y aunque él, tuvo un momento de infidelidad, a consecuencias del cual nació la llamada «Diana de Francia», la favorita no se alejó. Tomó en sus brazos a la criatura rechazada por su verdadera madre y la mimó y cuidó como a las hijas de su carne. Actitud fué esta que aproximó aún más a los amantes... Enrique quiso legitimar a la niña y hacerla pasar por hija de la Condesa de Saint-Vallier. Pero ella respondió, orgullosa: «Yo había nacido para tener vástagos legítimos de Vuestra Señoría y no para sufrir la afrenta de que el Parlamento me declare concubina oficial del Delfín». Diana de Francia, fué legitimada por Enrique, pero el nombre de su madre quedó en el misterio...

En la misma época surgió un problema anexo, importantísimo, Catalina parecía estéril y se hablaba de repudiarla, de reemplazarla por otra princesa más apta para el matrimonio y sus consecuencias. ¡Por otra! ¡Qué de zozobras para los amantes... La otra, la que viniera, ¿sería tan dócil o... tan astuta? ¿Transigiría con su plaza secundaria?... Catalina, por su parte, comenzó a hacer todo género de esfuerzos para concebir, yendo de la ciencia a las oraciones, desde los talismanes a la magia, hasta que, al decir de un cronista acaso bien informado, fué de Diana de Poitiers de quién partió la receta infalible: permitió que Enrique durmiera con su mujer... En efecto, en 1542 nació Francisco y tras él, sucesivamente, vinieron al mundo, Isabel, Claudia, Carlos, Enrique, Margarita y un nuevo Francisco.

Diana no descuidaba, en el intertanto, su influencia política, orientada siempre hacia el nacionalismo, hacia el orden y la se-

riedad, sin olvidar, por cierto, sus buenas relaciones entre los humanistas: Erasmo, Postel, Campanella, Morus, eran de su tertulia. Y no cerraba los ojos, tampoco, ante los enemigos, hasta que como en 1547 murió Francisco I en Rambouillet, los enemigos de Diana cambiaron sus blasfemias en palabras de adulo. Ella había llegado a ser «la reina de la mano izquierda».

Enrique II recibió un reino deshecho en lo económico y muy agitado en lo espiritual. Fué herencia harto difícil de administrar la suya. Sin embargo, salió brillantemente del paso, ya que hasta la gloria del Renacimiento hízose tangible sobre su frente. Este rey aparece un tanto eclipsado ante la historia, por el esplendor del reinado de Francisco I. El padre fué un gran artista, mejor artista que rey. El hijo fué rey ante todo, sin descuidar el desenvolvimiento cultural suyo ni el de su pueblo.

Su primera actitud en cuanto rey dió pruebas de la independencia de su carácter. Como pidiera los ornamentos de que debía revestirse en el momento de ser consagrado y los encontrara envejecidos, ordenó la confección de otros, considerada la siguiente reforma: que el tema de los bordados fueran las dos D mayúsculas legendarias, unidas por la inicial de su propio nombre... El, el conservador, el tradicionalista, el luchador contra las libertades protestantes; él, el reaccionario ante la herencia un tanto escandalizadora de su padre, tuvo la audacia de presentarse a su pueblo ofreciendo el espectáculo de la verdad de su corazón.... Era todo un hombre. Diana, sonriente, aceptó el homenaje.

Inmediatamente después de consagrado, comenzó Enrique la visita a través de las diversas provincias de su reino. Diana fué de la comitiva. Encantada con Chenonceux, a las márgenes del Loira, el dominio fuéle obsequiado por su real amante, con el Castillo anexo

En 1548, Diana pasó a ostentar el título de Duquesa de Valentinois. Casó a sus hijas con los más brillantes partidos de Francia. Era poderosa y, a pesar de ello, querida y admirada por todo el mundo. María Estuardo, que vino de Inglaterra a casarse con el futuro Francisco II, detestó a Catalina y adoró a Diana. Belley, Ronsard, Buffet, es decir, los poetas, inventaron adjetivos que aplicar a la Duquesa. Francia entera se asoció a su dilatado idilio con el rey. Y nada importa que esté próxima a los cincuenta años, ni que sea abuela; no procura engañar ni engañarse acerca de su edad y Enrique II distinguióla hasta el último momento con consideraciones tales como mujer alguna,—



reina o favorita—, haya podido alcanzar jamás. Su inteligencia planeó sobre todas circunstancias y su don de conceder fué realmente principesco. Se le conoció un solo acto de inflexibilidad: el alejamiento de la Corte a que obligó a la Duquesa d'Estampes. ¿Rencor de mujeres?... ¡No! La Duquesa había ido muy lejos, llegando a confundir sus ambiciones personales con los intereses de la Francia; más aun; sacrificando los segundos a beneficio de los primeros. ¡Era ello demasiado para un corazón tan francés y tan devoto de la reyecía como era el corazón de Diana!

A Diana de Poitiers se ha reprochado que supo enriquecerse y enriquecer a los suyos. A otras favoritas, a aquellas que salieron de los brazos reales, ora endeudadas, ora en la miseria, se les ha censurado la falta de previsión... ¿En qué quedamos?... Por lo demás, el lujo de que supo rodearse Diana fué más allá de un esplendor egoísta: compartiólo pródigamente y honró así a su rey, que fué magnífico con ella y que nunca cesó de animarla a rodearse de marco digno de ambos y de su grande amor. El castillo de Anet pasó a ser un verdadero templo de Diana. Suntuoso, todo lo más admirable que se quiera, pero ello no fué obra exclusiva del dinero. Hay que contar también con que la Duquesa de Valentinois, fué eminentemente artista; artista por instinto, por cultivo y por contagio del medio ambiente en que le tocó actuar. Y como supremo adorno de su propia residencia estuvo ella, elegante y hermosa hasta el último suspiro. Tanto, que nunca pareció ridículo el lema extraordinariamente audaz que adoptara en su juventud: «Vencedora del vencedor de todos». Jeanne d'Orliac se pregunta: «Este vencedor de todos, ¿es el rey, es el amor, es el tiempo?» Podría ser cualquiera de ellos, si no los tres reunidos.

Las cifras D y H entrelazadas han dado origen a reiterados comentarios, sobre todo porque Catalina continuó haciéndolos estampar después de la muerte de Enrique y aún después de desaparecida también Diana. Parece que la reina no quiso atribuir su verdadera intención al uso de tales iniciales y prefirió rendirse, como quien ignora el fondo de lo que hace, a una costumbre que fué tomando caracteres en ley. En el Louvre, cuya reconstrucción emprendió la favorita; en Blois, en Amboise, en Chenonceaux, en Anet, las iniciales D y H son el principal elemento decorativo, el leit-motiv que se repite y se repite, eterno testimonio de un amor que no conoció la hipocresía.

Sólo la muerte pudo poner fin a esta novela. Inmediatamente que Enrique II falleció a consecuencias de cierta herida recibida en un torneo—el 10 de Julio de 1559,—hízose sentir la venganza de Catalina sobre Diana de Poitiers. Antes aun de que

el rey expirara, la reina reclamó las alhajas de la Duquesa. Y luego quiso arrebatarle el Castillo de Chenonceaux; pero como éste había sido acordado legalmente a la favorita, Catalina no pudo obtener más allá que cambiárselo por el de Chaumont, propiedad que la reina detestaba en fuerza de los recuerdos que le traía: los misteriosos conjuros a que en él se había dedicado, secundada por Ruggieri el astrólogo y por Nostradamus, el agorero... Diana se vió obligada, pues, a ceder una de las residencias que más amaba, a decir adiós al Castillo ensoñado, que, echado como un cisne sobre el agua,—el río Cher,—recordábale las horas más intensas de su felicidad, aquellas en que recorriera los bosques, cual verdadera Diana Cazadora, dominando el arco y la flecha propios de la diosa cuyo nombre llevaba, y perseguida por otro Dios, por Enrique, Dios único de sus amores...

En el Castillo de Chenonceaux—actual propiedad del chocolatero Menier,—puede ser admirado hasta ahora el retrato que a la favorita hiciera Primatice, encarnando a la Diosa de Efeso, cuya imagen supo confundir Diana con la suya propia. Siguiendo tal tendencia, la decoración del Castillo de Anet es tomada también de la mitología y adaptada a la Duquesa de Valentinois; y de las pinturas paganas que los italianos concibieron en Fontainebleau para encantar los ojos de los príncipes del Renacimiento, consérvase en el Louvre una Diana—en la sala consagrada al siglo XVI,—en la cual el artista ha querido reproducir a la Duquesa, prestándole la elegancia de la Diosa y aun la del Apolo del Belvedere, unida a la largura de formas que daba Jean Goujon, a las figuras. De este artista es seguramente también el grupo escultórico conocido bajo el nombre de «Diene au Cerf», existente en la Sala Jean Goujon, del Louvre; grupo que proviene del Castillo de Anet; donde decoraba una fuente, y que constituye otro himno alzado a la influencia de la favorita en las artes de la época; influencia que determinó un verdadero recrudescimiento del culto a la Diosa antigua. De Jean Goujon son a su vez las tres estatuas que sirven de pedestales a la célebre escalera de Francisco I en el Castillo de Blois. Personifican la paz, la amistad y la juventud, y ya no son la confusión de la realidad con el mito, o sea, homenaje a la favorita escudado y disimulado en la renovación del culto por la Diosa, sino homenaje descarnado a la amada de Enrique II. Personalmente sirvió Diana de Poitiers de modelo para dichas estatuas.

La existencia de tales figuras en la escalera de Francisco I ha servido a algunos escritores para juzgar los hechos por el aspecto, a la ligera, y de allí han tomado pie para afirmar que Diana fué amante del padre y luego del hijo. Argumento es

éste que cae por su base si se piensa que Jean Goujon, autor de las cariátides y artista protegido, efectivamente, por Diana, nació en 1515, o sea, el mismo año en que Francisco I subió al trono. Y aunque este rey haya gobernado por espacio mayor de treinta años, Jean Goujon, no alcanzó durante el reinado de Francisco I el desenvolvimiento máximo de su genio. Tal desenvolvimiento coincidió con el auge de Diana y ambos hicieron en la misma época,—si bien por caminos diferentes,—su avance hacia la posteridad. Fué Enrique II quien encargó a Jean Goujon la glorificación de Diana, en tres de los aspectos que ella encarnaba admirablemente: paz, amistad y juventud... a la vez que la glorificación de su cuerpo.

Si el físico de Diana no fué el tipo ideal de la época, a lo menos fué el tipo idealizado. Se sabe que era morena y en las pinturas que hicieron de ella tiende a blonda. Se sabe que era metida en carnes y los escultores la han estirado las piernas hasta dejarla apta para que hubiera podido correr, efectivamente a través de los bosques... ¿Halago a su situación de favorita?... ¿A sus larguezas de Mecenas?... En parte, sí; pero, en parte no menor, resultado de la mistificación a que con su talento fué arrastrando a todo el mundo: quiso ser la resurrección o reencarnación de la Diana de Efeso, y lo logró.

Muerto Enrique II se retiró Diana de la Corte e hizo una vida retirada, dedicada a su familia y a la defensa de sus intereses. El 25 de Abril de 1566, murió, todavía hermosa, precursora de Ninon de Lenclos... Sin meditar, la posteridad la ha juzgado de reojo, como a una cortesana desvergonzada. Y no hay tal, pues fué una gran mujer, sometida a la gloria envidiable de haber inspirado y de haber sentido un amor inmenso.—  
E U G E N I O L A B A R C A.

## TOPICOS AMERICANISTAS

(LA CULTURA DEL PORVENIR)

**¿CÓMO** será en América la cultura del porvenir? ¿Qué fisonomía tendrá? ¿Cuáles serán sus principales características?

La historia no es el azar indócil a toda previsión. Se puede preveer el sentido típico de lo que sobreviene, anticipar el perfil general del próximo futuro. Por eso mediante el examen de nuestra realidad, es posible arribar a determinadas conclusiones.

La reflexión puede acercarnos y hacernos ver los moldes en que ha de vaciarse la cultura del porvenir. El presente que es un estado de concepción va acompañado de manifestaciones que pueden indicarse por lo mismo que se manifiestan y son realidades

### 1. REIVINDICACIÓN DE LOS VALORES ESPIRITUALES

Lo que en América principia, por lo que se manifiesta en primer término, es una reivindicación de los valores espirituales.

Las fuerzas espirituales han encontrado en América, un magnífico hogar. El anillo de sus fronteras, es para América, más que un anillo material, más que una diversidad geográfica. No es solamente una zona diversa desde el aspecto físico; es una modalidad de espíritu. Somos diversos de los demás, por ser nosotros entre sí uniformes en líneas principales. Los primordiales rasgos, los más característicos, nos hermanan haciéndonos diferentes de los otros grupos que existen sobre la tierra.

En esta América el vigor subconciente, promesa de lo espiritual de más tarde, es recio. Una enorme fuerza subconciente pugna debajo de nuestras manifestaciones formales. Fuerza germinativa, potencia creadora.

Los bienes espirituales se aprecian aquí mejor que los bienes materiales. No se desprecian los materiales, pues no se trata de un *renunciamiento*, pero se estiman más los bienes espirituales. Los hombres de esta América parece que emprendieran una búsqueda de la felicidad por caminos espirituales. Más que todo, más que nada, se busca el espíritu, se anhela encontrarlo.

Después de un análisis detenido, se comprende que toda América es un intento de reivindicación de los valores espirituales, sin que nada acuse que pueda llegar más tarde a evadirse de esta misión. América se encuentra en la *necesidad* de realizar una obra espiritual. Hay necesidades espirituales como las hay físicas que no es posible evitar

### 2. IDEALISMO PURO

Como indicio de esa espiritualidad, a la vez que, como otro posible rasgo fisonómico de nuestro mundo cultural venidero, hay que considerar el idealismo puro que se manifiesta notoriamente en América.

Hay entre nosotros un profundo idealismo. Es un idealismo de entraña. Se alimenta de la sangre nuestra. No es un idealismo prestado, que llega saltando los mares en alas de tal o cual co-

riente política, de tal o cual credo. No. Es un idealismo que brota como el agua de una cascada: en estado de naturaleza virginal. Los idealismos que se produjeron en la historia como corrientes, son soplos que pasan por los pueblos (sin tener su raíz en éstos), seduciéndolos y adaptándose, haciendo abstracción de climas y lugares. Esos idealismos tienen sus fundadores y también sus continuadores, hasta que desaparecen superados por otros que vienen detrás. El idealismo que se presenta en América es un acto natural: crece como la planta en suelo y clima propios. No tiene un fundador. No es una corriente doctrinaria (puede ser sí, como lo ha sido, ambiente propicio para la vida de estas corrientes). El idealismo indoamericano es colectivo y espontáneo. (Ningún político podría atribuirse la paternidad). Surge de todos. Nace a la vez en todos. Hace su aparición como atributo de una raza de hombres. Y es América una comunidad de hombres idealistas.

En esta parte del mundo el hombre es naturalmente idealista y se mira como monstruo el materialismo. Se acepta como lógico lo idealista y se considera como incompleto lo ausente de idealismo y al ausente de idealismo

Norma de la razón del hombre indoamericano. Norma especial en que se sitúa. Cómo podría calificar en la categoría de lo fenoménico a un ser que naciese sin un órgano normal, el indoamericano señala como incompleto al materialista. Le falta el órgano normal de la idealidad que es común a todos ellos. Un hombre con idealismo será lo habitual para la imagen óptica de su conciencia, de su molde ético.

Este género de idealismo, que es naturaleza, es puro. Es un idealismo base. Es un idealismo ambiente. Por eso el indoamericano es acogedor de idealismos. Prenden muy pronto en América las corrientes y teorías nobles...

### 3. LA VEHEMENCIA INDOAMERICANA

Como otro punto con proyección hacia el futuro, también la vehemencia indoamericana reclama ser vista y puesta en catálogo como cosa de significado histórico. La vehemencia indoamericana es típica. Esta vehemencia nos caracteriza mucho. El indoamericano es substancialmente vehemente. De su vehemencia deriva, por otra parte, su inquietud.

Hombre de temperamento vehemente, el indoamericano es prematuro. Mientras que el yanqui, por ejemplo, es autor o político tarde; el indoamericano ha escrito obras, es político o pensador muy temprano. El indoamericano se prepara para reali-

zar todo en la primera edad. Y efectivamente lo hace así. A la edad de veinte años el indoamericano lanza proclamas políticas, mientras que el yanqui juega como un niño y mira la política como cosa augusta y lejana para él.

En tesis general, sin pretender exagerar el asunto, América es precocidad. Precoces son sus hijos, como exuberante es su paisaje, como grandiosa es su Naturaleza...

La vehemencia que trae consigo la prematuridad, denuncia, sin embargo, un estado de infancia. El indoamericano siendo prematuro es como el niño que anhela sentirse hombre y viste pantalones largos y fuma cigarros. Además es como el niño que demuestra determinadas tendencias que en otra edad lo conducirán en la vida.

Por otra parte, esa vehemencia es particularmente madera de artistas. El arte tiene en el temperamento del indoamericano una mina de insospechada riqueza. Y los artistas de todo género, como dice Vasconcelos, finalmente harán la América...

#### 4. LA VIDA

Tenemos que observar en último término que en América se da a la vida derecho de supremacía.

La obra final de Europa ha sido desalojar la vida para reemplazarla con la razón. Podría establecerse por esto una fórmula matemática así: Europa igual racionalismo. El racionalismo ha sido un ensayo para someter la vida a la razón. Y es un ensayo que ha dado fruto por algún tiempo, pero que al fin declara su bancarrota.

La cultura que ha forjado el racionalismo es del intelecto puro, carente de vida. Trátase, pues, de una cultura de la razón pura. Por eso es en gran parte artificial.

¿Por qué ha fracasado en esta América la cultura racionalista de Europa? ¿Por qué no ha dado frutos como se esperaba? Esta pregunta se ha hecho otras veces en el curso de estas páginas. Y ha tenido respuesta de acuerdo con otras razones. Pero es necesario responder aquí de acuerdo con una razón más.

El pensamiento y el arte de Europa, que son racionalistas, no han encendido en América un foco destinado a perdurar (como una resultante de Occidente), porque tropezaron con la vida que les ofreció una valla insalvable. La vida es espontaneidad. Y lo que de allá venía era lo artificial en ochenta por ciento. La adaptación se hacía, pues, imposible. La prueba es que lo occidental ha permanecido cubriéndonos exteriormente, mientras lo espontáneo, que era lo nuestro, se desarrolla por

debajo de un irrenunciable afán de vencer y ganar la superficie. Podemos decir por ello que, dentro de este aspecto, la cultura que se forma en nuestra América será aquella que someta la razón a la vida. La civilización occidental no ha tenido un sentido de la vida. América está hecha en cambio para la vida. La cultura que forje estará basada en ella. Somos por eso la antítesis de Europa. En Europa se ha hecho de la vida una especie de jurisprudencia o un postulado racional. De allí que se haya pretendido vivir para cánones racionalistas. Se puso rejas a la vida y afuera, sin contacto con la vida, se hizo esa civilización que parece una manufactura.

---

Ahora bien. ¿No será de estas fuentes que tendrá que derivarse la cultura del porvenir en América? ¿No será con la intervención de estos valores espirituales cómo América dará fisonomía a su cultura?...

Al concebir América los destinos de su cultura, tenía que presentar manifestaciones visibles. A través de éstas es posible alcanzar, mirando intensamente los resultados, el diseño de la cultura del porvenir. Lo que resta es tener fe en ese advenimiento.—SAMUEL RAMÍREZ CASTILLA.

# NOTAS Y DOCUMENTOS

## MEMORIA

DEL DIRECTORIO DEL INSTITUTO DE FISIOLÓGIA DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION POR EL AÑO 1932.

### I.—PERSONAL DEL INSTITUTO DE FISIOLÓGIA.

En el personal del Instituto de Fisiología no se produjeron cambios de importancia.

En reemplazo del señor Hernán Miranda, que continúa sus estudios en Santiago, se nombró como ayudante al estudiante de Medicina de la Universidad de Concepción, señor Hermenegildo Vega.

Como ayudante ad honorem se nombró a don Eduardo Morales, ex-estudiante de Medicina de la Universidad de Chile en Santiago, que continúa sus estudios en nuestra Universidad.

Además colaboraron los señores M. Sanhueza, B. Osnovikoff, Luis Ibieta y J. Mena, con trabajos relacionados con sus memorias de grado.

El personal del Instituto a fines del año 1932 se componía de las personas siguientes:

Director: Dr. Alejandro Lipschütz, Profesor ordinario.

Jefe de Trabajos Prácticos: Dr. Eduardo Viñals.



Jefe de Trabajos Técnicos: Emilio Poch.  
 Secretaria: Dagmar Staden.  
 Laboratorista: Gertrud Hempel.  
 Colaboradores en investigaciones, ad honorem: L. Ibieta, B. Osnovikoff, M. Sanhueza, Juan Mena.  
 Ayudantes: Guillermo Reyes y Hermenegildo Vega.  
 Ayudante ad honorem: Eduardo Morales.  
 Mayordomo: Remigio Henríquez.  
 Auxiliares: Pedro Campos y Guillermo Castillo.  
 Prestaron sus servicios como dibujantes la señora Ilse Henckel (dibujos en colores) y el señor Luis Arroyo (dibujos gráficos).

Con satisfacción especial el Director deja constancia de que el personal del Instituto es perfectamente estable, con excepción de los ayudantes-estudiantes y los colaboradores ad honorem, que por razones intrínsecas tienen que cambiar de año en año.

El personal, que casi en totalidad es nacional, ha cumplido con sus funciones en forma muy satisfactoria.

## II.—ENSEÑANZA.

La enseñanza siguió en el año 1932 los rumbos indicados en la Memoria precedente, esto es, se hizo cuanto fué posible para *relacionar de manera más estrecha el curso práctico con el ciclo de conferencias* y para dar a la enseñanza de la Fisiología el carácter de una enseñanza *individual*. Mención especial merecen en este sentido los cursos adicionales que se dieron para los estudiantes de la Universidad de Chile del 2.º año que continuaron sus estudios en Concepción, y los que se ofrecieron a los estudiantes santiaguinos del 3.º y 4.º año.

En la enseñanza de la Fisiología se ha insistido en todas las oportunidades que se han presentado sobre las relaciones estrechas que existen entre *la Fisiología*

y la Medicina. Tiene el Director la convicción de que conservando siempre el carácter científico de la enseñanza de Fisiología, es necesario insistir sobre estas relaciones entre Fisiología y Medicina, más que antes, estimulándose el interés de los estudiantes de Medicina para los ramos básicos y científicos al enterarse cuanto antes de que están estudiando cosas *médicas*. En la enseñanza de los dos primeros años de Medicina nunca debe olvidarse este momento psicológico que nos parece de suma importancia.

La *asistencia* a los cursos, como siempre, fué de lo más satisfactorio. Se hizo por primera vez un ensayo de *fiscalización* de los trabajos prácticos, teniendo el Instituto para cada estudiante una libreta que enumera los trabajos del curso, y anotándose la confección del trabajo. Tal control se reveló muy satisfactorio y desde el año próximo habrá una libreta impresa, entregándose un ejemplar también al alumno a quien servirá como guía para sus estudios de Fisiología.

Para facilitar la enseñanza de Fisiología, el Director decidió publicar un *Curso Práctico de Fisiología* en colaboración con el Profesor Dr. Jaime Pi-Suñer Bayo de la Universidad Católica de Santiago. «El Curso Práctico de Fisiología» resume la experiencia de casi 25 años recogida entre los estudiantes de Medicina de distintos países. Se confeccionaron, especialmente, con la ayuda muy eficaz del señor Emilio Poch y del señor Luis Arroyo, dibujante, una serie de nuevos dibujos muy instructivos para el «Curso Práctico», que está en preparación en la casa editorial de don Javier Morata, Editor en Madrid.

Se introdujeron en los trabajos prácticos varios nuevos experimentos, especialmente una serie referente a los reflejos de posición según *Magnus*.

Por desgracia, la enseñanza se ha interrumpido, como ya anteriormente, en el año 1931, varias veces por

los acontecimientos políticos en el país, con gran perjuicio para los estudiantes. Varios capítulos de importancia se pasaron con demasiada rapidez; otros capítulos como la Fisiología de las Sensaciones, se omitieron completamente en los años 1931 y 1932. En los últimos exámenes anuales un número crecido de estudiantes fué reprobado en Fisiología y entre ellos muchos que en condiciones normales de enseñanza seguramente habrían salido bien, tratándose con frecuencia de estudiantes bien dotados. El Director cree oportuno llamar la atención de las autoridades educacionales del país y de los estudiantes mismos, sobre la necesidad absoluta de mantener la enseñanza sin interrupción durante el año académico, que comprenda no menos de 6 meses y medio de trabajo intenso y concentrado, descontadas las vacaciones de verano y del mes de Septiembre. De efectos deplorables en este mismo sentido fueron también los días feriados demasiado frecuentes.

La ubicación del Instituto muy cercana a los otros edificios universitarios existentes (Escuela de Farmacia y Escuela Dental) ha facilitado no sólo la buena asistencia de los estudiantes, sino también el intercambio con los otros Institutos ubicados en los edificios mencionados. Se hizo sentir más que antes, por el crecido número de estudiantes, la falta de un auditorio, como también la de la calefacción central.

### III.—INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA

Como en los años anteriores, la investigación científica del Instituto de Fisiología comportaba de preferencia problemas referentes a la Fisiología Sexual, abarcando varios aspectos de este capítulo de dicha ciencia.

El señor *M. Sanhuesa* estudió el comportamiento

funcional e histológico de pequeños fragmentos testiculares en cuyes, con atención especial a la cuestión de la vascularización del fragmento. En comprobación de estudios anteriores se reveló que tal fragmento es suficiente para la masculinización completa, aun si la cantidad total de tejido testicular es tan pequeña que corresponda a no más de 0,4% del peso testicular normal. Las células intersticiales revelaron una hipertrofia franca, aumentando el diámetro hasta el doble.

El señor *E. Viñals* ha continuado los estudios sobre los trastornos experimentales del ciclo sexual en cuyes hembras. Se comprobó que el trastorno del ciclo no es debido a una causa local, no estableciéndose ningún trastorno del ciclo al hacerse la fragmentación unilateral y conservando el segundo ovario intacto. Tampoco se estableció trastorno del ciclo por fragmentación en animales operados en la edad infantil y observados por un período de 7 meses.

El señor *J. Mena* ha estudiado problemas iguales en la rata hembra infantil.

Se hicieron varios estudios sobre el problema de la pilosidad en relación con el sexo y la raza en Chile, habiéndose comprobado que entre los estudiantes de Medicina y Dentística la distribución «feminoide» de los pelos en la región frontal (*Stein*) y en la nuca (*Marañón*) es bastante frecuente y que de manera alguna está en relación con otros signos de hipogenitalismo.

El señor *E. Oliver Schneider* se ha encargado examinar un mayor número de individuos en la ciudad de Concepción, en los hospitales, cuartel y cárcel para examinar cuantitativamente la frecuencia del tipo feminoide entre hombres normales de raza chilena.

De suma importancia fueron los estudios del Profesor *Pi-Suñer* y el señor *G. Reyes* que examinaron buen número de araucanos en el Sur, encontrando que en casi todos los hombres de raza araucana la pilosi-

dad en la frente, nuca y pecho, corresponde al tipo femenino, desde el punto de vista de la raza blanca, sin que haya hipogenitalismo.

Atención especial se prestó a los estudios sobre la función endocrina del lóbulo anterior de la hipófisis. En colaboración con el señor G. Reyes se ha estudiado la cuestión de la capacidad luteinizante de la hipófisis de la rata según la edad, revelándose el hecho inesperado de que la hipófisis de la rata hembra *infantil* tiene una capacidad luteinizadora sumamente pronunciada al compararla con la de la hipófisis de la rata hembra *adulta*. Se continuaron también los estudios comparativos sobre el comportamiento de la acción gonadótropa de la hipófisis según la especie (cuy y rata).

Estos últimos estudios se revelaron de un interés tanto mayor cuanto la hipófisis del cuy sin capacidad luteinizadora al administrarse a la *rata infantil* reveló función luteinizadora al administrarse a la *coneja adulta*. Estas observaciones sirvieron de base para varios estudios experimentales que permiten prever que la fórmula clásica gonadótropa del lóbulo anterior (Prolan A y B) necesita una corrección. El Instituto está empeñado por el momento en la dilucidación de varios detalles de la fórmula gonadótropa hipofisaria.

Se han estudiado también las relaciones mutuas entre hipófisis y gonada; por medio de castración e inyección de foliculina, encontrándose el hecho de que la acción hipofisótropa negativa de la foliculina aunque existe, no se hace todavía evidente aun al mantener la hembra castrada en celo durante todo un mes.

Se dió el primer paso experimental para estudiar de manera racional y cuantitativa la función luteinizadora de la hipófisis, con la determinación del *cuociente de luteinización*. Se tomó como cuociente de luteinización la cantidad de tejido luteico que origina en el ovario de la rata infantil, por 1 mgr. del lóbulo

anterior administrado en forma de maceración bajo la piel:

$$\text{Qlut} = \frac{\text{miligramos de tejido lutéico}}{\text{miligramos de lóbulo anterior}}$$

Se determinaron los cuocientes de luteinización del lóbulo anterior de rata hembra adulta normal, hembra infantil normal y hembra adulta castrada. En estos estudios la señorita *G. Hempel* prestó valiosa ayuda técnica.

Fundándose en estudios anteriores en que hubo acción masculinizante del injerto ovárico en el cuy, se ha hecho en colaboración con el señor *E. Viñals*, la tentativa de producir experimentalmente la masculinización de la hembra por intervención ovárica, esto es, haciendo la descorticación y respetando el hilio que representa el rudimento masculino del ovario. En realidad, en la serie respectiva hubo un número crecido de hembras con hipertrofia del clítoris y cuernos epidermales. Pero en el curso de estos estudios se reveló que entre hembras sin intervención, el número de animales normales desde el punto de vista de reproducción, pero con hipertrofia del clítoris y con cuernos epidermales visibles con el ojo desnudo (signos masculinos), es mucho mayor que se había supuesto anteriormente. Continúan en el Instituto los estudios sobre este problema.

Se continuaron con ayuda del señor *E. Morales*, los estudios sobre la acción pigmentadora de la foliculina, con atención especial a la cuestión si la pigmentación de la región mamaria es debida a una acción directa de la foliculina o si se realiza por intermedio de la glándula mamaria que entra en desarrollo bajo la influencia de la foliculina. Para este fin se hizo en hembras y machos cuyes la ablación de la glándula

mamaria y del pezón, respetando el territorio mamario de la piel y observando el comportamiento del territorio durante la preñez o bajo la influencia de la foliculina. Se reveló que la ablación completa de la glándula mamaria en el cuy al respetar el territorio mamario de la piel es casi imposible, por ser la glándula evidentemente diseminada en sumo grado. Otro camino experimental para acercarse al mismo problema aludido fué inyectar foliculina en el macho y tomar una prueba de glándula mamaria en el momento de establecerse los primeros signos de pigmentación. Aunque es un procedimiento poco exacto, pudo comprobarse con mucha probabilidad que los primeros signos de pigmentación aparecen antes de establecerse el crecimiento mamario, lo que está en favor del concepto de una acción directa pigmentadora de la foliculina sobre el territorio mamario de la piel.

Los mismos animales de experimentación sirvieron para el estudio de la cuestión planteada por varios investigadores de si es posible la regeneración del pezón después de su ablación. Contrariamente a la conclusión de estos investigadores se comprobó que nunca se establece de nuevo el pezón después de su ablación.

Se hizo en colaboración con el señor *E. Morales*, un estudio sobre la acción tóxica del yodo, confirmándose en primer lugar el hallazgo de *Buchheim*, del laboratorio de *Bouin*; de que con grandes dosis de yodo (hasta 10 mgr. por día) se consigue un desarrollo deficiente de la vesícula seminal. El estado del pene macroscópicamente se reveló normal, lo mismo el testículo. Los mismos experimentos permitieron estudiar detenidamente la acción tóxica del yodo con respecto al crecimiento, comprobándose una detención muy considerable del crecimiento en ratas jóvenes, sin signo alguno de caquexia.

En colaboración con el Dr. *R. Cádiz*, de la sección

quirúrgica del Hospital San Agustín en Valparaíso, se llevó a cabo el estudio de un caso de pseudohermafroditismo, comprobándose fenómenos de climacterio en la mujer joven después de la ablación de testículos. La observación es de importancia tanto teórica como práctica.

Disfrutando de la posibilidad de observar en la casa de los coipos en los terrenos del Instituto de Fisiología, la vida de este animal en condiciones favorables, se comprobó que la cría de este roedor nace completamente lista para una vida independiente, no sólo rivalizando en esto con el cuy, sino aun superandole. Se observó que los coipos jóvenes nadaban pocos días después de nacer, lo que explica la importancia de la ubicación de los pezones en la línea axilar en este roedor.

Desgraciadamente la investigación científica del Instituto se perjudicó en forma alarmante por la falta casi completa de las revistas científicas, siendo imposible su adquisición por las condiciones monetarias que se han creado en el país.

#### IV.—MEMORIAS.

Trabajaban en la confección de Memorias los señores L. Ibieta, B. Osnovikoff, E. Oliver Schneider, M. Sanhueza, E. Viñals, J. Mena y E. Poch.

Se presentaron las Memorias siguientes:

*L. Ibieta.* Comportamiento histológico del injerto testicular intrarrenal. Aprobada con distinción máxima. (Comisión: Profesores E. Croizet, G. Girón y J. Noé).

*B. Osnovicoff.* Estudio experimental sobre el comportamiento histológico y fisiológico del fragmento ovárico. Aprobada con distinción máxima. (Comisión: Profesores Th. Muhm, E. Croiset y J. Noé).



*M. Sanhueza.* Estudio experimental sobre la acción endocrina de fragmentos testiculares en el cuy. Aprobada con distinción máxima. (Comisión: Profesores E. Cruz Coke, Th. Muhm y J. Noé).

*E. Viñals.* Alteración del ciclo sexual por intervención ovárica. Aprobada con distinción máxima. (Comisión: Profesores C. Monckeberg, Th. Muhm y A. Zúñiga).

El Director del Instituto de Fisiología lamenta que las condiciones actuales no permitan la publicación rápida en Chile de las Memorias aprobadas que representan serias contribuciones científicas.

#### V.—EXTENSIÓN UNIVERSITARIA.

Se dictaron las siguientes conferencias fuera del Instituto:

En el Instituto de Fisiología de la Universidad Católica (Director: Profesor Dr. Jaime Pi-Suñer): Sobre las reacciones estructurales de los protidos (clase).

En el Instituto de Histología de la Universidad de Chile (Director: Profesor Dr. Juan Noé y bajo los auspicios del Profesor Dr. E. Cruz Coke): Explicación de varias películas fisiológicas.

En el salón de Honor de la Universidad de Chile (Asamblea general del Comité Pro-Escuela Montessori): Sobre la enseñanza universitaria y los problemas modernos de educación.

En la Sociedad Médica de Santiago: Sobre los progresos de la Endocrinología.

En la Sociedad de Biología de Santiago: Sobre trastornos experimentales del ciclo sexual.

En el salón de conferencias de la Universidad de Concepción (bajo los auspicios del grupo «Orientación»): Sobre los secretos de la sangre, con explicación de películas.

En el Club de Señoras de Santiago: Repetición de la conferencia anterior.

En la Sociedad de Biología de Concepción: Tres comunicaciones sobre los estudios experimentales realizados en conjunto con L. Ibieta, B. Osnovikoff, G. Reyes y E. Viñals.

#### VI.—LABOR SOCIAL.

El Instituto fué consultado varias veces por distinguidos médicos del país en cuestiones relacionadas con la endocrinología.

Se hizo varias veces la reacción de embarazo (método de Friedman en la coneja adulta) por fines clínicos.

Se tituló varias veces la foliculina producida por el Instituto Sanitas.

#### VII—RELACIONES NACIONALES E INTERNACIONALES.

Mención especial merece la participación del Instituto en la expedición a la Araucanía bajo los auspicios del distinguido catedrático de la Universidad Católica, el Dr. Jaime Pi-Suñer. El Instituto de Fisiología delegó para la colaboración con el Dr. Pi-Suñer al Jefe de trabajos E. Viñals y al ayudante G. Reyes y prestó su aparato de metabolismo basal para estos estudios. El Instituto contribuyó con la suma de \$ 600.00 a los gastos de la expedición. El Dr. Pi-Suñer, a quien el Instituto agradece la benevolencia de haber facilitado la participación de los señores mencionados en la expedición por él organizada, hará una exposición detallada sobre los importantes resultados científicos de la expedición.

La colaboración estrecha con varias otras institu-

ciones científicas nacionales y extranjeras se concretó también en publicaciones en conjunto que están en prensa. Así con el Dr. *J. Pi-Suñer* de la Universidad Católica de Santiago y de la Universidad de Barcelona, con el Dr. *Thales Martins* del Instituto Oswaldo Cruz en Río de Janeiro y con el Dr. *R. Cádiz* del Hospital San Agustín en Valparaíso.

El Instituto fué visitado por varios distinguidos extranjeros, discutiéndose con ellos problemas científicos de importancia. Los visitantes extranjeros fueron: el Dr. *Clemente Estable*, Director del Instituto de Biología de Montevideo, el Dr. *Jaime Pi-Suñer*, Director del Instituto de Fisiología de la Universidad Católica de Santiago y el Profesor *Nicolás Vavilov*, Director del Instituto de Agricultura experimental de Leningrado, Miembro de la Academia de Ciencias. Entre los distinguidos médicos nacionales que honraron al Instituto con su visita, mencionamos especialmente al Profesor Dr. *Juan Noé*, al prof. Dr. *Carlos Monckeborg*, al profesor *L. Vargas Salcedo* y al prof. Dr. *E. Cruz Coke*.

### VIII.—DISTINCIONES.

El Director del Instituto de Fisiología fué nombrado en el año 1932 miembro honorario de la Sociedad Médica de Chile.

### IX.—PUBLICACIONES.

A más de las mencionadas «en prensa» en la Memoria anterior, se publicaron:

*L. Ibieta*. Comportamiento histológico del injerto testicular intrarrenal (Resumen). Santiago 1932.

*B. Osnovikoff*. Estudio experimental sobre el com-

portamiento histológico y fisiológico del fragmento ovárico (Resumen). Santiago 1932.

*M. Sanhueza.* Estudio experimental sobre la acción endocrina de fragmentos testiculares en el cuy (Resumen). Santiago, 1932.

*E. Viñals.* Alteración del ciclo sexual por intervención ovárica. (Resumen). Santiago 1932.

*E. Viñals.* Influence de la folliculine sur le plumage du Pigeon et de *Vanellus chilensis*. C. R. Soc. Biol. 109, 1332, 1932.

En colaboración con *M. Merino*, Nouvelles recherches sur la pigmentación de la region mammaire. C. R. Soc. Biol. 111, 421, 1932.

En colaboración con *G. Reyes*; Diférence préhypophysaires spécifiques du sexe chez le Rat. C. R. Soc. Biol. 109, 1330, 1932.

En colaboración con *G. Reyes*; Sur la capacité lutéinisante de l'hypophyse de la Rate infantile et adulte. C. R. Soc. Biol. 111, 608, 1932.

En colaboración con *Luis Ibieta*: Transplantación intrarrenale du testicule infantile chez de Mammifères. C. R. Soc. Biol. 111, 854, 1932.

En colaboración con *G. Reyes* y *E. Viñals*: Nouveaux faits relatifs à l'action lutéinisante de la préhypophyse de Cobaye. C. R. Soc. Biol. 111, 852, 1932.

En colaboración con *E. Poch*: Sur le mode d'extraction de la folliculine de l'urine de la jumert enceinte. C. R. Soc. Biol. 111, 856, 1932.

En colaboración con *B. Osnovikoff*: Troubles du cycle sexual consécutifs a l'intervention ovarienne. C. R. Soc. Biol. 111, 350, 1932.

Wiedervermännlichung eines kastrierten männlichen Meerschweinchens nach Eierstocksverpflanzugn. Virchows Arch. 285, 35, 1932.

Los progresos de la Endocrinología. Rev. Méd. de Chile Año LX, N.º 9, 1932.

Der Ursprungsort des Hodenhormons. Die Mediz. Welt. N.º 35, 1932.

Albert Schweitzer, *Atenea* 22, 42, 1932.

Impresiones Portuguesas. *Atenea*, 22, 250, 1932.

Action combinée de la préhypophyse du Cobaye et du Rat. C. R. Soc. Biol. 111, 269, 1932.

Activation de la préhypophyse par intervention ovarienne. C. R. Soc. Biol. 111, 352, 1932.

Le coefficient de lutéinisation, indice fonctionnel de la préhypophyse. C. R. Soc. Biol. 111, 610, 1932.

Über das mikroskopische Verhalten des Eierstocks der Ratte nach Zufuhr von Hypophysenhormon vom Meerschweinchen. Pflügers Arch. 231, 336, 1932.

La pluralidad de las hormonas isoorgánicas y la teoría de los complejos endocrinos. *Anales de Medicina Interna*, (Madrid), 2, 149, 1933.

Nouvelles recherches sur la transplantation d'ovaires conservés hors de l'organisme. C. R. de l'Académie des Sciences (Paris), 1932.

ALEJANDRO LIPSCHÜTZ.

## LOS LIBROS

### NOVELA

SANTA MISERIA, por *Frans Emil Sillenpaa*.

La tapa de este libro atrae poco. El título y el nombre del autor, Sillenpaa, que más parece un seudónimo sin gracia que un verdadero apellido, no llaman la atención del transeúnte o del curioso de libros. Además, el nombre de la editorial, Sthentor, cuyas letras se leen difícilmente en la carátula, suena a algo apócrifo. Sin embargo, se equivoca el que, como nosotros, juzgue de las apariencias. *Santa Miseria* es un formidable libro. Abriéndolo y leyendo las dos primeras páginas puestas ahí sin título y a manera de noticia informativa sobre el autor y su obra, se da cuenta uno de lo que pasa: Sillenpaa es un apellido finlandés (o finés); Sthentor, escrita ya con letras de molde y no dibujada a caprichosamente, es una palabra más agradable y significa lo que expresa; ya no tiene nada de extraordinario ni de rara. Es el nombre de una editorial que también pudo llamarse de otra manera.

*Santa Miseria* recuerda por sus personajes a *Los campesinos* de Ladislao Raymont. Pero los recuerda

nada más. Aunque miserables, son distintos, es decir, son más miserables aun. *Los campesinos* de Raymont, nos referimos a la obra, tienen cierto carácter de epopeya, de grandiosidad; abarcan un considerable número de individuos y éstos se mueven con soltura, gozan, sufren, se matan, etc. Pero *Santa Miseria* es otra cosa. Es, en primer lugar, un libro desesperante, un libro de esos que parecen gozarse en torturar al lector con la inacabable y dolorosa vida de un individuo, desmenuzándola de manera casi química, como con ácidos, agregando dolor a dolor, amargura a amargura, hasta el extremo de provocar en el lector un sentimiento de agresividad contra el autor. *Santa Miseria* recuerda, en este sentido, a las más lacerantes páginas de *Los endemoniados* y *Crimen y castigo* de Dostoievsky y a una novela de Jean Böjer titulada *El poder de la mentira*. Hay en esas páginas algo de sadismo intelectual un deseo de poner a prueba los nervios de los más equilibrados lectores.

*Santa Miseria* es la vida de un campesino finés, más bien dicho, es la muerte, pues ese hombre, desde que nace, no hace otra cosa que morir. Su existencia es una agonía de

sesenta años. Nada hay alegre para él, ni aun el placer sexual. Parece que el autor se hubiera propuesto no dejar a ese hombre gozar en nada, absolutamente en nada. Una desgracia tras otra se suceden en su vida, hasta que muere, hasta que descansa, deberíamos decir. Es demasiado.

Pero si por una parte el libro de Sillenpaa llega a agotar al lector y a hacerlo desear que llegue luego el fin, por otra, no es así. Este finés satánico maneja el escalpelo con mano maestra. Con palabras que la traducción ha logrado mantener en su justa expresión, describe los menores pensamientos, reflejos y sensaciones que se suceden en la triste cabeza de Juha Toivola:

En la conciencia debilitada del caduco Juha empieza a producirse ese fenómeno natural, ese proceso espiritual que se llama la formación de una concepción de la vida. Este flaco Juha, de cráneo calvo, aprendería seguramente con menos dificultad a volar que a decir estas palabras y a comprender su significado; pero este fenómeno se inicia también en él a su hora, a pesar de todo, como la hoja cae del árbol no obstante ignorar el proceso botánico que determina su caída. Juha cree comprender ahora claramente lo que es su vida. Es una substancia acre y estúpida, que el hombre recibe en mayor cantidad de la que puede manejar, de suerte que está siempre medio abrumado, siempre a punto de ser ahogado por ella, como si se encontrase en un enorme henil al que diez pares de caballos al galope llevaran heno sin cesar. Y así hasta que llega el momento de morir.

La idea de la muerte obliga a Juha a ponerse instantáneamente de pie en el declive a orillas del camino,

y le hace proseguir con bastante rapidez su viaje. Es viejo, anda por los cincuenta años, ¿cuándo y cómo morirá? No acaba de hacerse el pensamiento de que, quiéralo o no, este vasto conjunto que forman él y los suyos y todos los grandes y pequeños hechos que a ellos se refieren, haya de disociarse un día.

Trozos como éste, de hondo análisis psicológico, hay muchos en *Santa Miseria*. Ellos constituyen el verdadero valor de esta novela, que de otra manera sería pesada.—M. R.

DE PROFUNDIS, por Stanislas Przybyszewsky.

Poco importan la forma del sombrero o el color de los pantalones de mis héroes; lo que interesa es el estado del alma en que se hallan, la influencia que ejercen unos sobre otros y las catástrofes que de ahí resultan. Mi novela no consiste en digresiones superficiales del artista sobre sus héroes, a quienes debiera hacer hablar por sí mismos, sino en una serie de escenas dramáticas; mi novela es propiamente un drama con cambios constantes de escenario, que de vez en cuando es interrumpido por un monólogo mudo».

Estas palabras escritas por el novelista polaco Stanislas Przybyszewsky en 1897 son como la voz anticipada de lo que iba a ser el nuevo arte de novelar, y que en 1925 con palabras distintas, pero coincidiendo en el concepto, había de manifestar—vale decir dogmatizar—Ortega y Gasset en su ensayo «Ideas sobre la novela» cuando dice que la nueva novela debe ser presentativa.

Ya no le interesa la simple narración, el tema en sí no tiene la importancia que antes se le daba y aun el argumento mismo tiene un valor secundario. Las grandes novelas apenas si tienen argumento; v. gr.: *Crimen y Castigo* de Dostoiewsky. Lo que interesa es el hecho, la acción, el drama interno de los personajes, su psiquis. La novela moderna es psicoanalítica, y ha encontrado su realización más perfecta en Proust. La novela objetiva se ha recluso a Hispano América, acá donde hay pueblos que se forjan, donde todavía se lucha con la naturaleza. Por eso la novela hispanoamericana tiene un carácter narrativo, como la epopeya primitiva. Pero nuestra sensibilidad europeizada prefiere aquellas otras novelas...

Przybyszewsky no se contentó con hacer declaraciones acerca de la forma cómo él concibe la novela, sino que lo probó escribiendo de acuerdo con su sentir. Así al menos podemos nosotros comprobarlo con su novela «*De Profundis*», (1) traducida recientemente del polaco al castellano por el profesor Isaac Edelstein. El argumento de esta novela es breve, acaso insignificante. Es un caso de incesto el novelado. La fuerza dramática de los hechos, la intensidad de la pasión sexual que domina a la pareja de hermanos que parecen como poseídos por el morbo de la satiriasis, las tragedias provocadas por la líbide, todo ello hace estremecer la sensibilidad del lector, quien ve y oye a esos seres que se rechazan con odio y se abra-

zan frenéticos, enloquecidos en los estertores del orgasmo. Fuera de la razón, los hermanos viven tiranizados por el sexo. Acaso cabría hacer de esta novela una interpretación freudiana.

Sin ubicación en tiempo y lugar, los hechos *presentados* por el escritor polaco pueden desarrollarse en cualquier país de la tierra donde haya seres dominados por la pasión sexual. Sus personajes viven bajo un clima universal. El autor desaparece, y sólo vemos actuar a los héroes, pudiendo, a través de sus acciones, penetrar en sus psiquis, lo cual no da un conocimiento cabal de ellos, de sus vidas internas y externas, más que si nos hiciesen la descripción de sus físicos y el relato de los acontecimientos en que intervienen.

«Las palabras—ha escrito su traductor—no sirven para describir lo que es esta obra. Sólo la música de Chopin puede provocar en nosotros estos estados de ánimo, estas impresiones de sufrimientos sobrehumanos.»

Se trata, pues, de una obra maestra.—*Milton Rossel*.

CRIOLLOS EN PARIS, por *Joaquín Edwards Bello*.

Es condición del novelista crear-nos un ambiente, darnos una atmósfera distinta a la que respiramos cotidianamente, trasladarnos en cuerpo y espíritu a latitudes desconocidas, oponiendo a nuestra realidad objetiva y circundante la realidad subjetiva y lejana de su imaginación. Es decir, llevarnos al clima de sus ficciones. Pero

(1) Empresa Letras, Santiago de Chile, 1933.



no debemos entrar en él empujados por el escritor ni aun advertir su presencia. El novelista debe desaparecer dejando que nosotros nos encontremos viviendo una nueva existencia, inmersos nuestros espíritus en un mundo desconocido.

Joaquín Edwards Bello en su última novela «Criollos en París» (1) consigue este objetivo. Hemos sido insensiblemente trasladados a París; estamos sumergidos en su atmósfera; recorreremos sus calles patinadas de historia y sus cabarets exultantes y rumorosos. Somos arrollados por el torbellino urbano que la vida cosmopolita crea. Quisiéramos también incorporarnos a la farándula, y hundirnos en ese París de antes de la guerra, tumultuario y sentimental, donde el francés meticuloso y galante tenía siempre una sonrisa para ocultar su patriotismo egoísta y agresivo. Allá nos lleva Edwards Bello. Somos amigos de Pedro Plaza; amamos a Lucía Salcedo; nos gustaría tener una aventura con Lisette; odiamos a Bascuñán, en quien aflora el alma tortuosa del indio avieso; encontramos equívoca la actitud de José Dueñas; los rastacueros nos producen repugnancia... Convivimos con los numerosos personajes que pasan bajo la lente del novelista en una sucesión vertiginosa como en el cine. Llegan, toman una actitud de cineastas, los enfoca el operador, y luego se esfuman... Es esta una novela cinematográfica.

Así la quiso su autor, intrascendente y agradable. Y como en una película yanqui, intrigas, odios, amores, juego, mucho juego, huídas espectaculares, y un final feliz en que la pareja se casa... Acaso el mejor elogio de esta novela sea decir que coge al lector. Y ello es mucho en estas tierras donde los escritores son, o enervantes por su retórica, o soporíferos por sus descripciones minuciosas de la naturaleza, cuando no, presuntuosos al querernos dar una interpretación psicológica de estos pueblos amorfos.

«El imperativo de la novela es la autopsia» ha dicho Ortega y Gasset. Edwards Bello no se deja seducir por las condimentadas frases del maestro español, y escribe dejándose arrastrar por su temperamento de novelista objetivo, que aprehende los hechos e hilvana con ellos aventuras manteniendo en el lector tenso el interés y con ansias crecientes de sorprender el desenlace, como en los folletines. No le preocupa la psique de sus personajes; apenas si logra rasguñar en sus epidermis, y sólo atisba en sus intimidades para darnos una mayor sensación de realidad. Así logra presentarnos verdaderos criollos que viven en París, atormentados por pequeñas pasiones. Es que llevan su provincianismo a donde quiera que vayan, porque lo llevan en la sangre. ¡Y qué riqueza de observaciones punzantes acerca de ellos, qué desfile más compacto de personajes menguados que usufructúan de las rentas fiscales para

(1) Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1933.

satisfacer sus ambiciones de simios! En medio de las aventuras novelescas, irrumpe el periodista cáustico.

El estilo de Edwards Bello es despreocupado; sus frases espontáneas y sus figuras gráficas dan la sensación del gran señor que relata en forma subyugante lo que vió en sus andanzas por los caminos de la vida. Hay en su prosa ese descuido barojiano que da al relato extraordinario poder de atracción sujetando al lector como con una cuerda invisible. Así sus personajes cuando dialogan, así en las descripciones.

Ese colorido de su estilo, esa frescura de su prosa, llana como la de un conversador ameno, hacen que nos hayamos trasladado a París y nos encontremos viviendo toda aquella vida liviana y bohemía que fué la aspiración de nuestra primera juventud en sus sueños sentimentales. Como buenos criollos.

Podrá decirse que la técnica novelesca de Edwards Bello es la del realismo declinante, de que su estilo no ha sido lo suficientemente retocado, de que es pobre la psicología de sus personajes y de que a la morosidad de las novelas psicoanalistas ha opuesto la nerviosidad de los relatos de aventuras. lo cierto es que leemos esta novela con interés, que nos encariñamos con sus personajes, que estamos preocupados de su suerte. Y esto quiere decir que esta es una novela, una verdadera novela, para toda clase de lectores. Su arte no es aristocrático ni menos aristo-

cratizante. Su emoción es sincera y espontánea y vibrante en expresión como fiel trasunto de su espíritu.—*Milton Rossel.*

## ENSAYOS

EL ALMA DEL NIÑO PROLETARIO, por  
*Otto Rühle.*

El niño es un material que innumerables manos se disputan. Algunos individuos quieren hacer con él un ser religioso, otros un ser moral; algunos un ser civil y democrático, otros un ser aristocrático; algunos un ser científico, y otros, finalmente, un ser comunista, un elemento de la lucha de clases. Los padres quieren que sus hijos sean como él es o como él ha sido; el maestro, por su parte, sea pequeño-burgués o comunista, desearía dar al niño una fisonomía espiritual, de acuerdo con sus ideas, convertirlo en un ente que contribuya a engrandecer, en el futuro y gracias a su obra, la doctrina de que está animado. Y el niño, situado en medio de todos los energúmenos que pretenden apoderarse de él para convertirlo en esto o en lo otro; el niño, que no tiene opinión ni está organizado, que no puede resistirse; el niño, a quien no interesa, en realidad, nada de lo que interesa a los adultos; el niño, que sólo quisiera jugar, no pasar hambres y andar calientito; el niño, decimos, ese ser maravilloso, a quien le basta un poco de cuidado y de amor para ser feliz, llega, de esta manera, a convertirse en la víctima de todos los que se creen con derecho para formarlo y organizarlo.

¡Triste papel! Papel que parece está condenado a representar siempre en la humanidad. En uno de sus libros, Panait Istrati dice que sólo creará en una revolución social hecha por los niños, bajo el signo de los niños. Esto no sucederá nunca, desgraciadamente, como no sucederá nunca el que un niño diga un día lo que piensa sobre lo que los hombres se proponen respecto a él. «Dejadme en paz, diría; yo sólo quiero comer, dormir y jugar; si la sociedad está mal hecha, arregladla vosotros y no me metáis en lo que sólo a vosotros corresponde. No nos llenéis el alma, desde la infancia, de fanatismo. Respetad mi personalidad...

Eso diría, tal vez. Pero no lo dirá o dejará de ser niño.

Sin embargo, y hablando del presente libro, (1) que casi hemos olvidado, Otto Rühle, a pesar de su tendencia social ostensiblemente exagerada, y dejando a un lado las diferencias que hace de los niños burgueses y niños proletarios, encara bien la psicología infantil, estudia los gérmenes de que harán de un niño un hombre que padecerá complejo de inferioridad mental o fisiológica, esos gérmenes que aparecen tanto en un niño burgués como en un niño proletario, ya que su aparición no depende de su situación social sino de causas que nada tienen que ver con las clases sociales.

La curación de esos males es una cuestión que no se ha dilucidado todavía y que no se dilucidará así como así. Casi podríamos decir que

(1) Editorial «Orbe». Santiago de Chile, 1933.

no se dilucidará jamás, a menos que los niños nazcan con una mentalidad hecha de antemano, prenatal, y con una constitución fisiológica impecable, cosa que puede estar muy bien en «Volviendo a Matusalén» de B. Shaw, pero que en la realidad es imposible.

Como contribución al estudio de la psicología infantil, el libro de Rühle está muy bien; como obra tendenciosa, está muy mal. Dice él:

No cultivamos la ciencia por la ciencia, ni mucho menos por afición o deportismo; antes bien, ponemos todo conocimiento científico al servicio inmediato de la lucha de clases.

Esto invalida su libro por el lado pedagógico. Para salvar al niño, para educar al niño, para hacer de él lo que todos los hombres de buena voluntad sueñan, es menester acercarse a ese material puro, con las manos y la mente puras también. De otra manera, daremos al niño todos nuestros defectos y fanatismos, sean éstos comunistas, religiosos o democráticos.—*Manuel Rojas*.

## POESIA

AFÁN DEL CORAZÓN, por *Angel Cruchaga Santa María*.

Si la cualidad máxima que puede tener un escritor es la personalidad—unida, claro está, al dominio de la forma y a la originalidad de visión—pocos poetas han alcanzado en Chile la grandeza de *Cruchaga Santa María*.

Desde su primer libro, publicado hace veinte años, hasta este «Afán del corazón» (1), el poeta ha seguido la voz de su temperamento, evocando a mujeres desvanecidas entre el humo oloroso de pebeteros inquietantes, alumbrado por la lámpara de su ensueño inextinguible.

No hay en Angel Cruchaga influencias visibles de ningún poeta. En sus cualidades es sólo él, seguro de su señorío lírico, dueño único de su soledad atormentada.

Todo este libro último del poeta está saturado de alientos extraterrenos, de evocaciones y de presagios angustiosos. Nadie, con su palabra y con su dolor, ha dicho entre nosotros la angustia de vivir aislado y de amar eternamente un imposible.

Junto al «Ruego» ese canto maestro de Gabriela Mistral, puede colocarse sin desdoro el poema «La muerte suya», con que se abren las páginas de este libro. Perfecto de contenido, y de forma, da la sensación de lo que ya no puede ser superado.

El prólogo con que Pablo Neruda presenta a Cruchaga nos parece un esfuerzo bien logrado de obscuridad y de pedantería. Dice por ahí:

Como anillos de la temperatura  
«del» advenimiento» «del» alba  
«del» día «del» otoño, los cantos  
de Angel se acercan a uno llenos  
de helada claridad, con cierto  
temblor extraterrestre y sublunar,  
vestidos con cierta piel de estre-  
llas.

(1) Empresa Letras. Santiago de Chile de 1933.

Alone, el crítico semanal que desde hace años viene mostrando en *La Nación* de Santiago su incapacidad para comprender la verdadera poesía, opinando sobre este libro de Cruchaga confirma su incompreensión. Todavía no logra darse cuenta de que el autor de «Las manos juntas» es uno de los pocos grandes poetas que han nacido en Chile.

Pero ni prologuistas paradójales ni dómines incomprensivos deben inquietar a Angel Cruchaga. Cuando no quede ni el recuerdo de estos comentadores semanales, la belleza, y el vigor de sus cantos seguirán sonando bajo los cielos de América.

Como ATENEA tiene lectores en sitios adonde no llegan los libros editados en Chile, transcribimos dos estrofas de «La muerte suya» que dan una idea exacta de su belleza total:

Los brazos están pobres, la luz  
[descolorida.  
Entre la luz del cielo cansado el  
[mundo rueda.  
Huracán de cenizas cayó sobre mi  
[vida,  
¡Qué lejos está inmóvil tu albo  
[perfil de seda!  
Y todos te lloraron y sollozó la  
[casa  
con el crujido triste y oscuro de  
[sus puertas  
¿A dónde se ha marchado tu cora-  
[zón de brasa  
atravesando estrellas con las alas  
[abiertas?

Si algún defecto pudiera señalarse en la obra de Cruchaga Santa María, el abuso de la imagen sería el más evidente. Hay composiciones enteras en que quiere hacer

de cada verso una imagen novedosa, y sólo consigue fastidiar con ese alarde que no convence sino a los vanguardistas. Pero este contagio de los poetas novísimos no alcanza a mermar sus blasones de poeta definitivo.—C. P. S.

FUENTE SECRETA, por Samuel A. Lillo.

Hasta ahora la poesía de don Samuel A. Lillo había tenido un carácter épico. Eran objetos de su inspiración las hazañas de nuestros aborígenes, el heroísmo de los conquistadores y las tierras de Arauco, donde dos razas se enfrentaron en lucha denodada, primero, fundiéndose en seguida en un abrazo fecundante. Cantaba a razas que fueron y a un pueblo que se forja. Hacia esos caminos lo llevaba su musa y torcerlo era forzar su espíritu, falsear su sensibilidad; engañarse a sí mismo. La vida interior de don Samuel A. Lillo era plácida como aguas de lago que nunca hubiesen sido erizadas por vientos encontrados; no tenía él esas inquietudes íntimas que torturan el espíritu desgarrándolo, y que agudizan la sensibilidad, y que llevadas al arte, dan ese soplo trágico que hace estremecer las almas ajenas.

Era feliz. Mas una tragedia íntima agrietó su alma, y por ella se filtra ahora, en versos sencillos y emocionados, el dolor que lo aqueja. Por eso es lírica su poesía de hoy. Sólo quien haya penetrado en la intimidad de la vida y del espíritu de este poeta, puede com-

prender en toda su intensidad el acento elegíaco de éstos sus últimos versos (1).

Como un patriarca de la leyenda, don Samuel A. Lillo, en el atardecer de sus días, se sienta a la vera del largo camino recorrido, rodeado de sus hijas y nietos, a quienes les cuenta la jornada hecha, las bellezas contempladas, la placidez con que se deslizaban las aguas, sin peñas que las alborotasen. la dulzura de su vivir, y les dice que hubo un espíritu, superior que lo alentó cuando flaqueaba, que fué su bordón y su guía. Ahora solo, ausente la compañera, sintiéndose desfallecer, quiere él también el reposo en la eternidad

Como sé que me esperas,  
y me he de ir contigo,  
no me espanta la muerte  
ni su trance temido.

Se adelantó su compañera a trasponer el misterio que separa la vida de la muerte; llegará ella a la eternidad en la barca de Caronte; desde esta orilla él se lo dice y le augura la felicidad eterna y la alienta con su palabra ennoblecida por el dolor:

No le temas, sombra amada,  
irá tu barco ligero,  
que hasta el fin de la jornada  
ya te han pagado el pasaje  
los dolores de tu vida  
y tendrás, por cada herida,  
un sol que te alumbre el viaje

Así, en versos de suma sencillez, carentes de todo artificio retórico, sin sujeción a principios métricos,

(1) Fuente Secreta. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile.

tal cual surgieron de su alma trizada, don Samuel A. Lillo nos va diciendo en voz queda, sin un arranque de angustia, porque ha encontrado el remanso en la idea de la eternidad del espíritu, todo el dolor que se acumuló en su alma cuando se supo solo, sin la compañera con quien había hecho el duro caminar. Y su corazón, como una fuente secreta, va vertiendo, gota a gota, sus versos dolientes que riman con el recuerdo de la mujer amada.—*Milton Rosell.*

MITOLOGÍA PARA CONVALECIENTES,  
por *José Luis Lanuza.*

Existe una evidente desorientación en la poesía suramericana contemporánea, más precisamente, entre los jóvenes poetas suramericanos que viene durando desde hace varios años y de la cual sólo escapan contadísimos escritores. Por huir del usado instrumento del modernismo, que ha dejado escasos valores y a no pocos recalcitrantes obstinados todavía en mantenerlo, se ha caído en una poesía ingeniosa, humorística, una especie de nuevo chiste donde tal vez hay inteligencia o más bien, habilidad, y en la cultivación de las «palabras en libertad» donde escancian sus medianías y vaciedades los nuevos versolibristas, pero donde casi nunca apuntan los destellos de la poesía. Entre estos dos extremos queda aún un término medio, de transición, moderado, en que militan muchos de los poetas jóvenes del continente.

También se acentúa la corriente

de una poesía con tendencia social indoamericana—en el Perú, Cuba y México sobre todo—que aun se encuentra en el período del balbuceo y que por ahora sólo responde a una confusa tentativa de interpretar la masa indoamericana, de cantar sus aspiraciones, de evidenciar el estado miserable en que vive y la injusticia en que se debate. Esta poesía pretende una autonomía francamente ingenua, pues quiere libertarse de la influencia de la cultura europea como si fuera posible independizarse culturalmente cuando se es dependiente de la economía de los países imperialistas o como si el proletariado suramericano tuviera necesidades distintas del asiático, verbi gracia, y en consecuencia fuera posible cantarlo en forma distinta. Pretende ser poesía indoamericana, indígena, diferenciada totalmente de toda otra y ser su canto un conjunto homogéneo, representativo de una raza que en realidad no existe. Lo cierto es que en el fondo—esta es la verdad de las cosas—no puede desprenderse de la técnica europea. Por simple voluntad no es posible destruir una herencia latente, una actualidad dominante, que esta presente y también en la organización económica, política y social. Y siendo el arte una consecuencia de la vida social que a su vez depende del factor económico y mientras la estructura de esta permanezca como hasta ahora, no podrá transformarse en la forma que intentan los cultivadores de tal tendencia. Si Latino América tuviera o creara un sistema económico propio, una vida polí-

tica y social independiente de cualquiera otra, entonces podría esperarse también un arte independiente. Entretanto, como de esto no existen siquiera posibilidades, no pasa de ser una simple intención.

Hay todavía otras corrientes, las regionalistas, por ejemplo, muy marcadas en la Argentina y en el Brasil, con ambiciones más limitadas que la anterior, pero que también pretenden la autonomía respecto del arte europeo (1) e intentan destacar el color local y precisar la pintura del ambiente, usando a menudo para esto, criollismos, nombres indígenas de lugares como si tales medios fueran capaces de dar la sensación buscada, pero como también le sucede a la tendencia «indoamericana», sin poder desprenderse en el fondo de la técnica europea.

Todas estas corrientes en el panorama poético suramericano emplean el mismo método de construcción: la metáfora, como si ésta fuera el elemento poético exclusivo, indispensable. Tanto los «ingeniosos» como los que cultivan las «palabras en libertad», tanto los «indoamericanos» que le cantan a la masa y a la «revolución» como los regionalistas, usan la metáfora como medio expresivo preponderante.

En esta desorientación general existen dos tendencias, si así pudiéramos llamarlas, aunque todavía en formación, en el período incoac-

(1) Cuando decimos arte europeo, entiéndase como arte extranjero en general, es decir, arte de otros países de más avanzada civilización capitalista que Chile, ya que tampoco puede existir un arte extranjero porque cuando alcanza el arte categoría de tal, necesariamente se hace internacional.

tivo únicamente, pero cuyas orientaciones se precisan con claridad: La primera es la de hacer poesía proletaria, expresando subjetivamente los problemas universales del proletariado, es decir, apoderándose de la subjetividad colectiva de este y manifestando en toda su integridad la posición del proletariado frente a sus problemas y diciendo en su propio lenguaje elemental, sus reivindicaciones. La segunda, que la poesía está en la exclusiva expresividad de la palabra, en el sentido subjetivo de ella, lo que diga por sí mismo sin relación de color o sentido, lo que pueda sugerir apartadamente, aisladamente también de lo que en grupo pudiera comunicar. Demás está decir que de esta poesía debe desaparecer totalmente el valor musical de las palabras y reducir el empleo de la metáfora a la más estricta sobriedad.

Esta digresión nos la ha suscitado el libro MITOLOGIA PARA CONVALECIENTES (1) del escritor argentino, José Luis Lanuza que desgraciadamente, no se encuentra en ninguno de estos dos últimos casos. Al contrario es fácil situarlo en el que señaláramos primero que todos, pues Lanuza está entre los poetas que cultivan el chiste en verso o la greguería en renglones cortos, la greguería que, si resulta amañerada en prosa, en verso es inaceptable.

El libro empieza con el poema HOROSCOPO:

Quando el astrólogo subió a la azotea hubo un gran revuelo en el cielo.

(1) Editorial Letras. Buenos Aires, 1933.

Todas las estrellas le hacían guiños.  
El las llamaba por sus nombres.  
Las tuteaba.

Algunas, ya maduras, se caían.  
Pero esas no tenían nombre ni eran  
de familia conocida, etc.

Podríamos multiplicar los ejemplos, porque todo el volumen continúa en la misma forma, pero suponemos que basta para comprender el tono general en que está escrito MITOLOGIA PARA CONVALECIENTES, fino hallazgo de título por lo demás.

A veces hace sonreír:

Tengan cuidado, vírgenes,  
con las puntas de las estrellas...

Sin duda existe en estos versos habilidad, inteligencia si se quiere. Sin duda el autor de ellos es un individuo juguetón y alegre que no sabe de los momentos melancólicos ni de los minutos desesperados y que se entretiene haciendo estos pequeños malabarismos. Sin duda, pero distan mucho de ser lo que han pretendido, es decir, poesía. No es que exijamos para ésta sólo el tono patético o el sentimiento arañante como condición indispensable. Es que se advierte con facilidad que la sensibilidad de José Luis Lanuza está distante de ellos y se ve una actitud, una postura adoptada premeditadamente para hacer versos que no siempre son divertidos aunque ésta parece la intención del autor, por creer tal vez que ahí está la poesía nueva.

No sería justo silenciar que a veces en MITOLOGIA PARA CONVALECIENTES existen atisbos de mostradores que estamos frente a un poeta que no ha querido o po-

dido encontrar su cauce, que por el momento se halla extraviado, confundiendo la poesía con breves renglones ingeniosos. En su obra podemos descubrir aspectos, aislados es cierto, pero no por eso menos auténticos, que comprueban que José Luis Lanuza podría escribir como un poeta siempre que abandonara en definitiva la modalidad actualmente mantenida, cosa que esperamos, pues lo suponemos lo bastante joven para darse cuenta de su desviación presente.—A. T.

ECLIPSE DE UNA TARDE GONGORINA, por *Ricardo Peña Barrenechea*.

Ricardo Peña Barrenechea, escritor peruano que se dió a conocer en 1924 con su libro FLORACION ha publicado últimamente ECLIPSE DE UNA TARDE GONGORINA (1)

Es un libro de poemas éste de Peña Barrenechea, de poemas que demuestran innegables condiciones líricas en su autor, condiciones, sin embargo, que aparecen frecuentemente diluídas por un marcado amañamiento, hijo sin duda de la visible tendencia de Peña Barrenechea de hacer «poesía nueva» cayendo en numerosas ocasiones en vaciedades manifiestas:

En agudos hondos  
los cabellos ángeles  
los colmillos de osa.

.....  
Claras y brumosas  
prendidas al clavo  
del colmillo rosa.

(1) Editorial Hidalgo, Lima, Perú, 1933.



.....  
Azules maravillas;  
raíz y fuente amante  
para olvidar las nieblas amarillas.

En muchos de sus aspectos ECLIPSE DE UNA TARDE GONGORINA no se diferencia de la mayoría de los libros de poemas que se han escrito y se escriben desde hace algunos años en Sur América por los escritores jóvenes.

En la playa cae el sol  
con dos palomas al seno  
y una estrella en caracol.

.....  
Luna de vidrio morado.  
En el acuario una niña  
viste de pez colorado.

.....  
El mar pintó su esmeralda.  
El pavón del arco iris  
el carrousel de la falda.

.....  
Carrousel de la dicha y los dolores.

Además, toda la obra—exceptuando sólo tres composiciones—está escrita en tercetos, lo que hace muy monótona su lectura; tercetos desde luego muy bien contruídos, perfectos desde el punto de vista métrico, lo que acrecienta más aun la impresión de monotonía. Dan deseos de quitarles o agregarles palabras para destruir el ritmo académico del verso, ya que el contenido de ellos siempre aspira a ser novedoso, original. Peña Barrenechea ha querido expresar en verso antiguo sensaciones nuevas, como pedía alguien. Aquí estriba, seguramente, su defecto primordial, pues la retórica le impide entregarse con libertad a la ejecución del poema y desenvolverse con espontaneidad su temperamento que, no obstante, lo-

gra perfilarse a menudo en versos sobrios, claros:

El río empuja la mañana.  
Sobre cristal de verde roca  
su piel morena de avellana.

.....  
Niña de Holanda vaporosa.  
Rodaja ayer de un claro sueño  
hoy carne y pies de mariposa.

.....  
En sus ojeras el alba.  
Todo el collar de las brisas  
alrededor de sus nalgas

Poesía objetiva, de transición cruzada de livianas imágenes, repleta de color, alegre. Por excepción el tono melancólico o subjetivo:

En mi pecho un niño  
se acuesta soñando  
con sus ojos fijos.

A veces expresiones muy felices:

El naranjo canta.  
Y siento que huelo,  
que abrome en planta.

En planta que más pronto o más tarde se cargará de grávidos frutos.—A. T.

IMÁGENES SILVESTRES, por Aldo Torres Púa.

Algún día debiera escribirse sobre la influencia que Pablo Neruda ha ejercido en los poetas nacidos a la actividad literaria después de él. Han sido contadísimos los que han escrito fuera de su órbita en los primeros cantos. Sobre todo, los poetas que han empezado su labor inmediatamente después que Neruda han sido los más influenciados por éste, ya que hoy

día es difícil encontrar en los nuevos líricos, en los que recién comienzan alguna ascendencia del autor de *Tentativa del hombre infinito*, el mejor libro de Pablo Neruda publicado hasta la fecha. Actualmente, la poesía joven en Chile camina por muy diferentes derroteros de los que un día le marcará la de Neruda, cuyo advenimiento en la juventud de este país fue recibido con un entusiasmo tal vez un poco exagerado, a pesar de lo que entrañaba esta poesía de renovación, de aireamiento, de novedad verdadera, de intensidad honorable en la lírica chilena.

Un muchacho que vive, escribe y sueña en la bella provincia de Cautín—donde también empezara su labor Pablo Neruda, como Gerardo Seguel, como Juvencio Valle—llamado Aldo Torres Púa ha publicado últimamente un pequeño cuaderno de poemas titulados *Imágenes Silvestres* (1) que revela frecuentísimas lecturas de la obra de Pablo Neruda. No es, precisamente, que Aldo Torres imite a Neruda, aunque a veces da la impresión de que lo parafraseara.

Da la impresión solamente, pero no existe parafrasis de nada. Es el tono general de *Imágenes Silvestres* el que hace recordar a Neruda, pues si hemos de ser justos no podríamos precisar en ninguna parte del volumen de Aldo Torres Púa una estrofa, por ejemplo, donde pudiéramos afirmar que sigue al autor de *Tentativa del hombre infinito*. Pero, de lo que no

existe duda, es que Aldo Torres se ha formado leyendo con entusiasmo la obra de éste, quedándole el mismo tono melancólico y ardiente y el manejo de palabras muy usadas por Pablo Neruda en sus primeros libros. Eso es todo, pero que creemos era necesario hacer resaltar debido a las evidentes condiciones líricas que demuestra este muchacho en su primera obra, condiciones que cristaliza de vez en cuando en estrofas como las siguientes:

Y en las tardes como éstas, en que  
                                   [el cielo está en llamas,  
 contando los guijarros que besan  
                                   [el camino,  
 para apagar la hoguera del sol en  
                                   [sus gargantas,  
 llegan junto al arroyo los bueyes  
                                   [del molino.

No obstante, el libro de Aldo Torres Púa es muy desparejo. De aciertos innegables cae a menudo en frecuentes vulgaridades, manifestando incapacidad—muy propia por lo demás de sus pocos años—para sostener una calidad permanente, más o menos idéntica que aliente el volumen desde su principio hasta el fin y lo mantenga en un tono igual de decencia lírica. Además, usa corrientemente los nuevos lugares comunes, tan en boga desde que la poesía se agitó en un colectivo movimiento de renovación y habla del  
 carousel del mundo detenido en el  
                                   [pueblo  
 o de  
 su lamento y su risa anudándose  
                                   [en los pueblos

(1) Imprenta Metodista, Temuco, 1933.

que parecen pequeños tableros de  
[damas  
en que juegan los años.

Otras veces los versos total-  
mente vacíos de contenido hacen  
su aparición:

El poema es azul,  
es blanco y es celeste.  
El alma y el poema,  
el poema y el alma son una misma  
[cosa.

Son aspectos intermitentes, muy  
aislados de *Imágenes Silvestres* los  
que indican que Aldo Torres Púa  
es dueño de una sensibilidad que  
empieza a fortificarse y que esta-  
mos en presencia de un poeta en  
formación — todavía — pues exis-  
ten en él las condiciones innatas  
que algún día lograrán condensarse  
y hacer de Aldo Torres Púa lo que  
su primer libro deja entrever se-  
guramente.—A. T.

QUIJONGO, por Max Jiménez.—

Del señor Max Jiménez, escri-  
tor nativo de Costa Rica, bien  
pudiera decirse que ya no es un  
escritor novel, pues con *Quijongo*  
(1) la lista de sus obras aumenta a  
cinco: algunas de ellas como *Gleba*  
y *Sonaja* han sido comentadas  
en estas mismas páginas. Sin em-  
bargo, por la inexperiencia que  
demuestra sería fácil suponer que  
su quinto libro no pasa de ser la  
obra primeriza de un autor, escri-  
ta en los años titubeantes de la  
adolescencia, porque nada existe  
en ella que indique la experiencia

1) «Espasa Calpe». Madrid, 1933.

y el conocimiento que se supone  
da un trabajo anterior.

*Quijongo* es un libro de versos,  
pero antes de entrar en su comen-  
tario, veamos primero que es lo  
que significa *Quijongo*. Dejemos  
hablar al mismo Jiménez que en  
una página inicial explica el sig-  
nificado de esta palabra tan poco  
armoniosa como poco apropiada  
para título del presente volumen  
y como lo comprobaremos más ade-  
lante:

El quijongo, de mi patria, es un  
instrumento musical sencillo: un  
arco con una jícara adherida a la  
madera, la cual, manejada con la  
mano izquierda, convierte en vo-  
ces los golpes dados sobre la cuerda.

Es simple y tiene el encanto de  
los instrumentos que solamente  
pueden ser tocados con el alma.

Según esta definición y que in-  
volucra al mismo tiempo una de-  
finición del libro, éste sería sim-  
ple y tendría cierto encanto que es  
posible conseguir únicamente cuan-  
do algo ha sido ejecutado «con el  
alma»... Sin embargo, nada hay  
que diste más de la realidad, pues  
*Quijongo* no es un libro simple,  
sino vulgar y carece de todo en-  
canto, siendo, al contrario, un  
volumen aburrido por la falta de  
interés que existe en sus páginas.  
Todas ellas son de una vaciedad  
lamentable y es difícil encontrar  
alguna condición poética que in-  
dique en su autor capacidad para  
la construcción del verso porque si  
algo de sobresaliente pudieran tener  
serían su pésima calidad.

Queremos comprobar que no so-  
mos exagerados:

La soledad del tiempo,  
Los amigos dispersos, el destino  
[ha soplado  
la flor de la esperanza que no ha  
[de germinar;  
vacío que es tristeza por todo mi  
[pasado  
como una mano exangüe que no  
[logra estrechar...

Cansado de futuro:  
la ley de ir adelante,  
allá en fondo es obscuro,  
el pasado brillante.

Creía en las auroras,  
ahora por las tardes recuerdo mi  
[esperanza  
Son pétalos del alma, al caer de  
[las horas,  
la vida tiene fija la punta de su  
[lanza,

Las noches, los amigos, la corola  
[destino,  
que oculta por la vida el imborra-  
[ble sino.  
Las vanas ilusiones de volver al  
[pasado  
que al fin quedan sepultas, y todo  
[es olvidado.

Hemos transcrito una composi-  
ción íntegra y tomada al azar, para  
que no se suponga que hemos re-  
cogido los versos más malos para  
defender lo que afirmamos. Pero  
es que, aunque se poseyera una  
extremada buena voluntad sería  
imposible hallar siquiera un solo  
rasgo que pudiera manifestar que  
en Jiménez existe un tempera-  
mento, así no fuera más que en  
germinación.

De *Sonaja*, libro anterior de Ji-  
ménez, dijimos algunas palabras  
que muy bien, pueden aplicarse al  
presente volumen:

*Sonaja*, el último libro de Max  
Jiménez, no es sino una iteración de  
*Gleba*, poemario anterior de Jimé-  
nez. Iteración en el sentido de la  
identica inopia lírica, de la misma in-

capacidad expresiva que se ma-  
nifiesta en *Gleba*. Es cierto,  
puedese comprobar, existe en *So-  
naja* un pequeño progreso sobre  
aquella, pero tan mínimo que no  
justifica su publicación. Jiménez,  
indudablemente y esto puede ser-  
virle de elogio, ha pretendido su-  
perarse, ascender el primer pel-  
daño de la poesía. Pero como esto  
no es dominio de la volición que  
a veces ayudada por la cultura, en  
lo que ésta tiene de higiene, si-  
mula presencias auténticas y bar-  
niza y transforma superficies,  
sino de la sensibilidad, el esfuerzo  
ha sido inútil, pues Jiménez ca-  
rece de ellas. Entonces, es fácil  
inferir su fracaso expresivo o  
lírico.

En verdad *Quijongo* no da mar-  
gen para mayor comentario. Tal  
vez para ninguno. Si hemos in-  
sistido es también debido a la  
insistencia del señor Max Jimé-  
nez para publicar libros de versos  
y tomarse el trabajo de enviár-  
noslos puntualmente. Nada más.  
—A. T.

UMBRAL GIRANTE, por *Amanda de  
Amunátegui*.

Hemos leído este libro de poemas  
con el interés que siempre despertó  
en nosotros la obra de todo escritor  
novel. Sin prejuicios, con el espí-  
ritu deseoso de un hallazgo, hemos  
ido página tras página, buscando  
con paciencia bíblica el poema o el  
verso que nos mostrara el tempera-  
mento de la autora. Y la lectura del  
último poema nos dió el último de-  
sengaño.

No tiene este «Umbral Girante»  
(1), como el título hará suponer a

(1) Editorial Nascimento, Santiago de  
Chile, 1933.

muchos, ni siquiera esa oscuridad que desconcierta en algunos escritores de vanguardia. Hay en él una pobreza de forma que la autora pretende disimular cortando el verso ásperamente, o con trasposiciones rebuscadas de un mal gusto definitivo.

Al azar, para que se aprecie la justicia de lo que afirmamos, hemos cogido el poema «Glorificación de renunciamentos» que aquí transcribimos íntegro:

Mi corazón se adornó  
para fiesta de dioses.  
Decepción le hizo dar  
a sus galas el adiós.

Desde entonces en un lírico  
y triste retorno, mi corazón de fiesta  
véstese, y, luego se arrepiente  
pues teme el encuentro de Icaros...

Entre tanto el gris carruaje de la  
[melancolía  
donde va esa decepción que fijó su  
[dardo,  
remueve perdido rastro en la lejanía,  
de aquel amor, un instante, esencia  
[de salvia.

Viví un poema tal vislumbre de  
[lucero,  
que fué de la desilusión y la breve-  
[dad, holocausto  
Insomnes dagas—despuntos de  
[tentación—  
me esculpen a veces ímpetus rebel-  
[des;  
pero todo despertar se acalla dur-  
[miendo...  
y en trono de rosas exangüe  
yace glorificación de renunciamien-  
[tos.

Creemos que la señora Amanda de Amunátegui no dejará huella, ni hallará sitio que la reciba en la lírica chilena. Y este primer libro que publica y cuya falta de resonancia

hace pensar que será también el último, apenas si quedará como un intento malogrado de una dama entusiasta que no está entre las elegidas.—C. P. S.

LA SELVA SONORA. Poemas orquestales, por Horacio Zúñiga.

De «Mirras» y «El minuto azul» nos ocupamos alguna vez en las columnas de «Atenea». Esta «Selva Sonora» (1), intrincada y extensa, con trescientas sesenta páginas bien nutridas de poemas, nos da ocasión para reafirmar nuestro juicio sobre el escritor mexicano.

Sin dominio de la forma, apegado a la hueca manera antigua que tampoco domina, no hay en la obra de este autor mexicano una sola sugerencia inquietadora. Dice todo lo que puede, y en el mayor número posible de versos.

No tienen sus poemas la novedad de la imagen con que las corrientes modernísimas enriquecieron la expresión poética, y su adjetivación es pobre y sin matices. Ni soltura en la versificación tiene siquiera esta Selva Sonora.

Va aquí, en testimonio de lo que decimos, «El poema inefable»:

Como el tesoro brujo del mago  
[Alí Babá  
que vimos en la gruta del prócer  
[cuento azul,  
en el silencio muelle que finge un  
[suave tul,  
el magno relicario dormido y solo  
[está.

(1) Talleres tipográficos Gómez y Rodríguez, México, 1933.

Mientras las horas llenan su fino  
[canevá  
y en la leyenda hay vagos perfumes  
[de Estambul,  
digérase que escucha la lira de un  
[bulbul  
que canta una grandeza que nunca  
[volverá.

El alma, de rodillas, cual si qui-  
[siera ver  
el sueño de suspiro de una encan-  
[tada flor,  
se asoma al rico estuche temblando  
[de placer,

y cuando al fin se postra con íntimo  
[fervor,  
así se abre a sus hondas miradas de  
[mujer  
el milagroso emporio de lujo y de  
[primor

Y a pesar de todo esto, don Juan Manuel Carrillo, en el prólogo que ocupa veintidós páginas, dice con satisfacción:

«La Selva Sonora» coloca a Horacio Zúñiga en el plano, ya no continental, sino universal, de los poetas más insignes de habla española, de ayer, de hoy y de siempre». — *G. P. S.*

## CUENTOS

VEINTE CUENTOS BREVES DE UNA NUEVA MORAL, por *A. de Caro*.

Más de una vez, y en estas mismas páginas, comentando la obra de novelistas y poetas mexicanos «revolucionarios», hemos sostenido que la prédica libertaria no cabe en el libro de arte puro, y que sufre en tal pretendido maridaje la belleza artística, sin que la doctrina que se anhela propagar logre tampoco entonaciones convincentes.

El escritor ruso del otro régimen que nos pintaba el ambiente doloroso en que sangraba la vida moscovita, sin sentar doctrina, sin posturas de predicador socialista tuvo en el buen éxito de las doctrinas avanzadas influencia mucho más cierta que el gritón callejero. Por algo ha valido y vale más la sugerencia que el apóstrofe destemplado.

La lectura de estos «Veinte cuentos breves de una nueva moral» (1) nos obliga a insistir en lo que ya dijéramos. Libro de abierta prédica comunista, su autor no ha cuidado la belleza literaria, tal vez porque los fines que con él se propone son políticos, y no de otra índole. Y el libro resulta así opaco, y en muchas ocasiones majadero. Sin novedad de estilo, con la pobre sencillez con que cualquier gacetillero relata el último incendio, A. de Caro, con optimismo asombroso, trata de ganar adeptos para el credo que sustenta. Y acaso consiga su objetivo entre los bajos fondos de cualquiera sociedad suramericana. Pero de ahí a haber escrito veinte «cuentos», hay distancia no despreciable.

El que intitula «Una intervención celeste» termina con estas palabras que transcribimos:

«Lo que se supo después es que el Padre Eterno resolvió, de acuerdo con sus consejeros, enviar a este mundo, no mas un hijo apócrifo, que fácilmente lo sacaría del medio impunemente cualquier criminal de profesión, como son los policías, jueces, carceleros, militares, etc.;- sino que muchos nietos, todo los que tiene disponibles allá arriba y

(1) Editorial Tor. Buenos Aires.

que, encarnándose en los hombres de aquí abajo fueran por todo el planeta Tierra, predicando la doctrina de Cristo, corregida y modernizada, con el nuevo nombre de Comunismo Libertario, para que hagan que sean felices todos los hombres en esta tierra.

Nos parece innecesario mostrar con otro ejemplo las cualidades literarias de este comunista argentino.

SELECCIÓN DE CUENTOS PARA NIÑOS,  
por R. Saavedra Gómez y Bernardo Ibáñez.

Con mucho gusto y espíritu han procedido los autores de esta selección de cuentos para niños. La edición, además, muy bien ilustrada por Marcial Lema y María Valencia, ayuda al libro. Hay en éste cuentos para todos los gustos: fantásticos, educativos, alegres y hasta tendenciosos. Cuentos chilenos, daneses, ingleses, rusos, africanos, argentinos, etc., mezclados con trozos de novelas americanas, alternan en buena armonía, muy bien distribuidos.

Los dos conocidos cuentos de Oscar Wilde, *El gigante egoísta* y *El príncipe feliz*, figuran entre los cuentos seleccionados por los auto-

res. El primero, sin embargo, si la memoria no nos es infiel, aparece aquí cercenado. Se le ha suprimido el final, esa parte en que el niño herido se convierte poco a poco en Jesús. Ignoramos si esto ha sido hecho premeditadamente o si los autores lo han cogido de un texto ya cercenado. Si ha sucedido lo primero, ello es una demostración inaceptable de fanatismo; si lo segundo, de ignorancia, pecado más perdonable. Nadie tiene derecho a lesionar trabajos literarios ajenos. Hay que tomarlos como fueron hechos o no tomarlos. Esa debe ser la doctrina.

El cuento transcrito por Saavedra Gómez es bellísimo. No lo habíamos leído en ninguna de las obras de folklore chileno. En suma, el libro, hecho con intenciones de educación pueril, casi se ha transformado en una obra que los adultos no pueden desdeñar, ya que ella reúne condiciones literarias de primer orden. En el sentido educacional, no dudamos de que los autores han tenido éxito en su selección. Los cuentos son bellísimos y algunos, como los de Wilde, obras maestras de la literatura de todos los tiempos. Sólo falta que los maestros sepan aprovechar este bello material. El libro ha sido editado por Editorial «Orbe». Santiago, 1933.—M. R.

## GLOSARIO

**U**na Sociedad de los Espíritus se aspira a formar en Europa. Algo más que una sociedad de las Naciones. Y acaso porque el mundo está enfermo de desorientación y de recelo, los más altos pensadores europeos quieren ahora reunir a los que sienten con intensidad el problema doloroso del porvenir. Esta sociedad tendría como finalidad «asegurar en el orden social, en el orden económico y en el orden político, contemporáneo, la representación y la acción del orden intelectual».

Salvador de Madariaga en una carta a Paul Valery ha dicho más o menos que es preciso, para ello establecer un código sencillo y breve de los principios universales sobre el hombre y que sería explícitamente reconocido como obligatorio por todos y en todas partes y que podría enseñarse en las escuelas como base para una moral nueva. Esto podría dar a la humanidad una ley común, una solidaridad, y en cierto modo una consanguinidad moral que haría de la raza humana algo así como una vasta familia.

Pero todo esto desgraciadamente quedará en bellas palabras. Mientras se aspira a formar una sociedad de los espíritus, los países de Europa, con prescindencia total de esa parte alada del hombre, se dedican a destrozarse en las conferencias, sin arribar a una solución que ponga término a las feroces luchas económicas en que todos es encuentran empeñados. Caliban es siempre más fuerte que Ariel.



**T**ambién los artistas chilenos tendrán una Caja de previsión. Se creía que eran «ejemplares» distintos, seres de otra naturaleza y ahora resulta que tienen también derecho para llamarse hombres previsores. . . Tal vez la creencia común no quiera rendirse a esta evidencia tan sencilla. ¡Como! ¡De manera que



los artistas son hombres como todos? Y ¿donde vamos a dejar ahora el clisé corriente, la vieja leyenda del hombre en las nubes, del bohemio imprevisor y derrochador que nada sabía del mañana y al que nada le importaba la suerte de los hijos o de la mujer? Porque con todas estas frases se ha tejido un panorama vergonzante acerca del artista en general. No poco ha influido en él, la actitud de los propios artistas que permitieron que el beocio se expresara de ellos como de hombres descalificados, sin concepto de los deberes o de la responsabilidad. Siempre era corriente oír ponderar en los artistas, no sus cualidades como creadores, sino las negativas, las que se referían a su manera de vivir y de actuar en relación con la sociedad. La leyenda se hinchó sin que nadie la desmintiera. En último término, lo único de que se valía el artista era del encogimiento de hombros. Y el encogimiento de hombros no convence a nadie y a lo sumo sirve para exteriorizar una postura éseptica, muy personal y sin mayor importancia. Por eso esta idea de una Caja de previsión que sirva como refugio para el futuro y como una defensa para los que son vencidos por la vida, es decir por la vejez ha encontrado una resonancia muy cordial. Es un paso imprevisto, casi extraño en nuestro ambiente y por lo mismo, digno de ser considerado. Es el reconocimiento a derechos que hasta ahora se habían negado o desconocido. Es la afirmación oficial de que el artista—cualquiera sea su condición o su preferencia—es un ser como todos... La ironía que esta observación lleva encerrada es fruto de la situación en que por tantos años se mantuvo a los artistas. Ha sonado la hora de ellos. Y es preciso aprovecharla.



**E**n silencio como había llegado regresó a Estados Unidos, Arturo Torres Rioseco, poeta y ensayista de los mejores de nuestra América. Detengámonos un instante en este «llegar y volver a partir» en silencio a una tierra y de una tierra que es la propia y a la que siempre y a pesar de todo, se regresa cuando apenas se acaba de salir... Los lazos de la tierra, tienen más fuerza que un gran amor, sin duda. Pero también la tierra es indiferente para los que la cantan o la exaltan o la estudian. Las sociedades mercantiles de esta hispanoamérica no se conmueven con la llegada de un escritor. Si la dejó bien puesta en otras partes, cumplió con su deber. Les importa eso, precisamente, que el escritor cumpla con su deber, pero nada más que eso.

El estímulo no es cosa que se otorgue con largueza. Distinta es, por ejemplo, la actitud de que se hace gala con políticos o diplomáticos que a menudo no hacen otra cosa que desprestigiar a su tierra de origen.

Torres Rioseco ha logrado en Norte América una situación que muy pocos escritores hispanoamericanos alcanzan. Y esto sin que el Estado de su patria haya intervenido para nada en ello. Con su propio esfuerzo, con su propio talento, Torres Rioseco ha triunfado en un país en el que la competencia es una lucha feroz y encarnizada, y en la que los éxitos no se confieren por los sistemas en uso en estos países: con santos en la corte y con sociedades o grupos que se dedican a enzalzar a quienes mejor estarían en el más completo anónimo.

La obra poética de Torres Rioseco es de fina y honda calidad. Y en cuanto a su labor de ensayista bastaría citar su acabado estudio sobre Rubén Darío, para asignarle uno de los lugares más eminentes en el género, en América.



**A**mérica Bárbara es el título de un libro que acaba de terminar Emilio Rodríguez Mendoza. La obra de este escritor que no envejece está vinculada a la más pura tradición de nuestra tierra. De muy pocos puede decirse como de él, que ha sabido fundir en una misma nota original, el sello fuerte de su personalidad y el acento chileno, de vibrante colorido. En **América Bárbara**, según las noticias que tenemos, se estudia la psicología de los caudillos más celebres de hispanoamérica y se trazan en cuadros de recia factura, las modalidades características de la vida americana. Rodríguez Mendoza que ha viajado y vivido en muchos de los países de este continente, ha acumulado una rica documentación y ha estudiado con apasionado fervor la psicología de los hombres que en diversas épocas de la historia, manejaron el destino de sus pueblos. Como sabe enfocar a los personajes y penetrar en el complejo de que se forma el torbellino de las pasiones, su libro será a no dudarlo una contribución inestimable al estudio de la historia moral y política de América.—*M.*

## LIBROS RECIBIDOS

ALFREDO COLMO.—*La revolución en la América Latina*.—Buenos Aires.—Edit. M. Gleizer.

SAMUEL GUY INMAN.—*América Revolucionaria*.—Madrid.—Edit. Javier Morata. Madrid.

LUIS BOSSANO.—*Notas sobre el campesino ecuatoriano*.—Imprenta de la Universidad Central.—Quito. Ecuador.

LUIS BOSSANO.—*Por la raza*.—Imprenta Nacional.—Quito. Ecuador.

EDUARDO SAMANIEGO Y ALVAREZ.—*La Voz Interior*.—Editorial Artes Gráficas.—Quito. Ecuador.

MARI YAN.—*El Abrazo de la Tierra*.—Imprenta Universitaria.—Santiago de Chile.

GALVARINO PONCE.—*De la Tierra y el Trigo*.—Ediciones Pax. Santiago de Chile.

HONORATO DE BALZAC.—*La mujer abandonada*.—Editorial Letras.—Santiago de Chile.

H. G. WELLS.—*Trabajo, Riqueza y Bienestar del mundo*.—Editorial Letras.—Santiago de Chile.

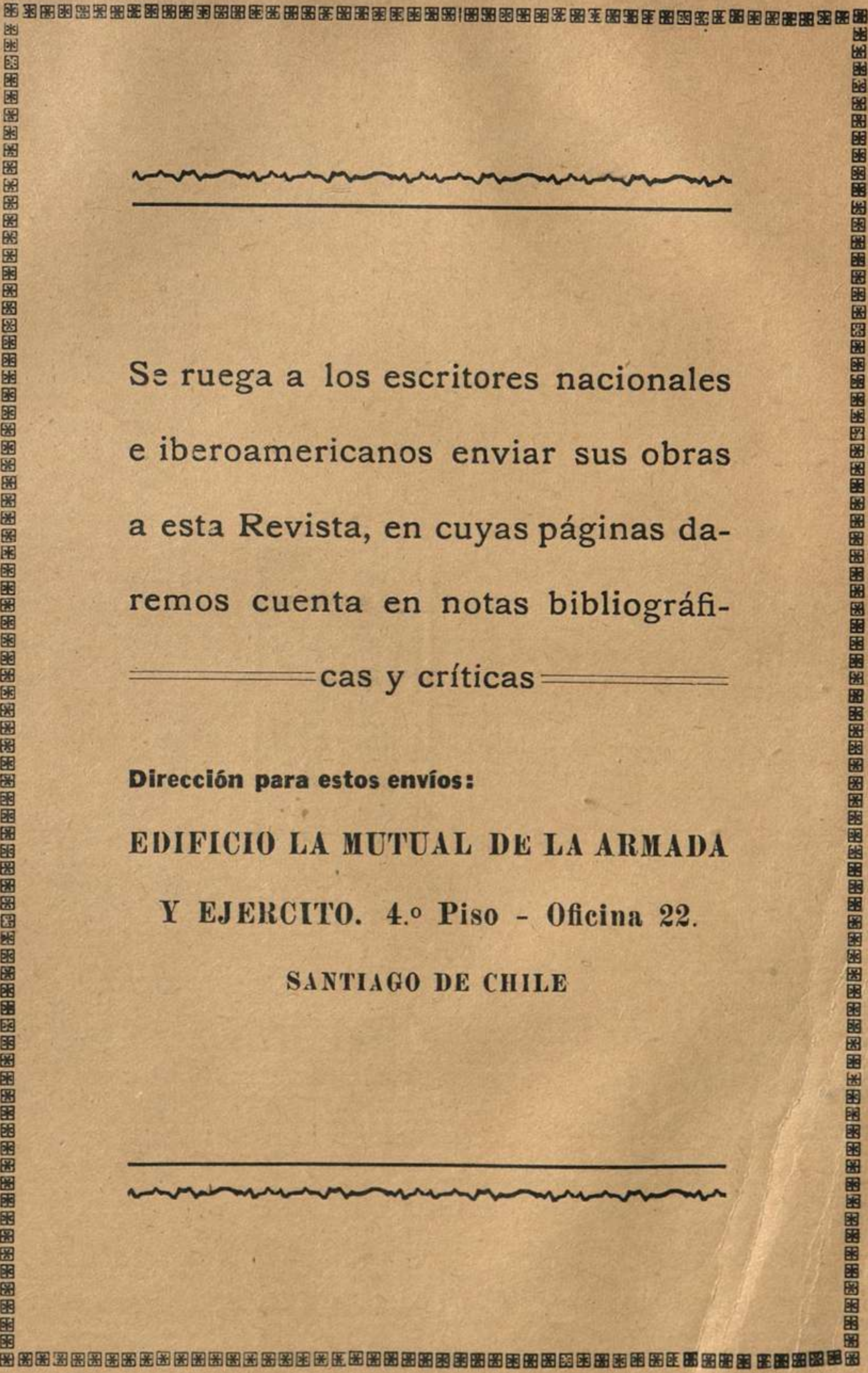
HANS HALM.—*La Rusia Soviética de hoy*.—Editorial Luz.—Santiago de Chile.

RENÉ MAUNIER.—*Introducción a la Sociología*.—Editorial Luz.—Santiago de Chile.

\* A. ACEVEDO HERNÁNDEZ.—*Los Cantores Populares chilenos*.—Editorial Nascimento.—Santiago de Chile.







---

Se ruega a los escritores nacionales  
e iberoamericanos enviar sus obras  
a esta Revista, en cuyas páginas da-  
remos cuenta en notas bibliográfi-  
cas y críticas

**Dirección para estos envíos:**

**EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA  
Y EJERCITO. 4.º Piso - Oficina 22.**

**SANTIAGO DE CHILE**

---



DISTRIBUIDORES

**Libreria** **SALVAT**  
Barcelona-Santiago

MCD 2018











MCD 2018